

*La verdad enterrada*

AVISO DE GENERACIÓN POR IA

*En cumplimiento del artículo 50(4) del Reglamento (UE) 2024/1689, se hace constar que el texto de esta obra ha sido generado íntegramente por inteligencia artificial, sin intervención humana.*

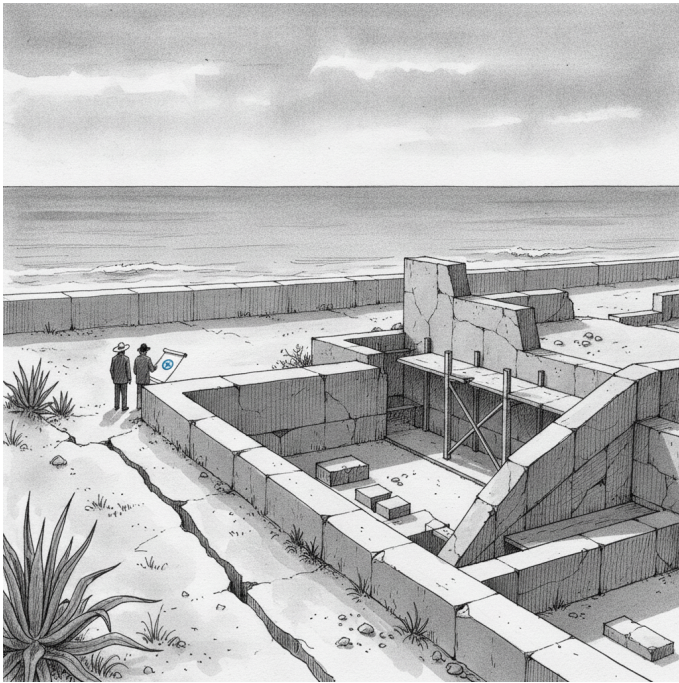


*A Mercedes, que nunca tuvo voz.  
A Mariano, que la calló demasiado tiempo.*

*No hay tumba más profunda que el olvido consentido.*

— — DE LOS DIARIOS DE MARIANO OCHOA

# PARTE 1



## CAPÍTULO 1

# Los diarios de Ochoa

*Escribir a mano es la primera falsificación.*

— — CONVERSACIÓN ENTRE CLARA Y OCHOA

La furgoneta levantó una nube de polvo que se quedó flotando sobre el camino de tierra como una cortina. Clara apagó el motor y sintió el silencio caer sobre el parabrisas. El sol de abril calentaba ya la chapa del vehículo y, al abrir la puerta, el aire llevaba olor a resina de pino y a tierra seca.

Se quedó un momento de pie junto a la furgoneta, ajustándose el cinturón del mono de trabajo. Delante, los muros de piedra de la antigua finca emergían de la maleza con esa calma pesada que solo tienen las ruinas. El viento mecía las agujas en lo alto de los pinos y, a lo lejos, se oía el canto insistente de un gallo.

Caminó hacia la entrada. El suelo bajo sus botas era grava suelta mezclada con polvo rojizo, y cada paso levantaba una pequeña nube que se adhería a los tobillos. Los restos del muro perimetral, de unos ochenta centímetros de altura, mostraban hiladas de piedra irregular trabadas con argamasa. La luz dorada del amanecer recortaba las sombras alargadas de los olivos sobre la tierra removida.

Tres estudiantes y un topógrafo la esperaban junto a una mesa plegable cubierta de planos y bolsas. El más joven, un chico de barba incipiente, sostenía una cámara con el objetivo sucio.

—¿Esa muchacha? —preguntó el topógrafo, un hombre de unos cincuenta años con gafas de sol colgadas del cuello, señalando con un leve movimiento de cabeza a una figura que se alejaba entre los árboles.

—Sí. Vosotros debéis ser el equipo de campo.

—Soy Javier, el topógrafo. Ellos son los estudiantes: Mario, Lucía y Adrián.

Se dieron la mano. La palma del topógrafo era áspera, de alguien que llevaba años midiendo tierra. Clara se giró hacia el yacimiento y aspiró profundamente. El aire sabía a hierba seca y a algo más antiguo, a polvo de piedra molida por siglos de viento.

—Vamos a recorrerlo —dijo—. Quiero ver el estado real antes de abrir ningún corte.

El equipo la siguió en silencio mientras ella sorteaba los bordes del terreno. Al pasar junto a un algarrobo, su mano rozó la corteza rugosa y sintió una astilla clavarse en la yema del dedo índice. Se la sacó con los dientes, sin dejar de mirar el suelo.

El patio interior se abrió ante ellos como una habitación sin techo. En el centro, los restos de un impluvium romano formaban un rectángulo hundido, con el fondo cubierto de tierra apelmazada y algunas piedras que delataban la antigua canalización. Clara se detuvo en el borde y señaló hacia el extremo norte.

—Aquí está el impluvium. Recogía agua de lluvia a través del compluvium del tejado. Al sur deberían estar las termas.

—Están muy marcadas —dijo Lucía, una chica de coletas que llevaba las uñas mordidas—. En las fotos de los informes de Ochoa se veían mucho peor.

Clara asintió sin apartar la vista del impluvium. La chica tenía razón. Los muros de las termas, a unos veinte metros, mostraban las hiladas de piedra con una nitidez que no encajaba con veinte años de abandono. No

había barderas creciendo entre las juntas. El suelo alrededor de las piletas estaba limpio, sin la capa de hojas secas y excrementos de animal que cabría esperar.

—El concejal de urbanismo —dijo Mario, el de la barba incipiente— dijo en la reunión que habían hecho una limpieza superficial antes de la cesión del permiso.

—Superficial —repitió Clara, y notó que había hablado más rápido de lo que quería.

Se agachó junto al muro de las termas y recorrió la argamasa con la yema de los dedos. La superficie estaba dura, seca, sin musgo. Demasiado limpia. Los dedos le dejaron una marca clara en el polvo fino que la cubría.

—¿Habéis revisado los diarios de Ochoa? —preguntó sin levantarse.

—Solo los resúmenes que mandó al ayuntamiento —respondió Adrián, un chico callado que hasta entonces no había abierto la boca—. Las notas de campo originales están en la caja que trajiste.

Clara se levantó y se limpió las manos en el mono. La tierra se deshizo entre sus dedos como talco. Demasiado seca. Demasiado uniforme.

—Vamos a verlos.

Caminaron de vuelta a la mesa plegable. El sol calentaba ya lo suficiente para que el sudor comenzara a formarse en la nuca de Clara. Se quitó las gafas de sol y las colgó del cuello, igual que el topógrafo.

Abrió la caja de cartón que había traído desde Málaga. Dentro, cinco cuadernos de tapas negras, de esos que se compran en cualquier papelería, apilados con las esquinas gastadas. Los sacó uno a uno y los colocó sobre la mesa.

El primero llevaba la fecha de 1972 en la portada, escrita con bolígrafo azul. Clara lo abrió por la primera página y sintió el papel crujir bajo sus dedos. Las letras que Ochoa había trazado allí eran nítidas, con una inclinación suave hacia la derecha, como si hubiera escrito cada línea con calma, apoyado en una superficie estable.

Pasó varias hojas. Las anotaciones describían la localización de los primeros sondeos, las coordenadas de cada pozo, las características del sedimento. Pero las páginas estaban blancas. No tenían manchas de tierra, ni pliegues de humedad, ni el polvo que se adhiere a los dedos cuando se escribe en el campo.

Un diario de campo —eso es lo que se suponía que estaba leyendo—, un cuaderno donde el arqueólogo registra observaciones, hallazgos y reflexiones durante una excavación, debería estar manchado de barro, con los bordes desgastados de tanto pasar páginas con los dedos sucios. Estos cuadernos parecían recién comprados.

—¿Clara escribía en el yacimiento? —preguntó en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular.

—Supongo —dijo Javier, el topógrafo—. Todos lo hacen.

Clara siguió pasando páginas. La caligrafía era consistente, sin saltos de tinta ni temblores, pero las descripciones tenían algo extraño. Hablaban de las capas estratigráficas con una claridad que solo se consigue después de haberlas limpiado y fotografiado, no durante la excavación. No había anotaciones apresuradas, ni tachaduras, ni notas al margen escritas con bolígrafo diferente.

—Mirad esto —dijo, y señaló una página de 1973—. Aquí describe el hallazgo de una cerámica sigillata en el sector oeste. Dice: "La pieza apareció a cuarenta centímetros de profundidad, bajo una capa de ceniza". Pero no menciona quién la encontró, ni en qué momento del día, ni si llovía o hacía sol.

—¿Eso importa? —preguntó Lucía.

—En un diario de campo, importa todo. —Clara llevó los dedos al puente metálico de las gafas y lo presionó contra la piel un instante, un gesto que hacía siempre que dudaba—. La datación de un hallazgo depende de la secuencia del sedimento, de la relación entre las capas, de qué había encima y qué había debajo. Si no sabes en qué condiciones se excavó, no puedes confiar en la cronología.

Mario se inclinó sobre el tablero plegable y examinó las páginas.

—Parecen escritas de una sola vez —dijo—. Como si las hubiera copiado de otro sitio.

El estómago se le contrajo en un espasmo frío. No quería pensar eso. Ochoa era su mentor, la persona que la había rescatado de una infancia sin amparo cuando tenía ocho años, que le había transmitido el oficio de leer la tierra como otros leen libros. Pero la evidencia estaba sobre la mesa, en aquellos cuadernos demasiado limpios.

Cerró el primer cuaderno y abrió el segundo. 1974. Las mismas páginas impolutas, la misma caligrafía sin interrupciones. Las descripciones eran detalladas pero planas, como si alguien hubiera reconstruido los hallazgos desde la memoria o desde notas sueltas, sin el roce de la excavación real.

—Quizás —dijo Clara, y la palabra le salió más lenta de lo habitual— quizás Ochoa los pasó a limpio después de cada campaña. Algunos arqueólogos lo hacen para conservar los originales.

—¿Y los originales? —preguntó Adrián.

Buena pregunta. Si Clara había pasado los diarios a limpio, los originales deberían existir en algún sitio. Pero Clara llevaba todo el día revolviendo archivos y no había encontrado ni rastro de ellos.

Cerró el segundo cuaderno y dejó las manos apoyadas sobre la cubierta. Bajo sus palmas, la tapa negra estaba fría, lisa, sin el menor rastro de tierra. Como todo lo demás en aquel yacimiento.

Alzó la vista y observó el paisaje. Los olivos proyectaban sombras cortas sobre la tierra rojiza. El viento había cesado y el silencio se había vuelto más denso, roto solo por el roce de las botas de los estudiantes sobre la grava. Desde la hondonada del valle, una gallina cloqueaba con insistencia.

—Vamos a revisar el material que ya está inventariado —dijo, y notó que su voz sonaba más tensa de lo que quería—. Quiero ver cada pieza que Ochoa menciona en sus informes.

—Hay muchas —dijo Javier—. El ayuntamiento tiene un inventario de más de doscientas.

—Empezamos por las cerámicas. Necesito establecer una secuencia de datación fiable antes de abrir el primer corte.

Mario y Lucía se dirigieron a la caseta de herramientas donde se almacenaban las cajas de material. Clara se quedó junto a la mesa, con los cuadernos abiertos delante de ella. Pasó la yema del dedo por el borde de una página y sintió el papel liso, sin la textura áspera del polvo que debería tener.

Llevó los dedos al puente metálico de las gafas y lo presionó contra la piel, un gesto que repetía siempre que algo no encajaba, y en ese momento todo le parecía fuera de lugar.

Clara le había enseñado que la arqueología es una ciencia de los restos, de lo que queda cuando todo lo demás se ha ido. Que un yacimiento nunca miente, porque la tierra guarda la verdad aunque los hombres la oculten. Pero los cuadernos que tenía delante no contenían restos de nada. Eran superficies limpias, ordenadas, sin la suciedad de la excavación real.

Como el impluvium, limpio de hojas y de musgo.

Como las termas, sin barderas en las juntas.

Como la tierra del suelo, demasiado seca, demasiado uniforme.

Quizás estaba viendo cosas donde no las había. Quizás su obsesión por los detalles, por la secuencia exacta de los estratos, la llevaba a interpretar como anomalías lo que no eran más que casualidades. Pero cuando volvió a abrir el cuaderno de 1975, lo primero que vio fue una página dedicada al hallazgo de una inscripción en el sector este, y supo que algo no encajaba.

La inscripción estaba descrita con una precisión que solo era posible si se tenía la pieza delante, no mientras se excavaba. Clara mencionaba las dimensiones exactas, el tipo de letra, el desgaste de los bordes. Pero un hallazgo en campo se documenta primero con fotografías y dibujos, y los detalles se añaden después, cuando la pieza está limpia y estudiada. Esa página parecía la memoria final de laboratorio, no la nota de una excavación.

Clara levantó la cabeza y miró hacia el patio interior. Los estudiantes estaban sacando cajas de la caseta, y el sol de mediodía comenzaba a endurecer las sombras. Se quedó un momento quieta, con los dedos aún apoyados en el borde de las gafas.

—Quizás —murmuró para sí misma— quizás debería llamar a Javier Escribano.

Pero sabía que antes de llamar a nadie necesitaba más pruebas. Necesitaba tocar las piezas, ver las cerámicas, cotejar las fechas. Necesitaba construir una secuencia que confirmara o desmintiera lo que los cuadernos insinuaban.

Mario y Lucía dejaron dos cajas de polietileno sobre la mesa. La tapa de la primera llevaba una etiqueta con el número de inventario y la fecha: VS-1975-034. Clara abrió la caja y apartó el papel de burbujas que envolvía el contenido.

Dentro, fragmentos de cerámica sigillata descansaban sobre una capa de espuma, alineados con una simetría casi quirúrgica. Cogió uno de los fragmentos, un borde de unos ocho centímetros, y lo giró entre los dedos.

La superficie estaba limpia, sin el sedimento incrustado que suele adherirse a las piezas recién excavadas. El barro se había desprendido por completo, dejando al descubierto la pasta anaranjada.

—Parecen lavadas —dijo Lucía.

—Sí —respondió Clara, y la palabra le supo a polvo seco en la boca—. Parecen lavadas.

Dejó caer el fragmento sobre la mesa y fijó los ojos en el cielo blanquecino de abril, como si buscara una respuesta en esa extensión sin contornos. El sol calentaba la nuca y la camisa se le pegaba a la espalda. A lo lejos, el gallo seguía cantando, ajeno a todo.

\* \* \*

Clara extendió los diarios sobre el tablero del salón, uno al lado del otro, formando una línea que cubría casi toda la superficie. La lámpara de pie proyectaba un círculo amarillo sobre las tapas de cuero gastado, y el resto de la habitación quedaba en una penumbra densa, apenas rota por el parpadeo azul del router. Afuera, el rumor del mar llegaba amortiguado por el cristal cerrado, pero ella no lo oía. Tenía los dedos posados en el primer cuaderno, el de 1973, y notaba la textura del papel bajo la yema: rugosa, ligeramente humedecida por la capa fina de grasa que deja la piel después de horas de roce.

Se sentó en el borde de la silla, con la espalda recta, y empezó a pasar las páginas con una lentitud medida. El modo en que Ochoa formaba las letras le había parecido siempre de otra época: la inclinación hacia la derecha, las mayúsculas generosas, los trazos finales que se alargaban como coletas. En las primeras entradas, la tinta era azulnegro, de un bolígrafo barato que dejaba manchas cuando se detenía demasiado en una letra. Podía seguir el ritmo del pensamiento en la presión de la pluma: las pausas entre palabras, los borrones en las erres cuando se enzarzaba en una

descripción larga. Era la escritura de alguien que escribía mientras caminaba, o mientras fumaba, o mientras sostenía el cuaderno contra la rodilla.

Pasó al segundo diario, el de 1974, y notó un cambio. La tinta seguía siendo azul, pero el trazo había perdido parte de su irregularidad. Las letras se alineaban con más precisión, como si alguien hubiera copiado el contenido en una segunda vuelta, con cuidado de no salirse del renglón. Clara frunció el ceño y apartó un mechón de pelo que le caía sobre la frente. Quizás era la luz, o el cansancio que empezaba a acumularse en los hombros, pero la diferencia le pareció demasiado marcada para ser solo una evolución natural de la escritura.

Abrió el tercer cuaderno, el de 1975, y lo colocó junto al primero. La comparación era evidente: las últimas treinta entradas del diario de 1975 tenían una uniformidad que no encajaba con el resto. Cada letra ocupaba el mismo espacio, cada palabra mantenía la misma inclinación, y la presión del trazo era constante, sin los altibajos que delataban la fatiga o la prisa. Parecían escritas con la misma mano, sí, pero con una disciplina ajena a la urgencia del campo. Clara deslizó la yema del pulgar por la montura de las gafas, desde la sien hasta el extremo de la patilla, y las ajustó, aunque no le hacía falta: el gesto le servía para ganar un segundo, para ordenar lo que ya estaba viendo.

—No puede ser —murmuró, y la voz le sonó extraña en la habitación vacía.

Sacó el primer diario de nuevo y lo abrió por una entrada de junio de 1973. La tinta azulnegro se había desvaído en los bordes, y la letra era rápida, casi ilegible en algunos pasajes. «Hoy encontramos un fragmento de tegula en el sector este. La superficie quemada sugiere un incendio localizado, quizás posterior al abandono de la villa.» El trazo se interrumpía a mitad de la frase, como si Ochoa hubiera dejado la pluma en

el aire para levantar la cabeza, y luego hubiera continuado con una ligera desviación en la línea. Esa imperfección era la firma de un hombre que escribía desde la experiencia, no desde la revisión.

Pasó a las últimas páginas del diario de 1975. La entrada del 10 de octubre: «Nivel 3: cerámica sigillata hispánica con decoración de rosetas. Estado de conservación: fragmentario. Posible datación: siglo IV d.C.» La caligrafía era limpia, ordenada, sin un solo borrón. La tinta era la misma en toda la página, un azul medio sin manchas. Clara acercó la hoja a la lámpara, casi tocando el papel con la nariz, y examinó el grosor del trazo con los ojos entrecerrados. No había variación. Cada línea empezaba y terminaba con la misma intensidad, como si la mano que las había trazado no hubiera temblado nunca, ni se hubiera detenido a pensar.

Posó el diario en el centro de la mesa y fijó la vista en la portada, las esquinas desgastadas, el lomo partido por el uso. Ochoa había escrito aquellos cuadernos durante años, en condiciones duras, con los dedos entumecidos por el frío de las mañanas en la excavación. La fatiga, la emoción de un hallazgo, la frustración de una jornada sin resultados — todo eso se reflejaba en su escritura, en los trazos apretados de los días malos, en las mayúsculas ensanchadas de los días buenos. Pero las últimas treinta entradas no tenían nada de eso. Eran el registro de alguien que había copiado, no de alguien que había vivido.

Clara se puso en pie y atravesó el salón en dirección a la cocina, con la garganta reseca y una presión sorda en el pecho. El suelo de madera crujió bajo sus pies descalzos, y el sonido la devolvió al presente: la cuenta de los segundos que marcaba el reloj de pared en el pasillo, el rumor del motor del frigorífico vibrando en el silencio, el olor a café frío que flotaba en el aire. Hundió las palmas en el borde del fregadero y se miró en el reflejo de

la ventana — su cara apenas un óvalo pálido contra el negro del exterior. La linfa de la duda le había subido a la garganta, un nudo seco que no podía tragar.

Regresó al lugar donde había dejado los diarios, agarró el de 1975 con ambas manos, como si pesara más de lo que realmente pesaba. Lo abrió por la primera entrada del año, del 4 de enero, y comparó la letra con la de la entrada del 12 de octubre. La tinta era distinta: la primera, azul, casi lavada; la segunda, un azul más oscuro, de un bolígrafo diferente. Pero la caligrafía era la misma, con la misma inclinación, el mismo espaciado, la misma presión uniforme. Era como si alguien hubiera imitado la letra de Ochoa después de mucho practicar, hasta borrar cualquier resto de su propia identidad gráfica.

Clara cerró el diario y lo dejó caer sobre la mesa con un golpe sordo. Se frotó los ojos con las palmas de las manos, apretando hasta ver estallidos de color bajo los párpados. La mente le daba vueltas, tratando de encontrar una explicación que no fuera la que ya estaba emergiendo, sólida y fría, en el centro de su estómago. Ochoa había sido su tutor, su mentor, la figura que en el umbral de su infancia la rescató del vacío familiar. En sus manos había aprendido a descifrar la tierra, a distinguir una tegula de un ímbric, a fechar un fragmento de cerámica por el grosor de la pasta. No podía haber falsificado un diario. No podía haber mentido durante décadas.

Pero los cuadernos estaban allí, sobre la mesa, y las pruebas eran tozudas. Las últimas treinta entradas tenían una uniformidad mecánica, como escritas por una máquina que hubiera aprendido a imitar la mano humana. La misma tinta, la misma presión, la misma caligrafía. No había rastro de la urgencia que se palpaba en las páginas anteriores, ni de la tensión que Ochoa solía reflejar en sus anotaciones cuando estaba cerca de un descubrimiento. Era un registro limpio, sin vida.

Clara se levantó de nuevo y empezó a pasear por el salón, de un lado a otro, con los brazos cruzados. Las paredes blancas, desnudas, la devolvían el vacío de sus pasos. Un cuadro colgado encima del sofá — una acuarela de la costa de Mijas, comprada en un mercadillo — se balanceó ligeramente cuando ella pasó rozando el marco. Se detuvo frente a la ventana, abrió un par de centímetros la hoja, y el aire salado entró con un rumor de olas lejanas. Permaneció así, con los párpados caídos, dejando que el frescor le rozara la cara.

—Quizás estoy interpretando mal —se dijo en voz baja, pero la frase no la convenció.

Regresó a la mesa y cogió el diario de 1974, el que había notado menos irregular en la primera pasada. Lo abrió por la mitad y empezó a hojearlo con atención, deteniéndose en cada cambio de tinta, en cada variación de presión. En las primeras páginas, la caligrafía era todavía la de Ochoa — irregular, viva, con los trazos que se aceleraban al final de las frase largas y se detenían en los puntos como si el autor hubiera necesitado respirar. Pero a partir de abril, el diario cambiaba. No de golpe, sino de forma gradual, como si alguien hubiera ido adquiriendo práctica con el tiempo. Las erres empezaron a ser más redondeadas, las mayúsculas perdieron su amplitud, y los renglones se mantuvieron paralelos con una precisión que Ochoa nunca había tenido.

Clara apoyó una mano en la mesa y se inclinó sobre los cuadernos, sintiendo el peso del cuerpo en los nudillos. La luz de la lámpara le calentaba la nuca. Notó una gota de sudor que le resbalaba por la sien, pero no se secó. Tenía los ojos fijos en la entrada del 30 de septiembre de 1974, donde Ochoa —o quienquiera que hubiera escrito esa página— describía el hallazgo de un fragmento de mármol con restos de inscripción. La letra era impecable, las palabras se sucedían con una fluidez que no dejaba espacio para la duda. Pero algo en la descripción le resultaba extraño. Ochoa solía

anotar las dimensiones exactas de cada pieza, el grosor de la piedra, el color de la pátina. En esa entrada, los datos eran vagos, casi genéricos: «fragmento de mármol blanco, dimensiones medias, posible inscripción funeraria.» No era su estilo. Ochoa medía hasta el milímetro, anotaba hasta el matiz más sutil. No dejaba cabos sueltos.

Clara cerró el diario despacio, con un cuidado que le temblaba en las manos. Se sentó en la silla y se quedó inmóvil, mirando las tapas de los cuadernos alineadas sobre la mesa. Tenía la boca seca y el pulso acelerado, pero no sentía miedo. Sentía una certeza incómoda, como un objeto extraño alojado en el pecho, que crecía a cada respiración. Alguien había adulterado los diarios. Alguien había copiado las últimas entradas con una paciencia de falsificador, borrando cualquier rastro de la escritura original. Y ese alguien solo podía ser Ochoa, porque nadie más había tenido acceso a los cuadernos durante aquellos años.

—Legado —murmuró Clara, y la palabra le pareció un eco de todo lo que Ochoa había construido a su alrededor. La reputación, la carrera, las conferencias, los artículos. Todo sostenido por un andamiaje de mentiras que empezaba a cruji.

Se levantó y fue al dormitorio, donde guardaba una caja con cartas y documentos viejos. Sacó una página suelta que Ochoa le había escrito años atrás, una nota de felicitación por la publicación de su primer artículo. La extendió sobre la cama, bajo la luz de la mesilla, y la comparó de memoria con la caligrafía de los diarios. La nota tenía la irregularidad que ella recordaba: la e minúscula a veces cerrada, a veces abierta; la t sin el palo horizontal bien recto; los espacios entre palabras desiguales. Era la letra de un hombre que escribía deprisa, sin pensar en la forma. La de los diarios, en cambio, era la letra de alguien que se había detenido a pensar en cada trazo.

Clara volvió al salón con la página en la mano y la colocó junto a la entrada del 12 de octubre, bajo la lámpara. La diferencia era sutil, casi imperceptible para un ojo no entrenado, pero para ella resultaba gritona. La disciplina, la uniformidad, la ausencia de errores — todo apuntaba a una copia, a una segunda escritura que había borrado la primera.

Se quedó un rato larga mirando las dos letras, una frente a la otra, como dos testigos que se contradijeran en un juicio. La página de la nota tenía el polvo de los años metido entre las fibras; la del diario estaba más limpia, como si hubiera sido escrita más tarde, con una tinta que no había tenido tiempo de envejecer.

Clara apoyó la cabeza en las manos y dejó caer los párpados. Sentía el peso de la noche alrededor, el silencio denso del apartamento, el tictac del reloj marcando los minutos que pasaban sin que ella se moviera. La certeza se asentaba en su estómago como una piedra, fría y sólida, y no había manera de desplazarla.

Alguien había tocado los diarios. Alguien había reescrito la historia. Y ella tenía que descubrir quién, aunque el nombre que ya resonaba en su cabeza fuera el único que no quería pronunciar.

## El fragmento

*La cerámica no miente; quien la entierra, sí.*

— — MANUAL DE CAMPO DE CLARA ROLDÁN

La luz del amanecer caía sobre la vieja propiedad de las higueras con una precisión dorada. Clara avanzó entre los muros derruidos y sintió cómo el polvo se levantaba bajo sus botas, una fina capa que se posaba en los dobladillos del pantalón. Olía a resina de pino y a tierra removida, ese olor que siempre asociaba con un yacimiento en sus primeras horas, cuando todo está aún intacto y cualquier hallazgo parece posible.

Un gallo cantó a lo lejos, y el silencio del equipo —los tres estudiantes y el topógrafo— se sintió como una pausa antes del primer golpe de pico. Clara ajustó la correa del cuchillo de campo en su cadera y respiró hondo. El sol calentaba ya la piedra del patio interior, donde los restos del impluvium romano dibujaban un rectángulo hundido en la tierra rojiza.

Mientras recorría el perímetro, el recuerdo de los diarios de Ochoa le llegó sin aviso. Las páginas iguales, la caligrafía limpia, casi sin correcciones. Como si cada anotación hubiera sido escrita de un solo trazo, sin dudas. La noche anterior había hojeado aquellos cuadernos y algo en su perfección le había resultado incómodo. Un diario de campo auténtico acumula borrones, notas al margen, fechas tachadas. El de Ochoa parecía una versión depurada, un relato editado para el archivo.

Clara se detuvo junto a un olivo y se frotó la nuca con la palma. Quizás estaba viendo cosas donde no las había.

—Empezamos por el cuadrante sur —dijo, señalando el área junto al impluvium—. Quiero abrir dos catas paralelas, de tres por dos metros. Nivel cero, y luego bajamos con cuidado.

Los estudiantes asintieron. El más joven, un chico rubio que hablaba poco, ajustó el nivel láser mientras los otros dos extendían las cuerdas. El topógrafo, un hombre calvo de mediana edad llamado Sergio, montó la estación total en el extremo norte del patio.

Clara se arrodilló junto al borde del impluvium y deslizó la mano sobre la superficie rugosa de las tejas romanas. La piedra estaba fría aún, a pesar del sol. Sintió una pequeña astilla bajo la uña del índice y apartó la mano. El tacto de lo auténtico era inconfundible: la porosidad, la irregularidad, el desgaste de siglos.

—¿Por aquí también? —preguntó el estudiante rubio, señalando el área junto a la pared este.

—Sí, pero solo superficial. Quiero ver la estratigrafía antes de decidir si profundizar.

Los primeros golpes de pala levantaron una nube de polvo que brilló en la luz del amanecer. Clara observaba desde el borde, con los brazos cruzados, mientras los estudiantes retiraban la capa vegetal. Era un trabajo mecánico.

Una hora después, cuando el sol empezaba a calentar de verdad, el estudiante rubio se incorporó con algo en la mano.

—Aquí hay un fragmento —dijo, limpiándolo con el dedo.

Clara se acercó. Era un trozo de cerámica del tamaño de la palma, de pasta beige y engobe anaranjado. Lo tomó con cuidado y lo giró entre los dedos. La superficie interior era lisa, casi sedosa al tacto. Demasiado lisa.

—¿De qué nivel?

—Superficial. Cerca del muro norte.

Clara lo acercó a la luz. La pasta tenía una dureza que no correspondía al período tardorromano. Los fragmentos auténticos, después de siglos de enterramiento, adquieren una textura, una porosidad que el tiempo horada en la arcilla. Aquella pieza era densa. El engobe, además, se adhería con una uniformidad sospechosa.

—Quizás es intrusivo —murmuró, más para sí misma que para el estudiante.

Pero sabía que no lo era. El yacimiento estaba en una zona aislada, sin construcciones modernas cercanas que pudieran haber contaminado el estrato. Si aquella cerámica estaba allí, alguien la había puesto.

La palabra que evitaba desde que había empezado a sospechar de los diarios de Ochoa le cruzó la mente: falsificación. En arqueología, esa práctica consiste en crear e insertar piezas en un yacimiento para simular hallazgos, una manipulación que distorsiona el registro histórico y engaña a la comunidad científica. Pero pensar eso implicaba aceptar que Ochoa, su tutor, la única figura de su infancia, había sido capaz de traicionar todo lo que le enseñó.

—¿Es romana? —preguntó el estudiante rubio.

Clara tardó en responder. Se apoyó la punta del dedo índice en la sien, justo donde la patilla de las gafas descansaba sobre la piel.

—La pasta no me convence del todo —dijo, midiendo cada palabra—. El engobe presenta una uniformidad que no es habitual en piezas tardorromanas de la zona. Quizás sea una intrusión moderna, pero prefiero llevarla al laboratorio para hacer la datación antes de confirmarlo.

—Parece antigua —insistió el chico.

—Lo parece, sí. Pero el registro arqueológico no se construye con apariencias. Necesitamos la secuencia estratigráfica completa para determinar su contexto. Sin una posición clara en la secuencia, cualquier afirmación sobre su datación es prematura.

Clara notó que hablaba más rápido de lo habitual, un síntoma del nerviosismo que intentaba ocultar. Se obligó a hacer una pausa, a respirar.

—Anótalo como hallazgo superficial —dijo, con un tono más calmado—. Coordenadas, profundidad y descripción física. Luego lo embolsamos.

El estudiante asintió y se agachó para anotar en la libreta.

Clara se apartó unos pasos, hacia la sombra del olivo, y mantuvo la mirada clavada en el fragmento que sostenía en la mano, sin pestañear. El peso era correcto, la forma también, pero algo en la textura del engobe le raspaba la conciencia como una uña sobre una pizarra.

Recordó la primera clase que recibió de Ochoa, hacía ya doce años. Ella había llevado un fragmento similar al aula, una pieza que había identificado como falsa en cuestión de segundos. "La cerámica nunca miente", había dicho. "Somos nosotros los que mentimos al leerla."

Ahora aquella frase le resonaba como un eco en una sala vacía. Si el fragmento era falso, Ochoa lo sabría. Y si Ochoa lo sabía, entonces los diarios, la limpieza sospechosa de las notas, la perfección del relato... todo encajaba en una secuencia que no quería completar.

Se ajustó las gafas con dedos temblorosos. El sol ya estaba alto, y la sombra del olivo empezaba a encogerse.

El resto del equipo continuó trabajando. El topógrafo marcaba puntos en la estación total, y los estudiantes removían la tierra con palas, buscando el límite del estrato. En las próximas horas, la excavación revelaría más material: fragmentos de teja, restos de carbón, quizás algún hueso. Cada pieza encajaría en la secuencia.

Clara observó cómo el estudiante rubio retiraba otra capa de tierra. La textura del engobe y la dureza de la pasta del fragmento que tenía en la mano seguían intrigándola. Si pudiera examinarlo con más detalle, con un microscopio de mano y buena luz, quizás podría confirmar su origen sin necesidad de llevarlo a ningún laboratorio.

—Sergio —dijo, dirigiéndose al topógrafo—, ¿puedes marcar este punto con GPS? Quiero tener la localización exacta.

Clara sacó una bolsa de plástico etiquetada del bolsillo del chaleco e introdujo el fragmento con cuidado. Anotó la fecha, las coordenadas aproximadas y el número de cata. Luego guardó la bolsa en la mochila, junto a los diarios de Ochoa que llevaba consigo desde la noche anterior.

El horizonte, más allá de los pinos, era una línea difusa entre el verde de los árboles y el azul del mar. Hacia allí miró, sin verlo realmente, mientras una conciencia crecía dentro de ella como una marea lenta: aquella mañana no era el inicio de una excavación. Era el principio de algo que llevaba años esperando bajo la tierra.

\* \* \*

El cuarto olía a desinfectante y a lejía, un olor que se pegaba a la ropa y no se iba ni con el aire acondicionado que zumbaba en la pared, como un insecto atrapado dentro del metal. Clara se quedó en la puerta unos segundos, ajustando la correa de la mochila en el hombro. La cama estaba al fondo, junto a la ventana por la que entraba una luz blanca y fría, sin matices.

Alguien a quien Clara no lograba identificar —un hombre mayor, de hombros hundidos bajo una bata gris demasiado grande— clavaba los ojos en el techo sin pestañear. Las manos reposaban sobre la sábana doblada al pie de la cama, los dedos largos, con las uñas limpias, y ella sintió un tirón

familiar, como si hubiera visto esas manos antes, en otro lugar, en otro tiempo. El gotero colgaba de un soporte metálico, y el líquido caía gota a gota por el tubo hasta la vena del antebrazo.

—Mariano —dijo ella.

Él volvió la cabeza con lentitud, como si el gesto le costara un esfuerzo que no quería hacer. Parpadeó dos veces. Luego esbozó una sonrisa leve que no llegó a los ojos, una mueca más de cortesía que de alegría.

—Clara. No esperaba verte tan pronto.

Ella avanzó hasta la silla de plástico blanco que había junto a la mesilla de noche. Se sentó sin soltar la mochila, apretándola contra el pecho como un escudo. El plástico de la silla crujió bajo su peso.

—He encontrado algo en el yacimiento. Una pieza que no encaja.

Ochoa parpadeó de nuevo, más despacio. Los dedos se le cerraron sobre el esternón, como si buscaran un anclaje en el hueso, y respiró hondo antes de hablar.

—¿Qué clase de pieza? —preguntó, con una voz que había perdido toda la gravedad que ella recordaba.

Clara sacó la bolsa de plástico etiquetada de la mochila. La sostuvo en alto, dejando que la luz blanca incidiera sobre el fragmento de cerámica que se veía a través del plástico transparente.

—Un borde de cuenco. Engobe anaranjado, desgrasante de mica. Datación tardorromana, según el primer examen. Pero la textura del engobe... —hizo una pausa, y se corrigió—. El tacto me resultó extraño. Demasiado homogéneo.

Ochoa miró la bolsa sin mover la cabeza, solo los ojos. Luego desvió la mirada hacia la ventana.

—La secuencia del yacimiento es clara. Lo corroboran años de registro.

—Precisamente por eso no entiendo la anomalía.

Él guardó silencio. Se oía el zumbido del aire acondicionado, y el pitido regular de una máquina en algún cuarto cercano. Clara notó que se le secaba la boca, un sabor metálico que no venía de ningún sitio.

—He revisado tus diarios de campo —dijo ella, y apretó la bolsa contra el pecho—. Las notas de la campaña del setenta y cinco están demasiado limpias. No hay borrones, no hay correcciones. Parecen escritas de una sola vez, como si alguien las hubiera pasado a limpio después.

Ochoa se incorporó un poco en la cama, apoyando la espalda contra el cabecero. El movimiento hizo que el gotero oscilara, y las gotas del líquido transparente cayeron más rápido durante un segundo.

—Siempre he sido cuidadoso con los registros —dijo, con una voz que pretendía ser firme pero que se quebró al final.

—Demasiado cuidadoso. No coincides con la fecha de la cerámica, Mariano. En tus diarios no hay constancia de ninguna pieza con engobe de mica en esa cata. Y yo la he encontrado a dos palmos de la superficie, en el estrato III, mezclada con material de relleno.

Ochoa presionó la palma contra el pecho, y Clara vio cómo los dedos hundían la tela de la bata, allí donde debía estar el esternón. No dijo nada.

—¿Qué pasa con esa pieza? —insistió ella—. ¿La reconoces?

Él tardó en responder. Cuando lo hizo, la voz le salió más baja, casi un susurro.

—Son muchas piezas, Clara. He visto centenares a lo largo de los años. No puedo recordar cada fragmento.

—Pero esta es distinta. —Ella levantó la bolsa un poco más—. El engobe tiene una dureza que no es normal en piezas de ese periodo. He trabajado con cerámica tardorromana durante años, y sé cómo se siente al tacto. Esto... esto parece más nuevo.

Ochoa volvió a desviar la mirada hacia la ventana. La luz blanca le caía de lleno en la cara, marcando las arrugas alrededor de los ojos y la boca. Tenía la piel cetrina, con un tono amarillento que no recordaba. Clara observó cómo tragaba saliva, cómo el cuello se movía con esfuerzo.

—Quizás sea una pieza intrusiva —dijo él al fin—. Algo que cayó de un estrato superior durante la excavación. Pasa con frecuencia.

—No, Mariano. He controlado la secuencia de apertura de la cata. He revisado las fotografías del proceso. Esa pieza estaba en el estrato III, sellada por un nivel de carbón que no se había removido en décadas.

—Entonces está bien datada. —La voz de Ochoa sonó plana, sin convicción—. No deberías preocuparte.

Clara sintió que la frustración le subía por el pecho, un calor incómodo que le apretaba la garganta. Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—No me estás escuchando. La pieza no encaja. Y tú lo sabes.

Ochoa no respondió. Sus ojos se clavaron en la pared, con los dedos todavía apoyados sobre el esternón. Clara notó que la mano le temblaba ligeramente, un temblor fino que apenas se veía pero que ella captó porque llevaba años observando esos gestos, esos tics.

—Mariano, mírame.

Él no movió la cabeza.

—Mariano.

—Te he dicho que no pasa nada —dijo él, y su voz sonó de repente más fuerte, como si hubiera encontrado un resorte que no sabía que tenía—. Los diarios son auténticos. Las piezas son auténticas. Llevo cuarenta años trabajando en ese yacimiento. ¿Crees que no sé lo que hago?

Clara se quedó quieta. Las palabras resonaron en el cuarto, y el zumbido del aire acondicionado pareció amortiguarlas hasta que se perdieron en el techo blanco.

—No he dicho eso —respondió ella, con una voz que intentaba mantener la calma—. Solo pregunto.

Ochoa cerró los ojos. La respiración se le hizo más lenta, más profunda, como si estuviera contando hasta diez dentro de su cabeza.

—¿Cómo estás? —preguntó de repente, abriendo los ojos y girando la cabeza para mirarla directamente—. ¿Has dormido bien? Tienes mala cara.

Clara parpadeó. El cambio de tema la descolocó, como si hubiera tropezado en un escalón que no esperaba.

—¿Qué?

—Pregunto cómo estás. Llevas semanas trabajando sin parar, desde que empezó la excavación. No duermes bien, se te nota en la mirada.

—Estoy bien —dijo ella, pero la voz le salió más seca de lo que quería—. No cambies de tema, Mariano. Necesito que me hables de esa pieza.

Él negó con la cabeza, un movimiento lento, casi imperceptible.

—No hay nada que hablar. Es auténtica. Todo lo es.

Clara guardó la bolsa en la mochila. El gesto salió más brusco de lo que pretendía, y la cremallera se enganchó un par de veces antes de cerrarse. Se levantó, y el plástico de la silla crujió de nuevo.

—Volveré mañana —dijo—. Quizás entonces puedas contestarme.

Ochoa no respondió. La miró mientras ella se ajustaba la correa de la mochila sobre el hombro, y entonces, cuando ella ya estaba en la puerta, habló.

—Clara.

Ella se volvió.

—Ten cuidado con lo que buscas. A veces, remover la tierra no trae luz, solo más barro.

Clara se quedó mirándolo un momento. Luego salió al pasillo, y la puerta se cerró tras ella con un golpe suave, amortiguado por el mecanismo hidráulico.

En el silencio que siguió, una contracción le apretó el estómago. No era hambre, era otra cosa. Una conciencia que crecía como una raíz lenta, abriéndose paso entre las piedras. Había visto la forma en que Ochoa se llevaba la mano al pecho, la manera en que evitaba el contacto visual, la pausa demasiado larga antes de responder. No había dicho la verdad. Pero tampoco había mentado del todo. Había hecho algo peor: se había refugiado en un silencio que no negaba ni confirmaba nada.

Mientras caminaba por el pasillo del hospital, con el olor a lejía todavía en la nariz y el zumbido del aire acondicionado en los oídos, Clara pensó en la escritura de los diarios. Esa caligrafía demasiado limpia, sin tachones, sin vacilaciones. Parecía la letra de alguien que sabía de memoria lo que iba a escribir. No la de un arqueólogo anotando un hallazgo sobre el terreno, con prisa, con la tierra todavía bajo las uñas.

Algo en esa escritura —en la precisión casi mecánica de los trazos, en la ausencia de errores— había empezado a hablarle. No con palabras, sino con el gesto mismo de quien oculta algo entre líneas. Y Clara sabía que, tarde o temprano, tendría que aprender a leer lo que no estaba escrito.

\* \* \*

El sol se había vuelto anaranjado sobre los muros de la villa, alargando las sombras de los olivos hasta casi tocar el patio central. Clara se agachó junto a la mesa plegable donde el equipo colocaba los hallazgos del día: fragmentos de tegulae, un borde de dolia, algunos huesos de animal sin identificar. El polvo se había posado en los brazos de los estudiantes, y en el aire flotaba aún el olor a tierra removida.

—Hemos cerrado el corte tres —dijo el topógrafo, un chico de gafas gruesas que se llamaba Iván—. Pero no ha aparecido más cerámica decorada. Solo fragmentos muy rodados.

Clara asintió sin mirarlo. Llevaba el fragmento dudoso en el bolsillo de la chaqueta, envuelto en un paño de algodón. Lo sintió contra el muslo como una piedra caliente.

—¿Y el material del corte dos? —preguntó.

Una de las estudiantes, una chica de coletas que respondía al nombre de Marta, señaló una caja de plástico etiquetada.

—Ahí está. Pero no he visto ninguna pieza como la que dices. La que mencionaste esta mañana.

Clara respiró hondo. Sacó el fragmento, desenvolviéndolo con movimientos lentos. La pasta rojiza brilló con el sol oblicuo del final de la tarde, con esa superficie casi vítrea que a ella le había parecido extraña desde el principio.

—Aquí está —dijo ofreciéndola—. Mirad la textura.

Marta se acercó y tomó el fragmento con las dos manos, girándolo contra la luz. El topógrafo se inclinó también. Durante unos segundos, solo se oyó el viento entre los pinos.

—La pasta es demasiado homogénea —dijo Marta al fin—. No tiene las inclusiones de mica que vemos en las cerámicas tardorromanas de la zona. Esto parece una pasta industrial, de las que se usan en los talleres de alfarería del siglo XX.

Clara sintió que algo se le ajustaba en el pecho. No era alivio. Era otra cosa.

—¿Segura? —preguntó.

—Bastante. Mira el engobe. Es demasiado uniforme. En las piezas romanas, el engobe se aplica a mano y deja marcas de pincel. Esto parece pulverizado con pistola.

Iván tomó el fragmento y lo examinó con el pulgar.

—También el grosor —añadió—. Las paredes son demasiado delgadas para un recipiente de almacenaje. Y el borde está limpio, como cortado con sierra.

Clara se pasó la yema del pulgar por el borde de la montura, un gesto que hacía siempre que las certezas empezaban a pesar.

—Entonces es moderna —dijo, y no era una pregunta.

—Parece —confirmó Marta—. Pero habría que hacer un análisis de pastas para estar seguros al cien por cien.

—Lo haré —dijo Clara—. Pero quiero que nadie hable de esto fuera del equipo. Todavía.

El topógrafo levantó una ceja, pero no dijo nada. Marta asintió, aunque el gesto le quedó a medias.

Clara guardó el fragmento en el bolsillo y dejó la mirada suspendida sobre la caja de plástico. El peso de la pieza contra el muslo se había vuelto más denso. No podía denunciarlo sin más. No podía levantar la voz y decir que su tutor, el hombre que siendo ella una niña la había sacado de una casa donde nadie la esperaba, había falsificado material arqueológico. Porque esa era la única explicación que encajaba en la secuencia: Ochoa había puesto esa pieza allí, sabiendo que alguien la encontraría, sabiendo que ella la encontraría.

O no. Era una contaminación moderna de la excavación, un vertido de los años setenta cuando la zona se usaba como escombrera. Había una explicación inocente.

Pero Clara no se lo creía.

—Voy a consultar el archivo municipal mañana —dijo, con la voz más firme de lo que esperaba—. Necesito ver la documentación original de las primeras excavaciones, las que hizo Ochoa en los años setenta.

—¿Sola? —preguntó Iván.

—Sola.

Marta la miró con una mezcla de respeto y desconcierto.

—¿Crees que hay algo raro?

Clara dudó. No podía decirles que sospechaba que la villa era una construcción artificial, una falsificación para ocultar algo más oscuro. No podía decirles que había empezado a mirar los diarios de Ochoa con otros ojos, buscando lo que no estaba escrito, lo que él había omitido.

—Creo que necesito asegurarme —dijo—. Por la integridad de la excavación. Si hay una anomalía, hay que documentarla.

—Pero si resulta que la pieza es moderna —insistió Iván—, tendremos que notificarlo a la dirección general. Eso puede paralizar el yacimiento.

—Lo sé.

Clara se apartó un mechón de la cara. Le picaba la piel, cubierta por una película fina de sudor y polvo. Notaba el estómago vacío, un hormigueo en las piernas de tanto agacharse.

—Escuchad —dijo—. Esto es delicado. El que fue mi tutor, una figura clave en la arqueología de la provincia, está envuelto en esto. Si hay un error, un problema con la documentación, hay que manejarlo con cuidado. No podemos lanzar acusaciones sin pruebas.

—Claro —dijo Marta—. Pero si hay pruebas, ¿qué harás?

Clara no respondió. Miró el horizonte, donde el sol se hundía tras las colinas, tiñendo el cielo de un rosa sucio. Las ruinas de la villa se recortaban contra la luz, los muros de piedra que parecían tan sólidos pero que quizás eran un decorado, una fachada sin profundidad.

—Haré lo correcto —dijo al fin.

Pero no sabía qué era lo correcto. No sabía si la verdad merecía el coste. No sabía si estaba dispuesta a destruir la reputación de quien la tomó de la mano cuando era una niña y la apartó de un hogar inservible, todo para quedarse con una página de diario donde alguien había escrito con letra demasiado limpia.

—Mañana voy al archivo —repitió, y esta vez sonó como una orden—. Vosotros seguid con el corte dos. Si encontráis algo más, cualquier cosa que os parezca fuera de lugar, guardadlo y no habléis con nadie.

—Entendido —dijo Iván.

Marta asintió de nuevo, con más convicción esta vez.

Clara se puso en pie y sintió un crujido en la rodilla. Se frotó la nuca, donde el sol le había calentado la piel. El polvo se le había metido debajo de las uñas, y notaba el sabor metálico de la fatiga en la boca.

—Nos vemos mañana —dijo, y se encaminó hacia la furgoneta.

El camino de vuelta al pueblo era corto, pero Clara lo condujo despacio, con las ventanillas bajadas para que el aire nocturno le diera en la cara. El fragmento descansaba en el asiento del copiloto, envuelto en el paño. De vez en cuando, ella desviaba la mirada de la carretera para verlo, como si temiera que fuera a desaparecer.

El pueblo apareció tras una curva, con las primeras luces encendidas en las fachadas encaladas. Clara aparcó frente a su edificio y bajó del coche con el fragmento en la mano. La calle estaba en silencio, solo roto por el ladrido lejano de un perro.

Subió las escaleras hasta el tercer piso. Abrió la puerta de su apartamento y entró en la penumbra. Dejó el fragmento sobre la mesa de la cocina, bajo la luz de una lámpara de pie, y se quedó mirándolo.

Era solo un trozo de barro cocido. Un objeto inerte. Pero en su superficie, en la textura demasiado perfecta del engobe, Clara veía la mano de alguien. Y ese alguien era la única persona que podría haber salvado el honor de su abuela. O la única que podría haberlo enterrado para siempre.

## CAPÍTULO 3

# La firma

*La caligrafía es una huella dactilar que el tiempo no  
borra.*

— — ARTÍCULO DE MARIANO OCHOA

La luz de la lámpara de escritorio proyectaba un círculo amarillo sobre la encimera del laboratorio. Clara apartó una taza de café frío, con una película irisada en la superficie, y dejó espacio para los fragmentos. Tenía las uñas negras de tierra reseca y un dolor sordo en la base del cuello, de tantas horas encorvada sobre la lupa binocular. Sobre la madera agrietada se apilaban cuadernos de campo, fichas de inventario y una docena de piezas de cerámica envueltas en papel de seda. La más pequeña, un fragmento de borde de unos cuatro centímetros, descansaba sobre un paño de algodón blanco.

Clara rozó la superficie con la yema del índice. La arcilla se deshizo en un polvo fino que se le quedó pegado a la piel. No era una pieza cualquiera: en el interior llevaba una marca, una impresión diminuta que solo se veía con buena luz. Sacó la lupa de aumento del cajón y ajustó el foco. El cuarzo de la lente había acumulado polvo en las juntas; lo limpió con el borde de la camiseta, un gesto mecánico.

Necesitaba comparar aquel sello de barro —la señal que los artesanos antiguos dejaban en la arcilla para identificar la procedencia o el taller— con los dibujos de los apuntes de Ochoa. Había sacado del archivador un cuaderno de espiral de los años setenta, con las tapas descoloridas y el lomo roto. En sus páginas, Ochoa había trazado decenas de esquemas de marcas romanas de alfarero, anotadas con caligrafía inclinada y apretada.

Pasó las páginas con cuidado, sintiendo el tacto áspero del papel. El cuaderno olía a humedad y a tabaco rancio. Encontró la sección dedicada al siglo IV, con dibujos de sellos de barro de la Bética. Las estrías, las líneas curvas, la profundidad de la presión: cada detalle estaba registrado con la minucia de un cirujano.

Sacó el fragmento de cerámica de su envoltorio y lo colocó sobre la platina de la lupa. Con unas pinzas metálicas, giró la pieza hasta que la marca quedó centrada en el campo de visión. El sello medía menos de un centímetro; parecía una espiral irregular con tres puntos incisos en el extremo. Le recordó a las marcas que él dibujaba en los márgenes de sus cartas, una manía que Clara siempre encontró entrañable.

Abrió el cuaderno por una página donde Ochoa había dibujado una marca idéntica: la misma espiral, los mismos tres puntos. La anotación al lado decía: "Marca de alfarero local, posiblemente del taller de Cartima, siglos III-IV d.C. Sello de arcilla cocida: impresión con matriz metálica". La letra temblaba en las curvas.

Clara volvió a la lupa y ajustó el foco hasta que las estrías del sello se definieron con nitidez. Comparó mentalmente con el dibujo: la separación entre las líneas era la misma, la profundidad del surco también. Ochoa había escrito que la matriz metálica producía un borde limpio, sin rebabas, y aquella pieza lo tenía. Exactamente.

Un mosquito se posó en el brazo de Clara. Ella lo espantó sin apartar la mirada de la lupa. La evidencia era clara, aunque no quisiera aceptarla. Aquel sello de barro, tan parecido a los que Ochoa enseñaba en sus cursos, encajaba con su técnica, con la presión exacta de su mano. Las probabilidades de que fuera una coincidencia se reducían a casi nada.

Respiró hondo. El aire olía a tierra seca y a resina de pino, un olor que siempre asociaba a la villa. Apretó las palmas contra la mesa y sintió que le temblaban los dedos. No era miedo; era la tensión de tener la certeza. De saber que el falsificador —la persona que había creado e insertado piezas falsas en el yacimiento para engañar a la comunidad científica— era la misma persona de quien había mamado cada conocimiento que poseía.

Se levantó y caminó hasta la ventana del laboratorio. El amanecer teñía el cielo de un rosa pálido, y los olivos proyectaban sombras alargadas sobre la tierra removida. Allá abajo, los cortes de la excavación se abrían como heridas en el terreno. Tres estudiantes trabajaban ya en el sector norte, inclinados sobre la tierra, cepillando con movimientos lentos.

El estómago le rugió. No había comido desde la noche anterior, pero la idea de meter algo en la boca le resultaba ajena. Apoyó la frente en el cristal frío y apretó los párpados con fuerza. La imagen del sello bajo la lupa se repetía en su mente: la espiral, los tres puntos, la limpieza del borde. No había error posible.

"Es él", murmuró en voz baja.

De vuelta en la mesa, tomó el cuaderno de Ochoa entre las manos. Lo sostuvo un momento, sintiendo el peso de las páginas, el roce del papel. Luego lo abrió por la página donde había estado trabajando y buscó un folio en blanco. Necesitaba anotar todo: las medidas, la profundidad de las estrías, el ángulo de la presión. Dejar constancia de cada detalle, como él le había enseñado.

Tomó el lápiz y empezó a escribir. La letra le salía firme, aunque por dentro sintiera un remolino. Al terminar, depositó el lápiz junto al cuaderno y miró la hoja. Allí estaba la prueba, ordenada, medida, fechada. La secuencia de la falsificación quedaba clara.

Dejó caer los antebrazos sobre la mesa y se cubrió la cara con las manos. Las palmas le olían a arcilla y a papel viejo. Por un momento se quedó inmóvil, sintiendo el pulso en las sienes. La certeza pesaba como una losa.

Pero también sabía lo que tenía que hacer. No podía quedarse allí, con la prueba en la mano, sin actuar. Levantó la cabeza y cogió el teléfono móvil. Marcó el número del hospital, el de la habitación de Ochoa. Antes de que sonara el primer tono, colgó.

No. No por teléfono. Tenía que ir allí, mirarlo a los ojos, preguntarle por qué. La verdad no se entrega en una llamada; se sostiene en la mirada.

Guardó el fragmento en una bolsa de plástico con cierre hermético, lo etiquetó con la fecha y el número de inventario, y lo metió en la mochila. El cuaderno de Ochoa también lo guardó, envuelto en un paño. Necesitaba llevarlo como testigo.

Antes de salir, arrastró los dedos por la superficie de la mesa. El polvo de la arcilla se le quedó pegado en las yemas. Lo miró un instante, luego se limpió las manos en los pantalones y salió al pasillo, con la mochila al hombro y la certeza apretándole el pecho.

\* \* \*

El almacén olía a tierra seca y a plástico de las bolsas de muestras apiladas contra la pared. Una bombilla desnuda colgaba del techo, y su luz amarillenta dejaba rincones de sombra entre las mesas de trabajo. Clara dejó la mochila sobre la más cercana y sintió el peso del material en el

hombro. El equipo llegó unos segundos después, secándose las manos en el pantalón. Llevaba el mismo jersey de lana de todos los días, con una mancha de barro en el codo.

—Gracias por venir tan tarde —dijo Clara, y oyó su propia voz más tensa de lo que quería.

—Dijiste que era urgente.

Ella asintió. Abrió la mochila y sacó la bolsa hermética con el fragmento de cerámica. La puso sobre la mesa, junto al cuaderno de campo envuelto en el paño. Luego buscó en el bolsillo exterior las fotografías que había impreso por la tarde.

El recuerdo le llegó sin querer: la lupa sobre la banqueta del laboratorio, el sello de barro iluminado de lado, y la certeza cayendo como una losa. Las estrías coincidían. No había duda. Aquella técnica solo la había visto en las piezas que Ochoa mostraba en sus cursos.

—Son las mismas —dijo en voz alta, aunque el equipo ya estaba mirando las fotos—. La huella del molde, la separación entre incisiones. Es suya.

El equipo cogió una de las fotografías y la acercó a la luz. La bombilla osciló un instante, como si una corriente de aire la hubiera movido. Clara se quedó quieta, observándole los dedos sobre el papel.

—¿Has comparado con los sellos de sus publicaciones? —preguntó él, sin levantar la vista.

—Sí. Y con los de la colección didáctica de la universidad. Hay coincidencia en la anchura del trazo y en el ángulo de la presión. La secuencia es la misma.

—Quizás sea una copia. Alguien que replicó su método.

—No —Clara se corrigió a sí misma, bajando la voz—. Quiero decir, es posible, pero las irregularidades del molde son idénticas. El desgaste del borde, la microporosidad. No es una reproducción. Es el mismo sello.

El equipo posó la fotografía plana contra la mesa y se llevó la mano a la nuca, rascándose distraídamente. Miró el fragmento en la bolsa, luego a Clara.

—¿Y el diario? —preguntó.

Clara desdobló el paño y abrió el cuaderno por la página que había marcado. No hacía falta señalar nada; las fechas y los dibujos lo decían todo. El día que Ochoa había registrado la aparición de la tumba simulada coincidía con un vacío en la secuencia estratigráfica que Clara había documentado dos semanas antes.

—Esto no es un error de excavación —dijo ella—. Es una falsificación.

La palabra quedó suspendida entre los dos. El equipo no dijo nada. Cogió otra de las fotografías, la sostuvo un momento y la devolvió a la pila.

—¿Y qué piensas hacer?

Clara sujetó las gafas por la patilla derecha y las movió hacia arriba un milímetro, contra el puente de la nariz. Sentía el pulso bajo la carne de los dedos. Había imaginado esa pregunta muchas veces desde la tarde, pero ahora, en el silencio del almacén, las respuestas le pesaban todas igual.

—Iré al hospital mañana. Tengo que preguntarle.

—¿Estás segura? —el equipo apoyó las palmas en la mesa—. Si vas ahora, sin más pruebas, puedes cerrar cualquier posibilidad de entender el contexto. Las muestras de la tumba simulada todavía no han pasado por el laboratorio de la universidad. Un análisis de termoluminiscencia podría confirmar la cronología relativa. Si esperas una semana, tienes un informe pericial. Si vas mañana, solo tienes tu palabra y estas fotos.

—Pero es su sello. Su letra en el diario. ¿Qué más necesito?

—Constancia. Registro. Algo que no puedas rebatir en una conversación. Si él lo niega, te quedas sin nada.

Clara apartó la mirada. La luz de la bombilla le irritaba los ojos. Se frotó el entrecejo y sintió la sequedad de la piel.

—Quizás tengas razón —dijo, y la frase le supo a derrota.

El equipo recogió los fragmentos dudosos que había en una bandeja al fondo de la mesa. Eran tres trozos de cerámica y una pequeña pieza de metal. Los colocó en una bolsa nueva, escribió la fecha con rotulador permanente.

—Deja que los lleve mañana al laboratorio. Hablaré con Javier Escribano, que conoce los protocolos de datación. En cuatro o cinco días tenemos resultados.

Clara asintió sin mirarlo. Tenía la mano apoyada sobre el cuaderno de Ochoa, sintiendo la rugosidad de la tapa. La fragancia del papel añejo y la tierra se enredaba con el olor acre de las bolsas de plástico.

—No haré nada hasta que tengamos el informe —dijo, y la voz le salió más firme de lo que sentía.

El equipo asintió y guardó la bolsa en su mochila. Luego giró sobre los talones y encaró la puerta.

—Deberías descansar. Mañana será largo.

—Sí.

Pero cuando él salió y la puerta del almacén se cerró, Clara no se movió. Se quedó mirando las fotografías extendidas sobre la mesa, las estrías del sello, la curvatura de la pieza. Cogió una de las fotos y la puso bajo la luz. La bombilla parpadeó un segundo, y en ese parpadeo la sombra de la cerámica se alargó sobre la mesa como una mancha.

Clara respiró hondo. Luego empezó a guardar las pruebas, una a una, en la mochila. El gesto de ordenar los papeles la calmaba, pero sabía que no era más que un aplazamiento. La verdad estaba allí, en su mano, y tarde o temprano tendría que sostenerla frente a Ochoa.

\* \* \*

La noche había entrado por la ventana como un líquido denso, y Clara seguía sentada en el borde del sofá con los brazos cruzados sobre las rodillas. El mar, allá abajo, era solo una mancha más oscura contra el cielo, sin luna, sin estrellas que merecieran la pena. Tenía la boca seca y un dolor sordo en la base del cuello, de haber estado inclinada sobre los papeles durante horas.

Los había guardado todos en la mochila, sí, pero los seguía viendo. Las fotografías de los sellos. La curvatura exacta de la cerámica. La manera en que la luz del almacén había trazado aquella estría, idéntica a la que Ochoa les mostraba a sus alumnos en los cursos de verano, cuando decía: *miren aquí, fíjense en cómo la presión del pulgar deja una marca que es como una firma.*

Clara se tocó la nuca y notó la piel caliente. Caminó hasta la cocina, donde el grifo esperaba con su gotera. Dejó correr el agua hasta que el chorro se enfrió, llenó un vaso de cristal y bebió despacio, mirando el reflejo de la bombilla en el cristal de la ventana. El rumor del compresor del refrigerador llenaba el silencio.

Recordaba la emoción del momento exacto en que había alineado las dos fotografías sobre la superficie del almacén. Primero la pieza extraída aquella mañana, con su sello de barro aún blando. Luego la imagen de una de las cerámicas que Ochoa había catalogado en 1992. Había alargado la mano, había girado la hoja, y las dos líneas de presión se habían superpuesto como si una mano invisible las hubiera trazado en el mismo gesto. El estómago se le había encogido, no de sorpresa, sino de reconocimiento. Sabía que era cierto desde el momento en que había visto la pieza demasiado nueva, pero aquella coincidencia geométrica le había quitado el último resquicio de duda.

Se apoyó contra el marco de la puerta de la cocina y entornó los párpados hasta que solo vio una rendija de luz. Oía el golpeteo rítmico del péndulo en el salón, un objeto que no sabía por qué había traído al piso, un herencia de la abuela que nunca terminaba de encajar con las paredes blancas y los muebles funcionales. Como tantas cosas.

El teléfono vibró sobre la mesa, junto al portátil. Clara abrió los ojos y miró la pantalla: *Raúl*.

Dudó un par de vibraciones antes de deslizar el dedo.

—¿Sí?

—Suenas a papel mojado —dijo la voz de Raúl, con ese tono que siempre parecía encontrarle gracia a algo que los demás no veían.

—Estaba pensando.

—En el yacimiento.

No era una pregunta. Clara se sentó en el sofá, apoyó el codo en el reposabrazos y se frotó la frente.

—Sí.

—Pues deja de pensar. La arqueología también necesita vacaciones.

—No es un trabajo de oficina, Raúl. No puedo cerrar la carpeta a las seis y olvidarme.

—Lo sé. Por eso te llamo. He encontrado un sitio nuevo, cerca del puerto, que prepara un pulpo a la brasa que merece una postal. Voy a buscarte en veinte minutos.

Clara miró la hora en la esquina de la pantalla del portátil. Las nueve y cuarto. Llevaba desde las cinco encerrada, con la mochila cerrada a sus pies, sin atreverse a abrirla otra vez.

—No sé si...

—No vas a resolverlo esta noche —dijo Raúl, y hubo una pausa, como si eligiera las palabras con cuidado—. La verdad no se va a escapar mientras cenas. A veces hay que soltar la cuerda para que no se rompa.

Clara sonrió sin ganas. Una metáfora de Raúl. Siempre tenía una.

—¿De verdad merece una postal?

—Te lo juro por la primera edición de Machado que tengo en casa.

—Esa edición no existe, la imprimiste tú.

—Bueno, pero la intención es lo que cuenta.

Clara se mordió el labio. La cabeza le pesaba, pero también sentía, bajo el esternón, una pequeña rendija por la que se filtraba la posibilidad de no pensar durante un par de horas.

—Vale. Veinte minutos.

—Quince —dijo Raúl, y colgó.

Clara abandonó el teléfono en la mesa y se quedó un momento quieta, escuchando el silencio que había vuelto. Se levantó y fue al dormitorio. Abrió el armario y miró las pocas camisas que colgaban, ordenadas por colores, como una pequeña concesión al orden que no lograba imponer en el resto de su vida. Cogió una camisa de lino azul claro, la que tenía el cuello ligeramente descosido, y la dejó sobre la cama.

En el baño, se miró al espejo. Tenía el pelo revuelto, un mechón pegado a la sien, y las ojeras más marcadas de lo que recordaba. Abrió el grifo y se mojó la cara. El agua fría le resbaló por el cuello y empapó el borde de la camiseta.

Se secó con una toalla y volvió al dormitorio. Mientras se cambiaba, notó el peso de la mochila en el recibidor, apoyada contra la pared. Podía verla desde donde estaba, negra, abultada, con el cierre metálico brillando bajo la luz del pasillo.

—No va a pasar nada —dijo en voz alta, para nadie.

Se puso la camisa de lino y se la abotonó mal, tuvo que repetirlo. Luego se peinó con los dedos, sin espejo, sin ganas de esmerarse. Cuando llegó al salón, las agujas del reloj colgado en la pared señalaban las nueve y veinticinco. Raúl siempre llegaba antes de lo que decía.

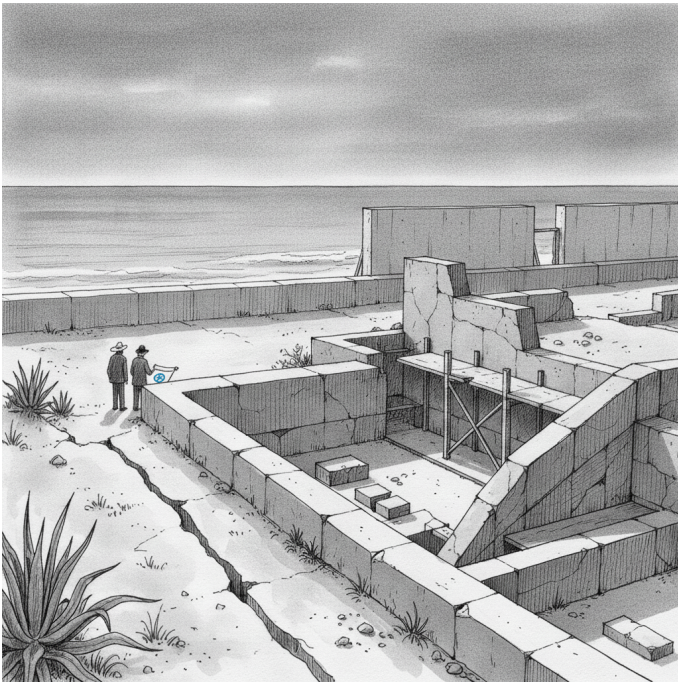
Se sentó en el sofá y esperó, con las manos apoyadas en los muslos, mirando la mochila. Por la ventana, el mar había desaparecido del todo, tragado por la noche. Solo se oía, de vez en cuando, el rumor lejano de una ola, y el tictac del reloj, y el zumbido constante de la nevera.

Cerró los ojos. Intentó pensar en el pulpo a la brasa, en el puerto, en la posibilidad de una conversación que no girara en torno a sellos de barro y fechas de carbono-14. Pero en el fondo de la mejilla, justo donde apoyaba la lengua, notó el sabor metálico de la fatiga, y supo que aunque cenara, aunque durmiera, aunque Raúl la hiciera reír, aquello no se iba a ir. No hasta que lo resolviera.

Oyó un claxon en la calle. Breve, cortés.

Clara abrió los ojos, cogió las llaves de la mesa y se levantó. Antes de salir, miró la mochila una vez más. Luego apagó la luz del salón y cerró la puerta detrás de ella.

## PARTE 2



## El vínculo

*Los hilos del poder se tejen bajo tierra.*

— — TESTIMONIO DE ANA LUISA PEDRAZA

La noche se había cerrado sobre Mijas como una losa. Clara apartó la mirada del mar oscuro, apenas una mancha negra tras los cristales, y la fijó en los papeles desparramados sobre la mesa de madera. La lámpara de escritorio proyectaba un círculo de luz amarilla que recortaba las sombras de las fotografías, los mapas, las copias de los diarios. Una gota de café frío se había secado junto al borde de una imagen, formando una costra oscura. Tiró de la manga del jersey para limpiarla y el roce del algodón sobre el papel sonó áspero en el silencio.

La cena con Raúl había quedado atrás, pero el eco de sus palabras aún le rozaba la nuca cuando intentaba concentrarse. Él había hablado de la verdad como un textil que se teje a medias, de la belleza de las versiones, y ella había asentido sin saber bien si estaba de acuerdo o solo quería que la noche terminara. Ahora, frente a los documentos, necesitaba que su mente dejara de divagar. Se apretó la sien con los dedos, sintiendo el latido de una pequeña jaqueca que empezaba a formarse, y respiró hondo.

Los sellos de barro de las piezas falsificadas —los que Ochoa había enseñado en sus cursos durante décadas— estaban allí, impresos en las fotografías que ella misma había tomado en el almacén del yacimiento. Los

alineó sobre la mesa, uno al lado del otro, como fichas de un juego del que no conocía las reglas. La textura del papel fotográfico, satinado y frío, se pegaba a sus yemas. Cada sello era idéntico: el mismo óvalo, la misma hendidura central, el mismo dibujo de una hoja de laurel que ella había visto mil veces en los manuales de Ochoa. La precisión era casi obsesiva. El registro de las piezas, sin embargo, mostraba fechas de hallazgo que abarcaban quince años. ¿Cómo podía un sello mantenerse tan constante durante tanto tiempo?

Abrió la carpeta que contenía las copias de los documentos del archivo municipal. Había pasado la tarde anterior fotografiando expedientes de los años cuarenta, permisos de obra, licencias de urbanismo, papeles amarillentos que olían a polvo y a humedad. Los había conseguido gracias a una llamada de Javier Escribano, que conocía al archivero. «No me preguntes para qué los quieres», le había dicho él por teléfono, y ella le había prometido contárselo todo cuando estuviera segura.

Ahora repasaba las páginas una a una, buscando algo que no sabía qué era. Sus dedos se detenían en las firmas, en los sellos, en las fechas. La datación de los permisos coincidía con los años en que aquel caserón entre los higos había sido un cuartel alemán, pero eso ya lo sabía. Lo que no sabía era qué esperaba encontrar. Quizás una firma, un nombre, algo que atara cabos.

Y entonces lo vio.

En la esquina inferior de un permiso de urbanismo fechado en 1943, junto a la firma del concejal —un tal don Emilio Valcárcel—, había un sello. No era un sello oficial del ayuntamiento, sino uno pequeño, ovalado, con el dibujo de una hoja de laurel. El mismo dibujo. La misma hendidura central.

El aire se le quedó preso en la garganta, un nudo que no subía ni bajaba. Acercó la fotografía del sello de las piezas arqueológicas y la puso al lado del permiso. La luz de la lámpara iluminaba ambas imágenes, y la comparación era inevitable: eran idénticas. La misma inclinación de la hoja, el mismo grosor en el trazo, la misma marca de desgaste en el borde superior derecho. No podía ser una coincidencia. Los sellos de Ochoa — los que él había usado para falsificar las cerámicas tardorromanas— aparecían también en un documento urbanístico de los años cuarenta firmado por el concejal Valcárcel.

Se apoyó en el respaldo de la silla y la madera crujió bajo su peso. La madeja se desenredaba, pero no hacia el lugar que ella esperaba. Ochoa no había actuado solo. Alguien más había estado implicado, alguien con acceso a los archivos municipales, alguien que conocía los procedimientos de la posguerra. El concejal de urbanismo de Mijas en los años cuarenta. Eso cambiaba todo.

Volvió a mirar el permiso. Era una autorización para construir un muro de contención en una finca cercana a la villa. La letra del funcionario era clara, precisa, con una caligrafía que recordaba a la de los manuales de caligrafía de los años cincuenta. Pero el sello no encajaba. Un concejal no usaba un sello personal en un documento oficial de ese tipo. Los sellos personales eran para cartas, para notas privadas, no para permisos de urbanismo. A menos que alguien hubiera querido dejar una marca, una señal.

Clara cogió su cuaderno de tapas negras y lo abrió por una página limpia. El bolígrafo tembló apenas un instante. Luego se posó sobre el papel. Anotó la fecha del permiso, el nombre del concejal, la ubicación del muro de contención, y dibujó un esquema de la hoja de laurel —con las medidas aproximadas del sello—. La tinta azul, brillante bajo la luz, se secaba lentamente.

Necesitaba confirmar la cronología de los sellos. Si el de las piezas arqueológicas era idéntico al del permiso de 1943, entonces Ochoa no lo había fabricado. Lo había copiado. O lo había heredado. O alguien se lo había dado. La secuencia de los hechos empezaba a dibujarse como un mapa de carreteras que se bifurcan: Ochoa, el concejal, la posguerra, la villa. ¿Dónde encajaba su abuela Mercedes en todo aquello? ¿Sabía ella algo? ¿Había visto algún sello parecido en los años en que trabajó en el archivo municipal?

Se levantó y encaminó sus pasos hacia la cocina, donde abrió el grifo y sostuvo el vaso bajo el chorro hasta que el borde empañó. El ruido del agua, el golpeteo contra el fondo, le devolvió a lo cotidiano. Bebió un trago largo y el frío del líquido le bajó por la garganta. Dejó caer las manos sobre el borde del fregadero y sintió la porcelana fría bajo las palmas. Respiró hondo. Luego retornó a la mesa.

Los documentos seguían allí, esperándola. Tomó otra fotografía, del sello de una de las cerámicas halladas en la villa, y la comparó con el permiso municipal bajo una lupa de sobremesa que había heredado de Ochoa. El cristal aumentaba los detalles: las microgrietas del barro, las irregularidades del borde, una mancha de tinta en la esquina inferior del sello del permiso que también aparecía, idéntica, en el sello de la cerámica. La misma mancha. La misma tinta. No había duda.

Ochoa había usado un sello original de los años cuarenta para falsificar las piezas. Eso significaba que el sello existía antes de que él empezara a trabajar en el yacimiento. Significaba que alguien se lo había proporcionado. Y ese alguien solo podía ser el concejal Valcárcel, o alguien de su entorno, alguien con acceso a los archivos municipales durante la posguerra. La colaboración se extendía más allá de la villa, más allá de las cerámicas, más allá de todo lo que ella había imaginado.

Se sentó de nuevo y empezó a clasificar las pruebas en montones: uno para las fotografías de los sellos de las piezas arqueológicas, otro para los documentos del archivo municipal, un tercero para las notas que iba tomando. El tacto del papel, el roce de las esquinas contra sus dedos, el peso de las hojas al apilarlas —todo eso la anclaba al presente mientras su mente volaba hacia el pasado. El concejal Valcárcel. ¿Qué relación tenía con Ochoa? ¿Le había dado el sello voluntariamente? ¿O Ochoa lo había encontrado en el archivo y lo había usado sin permiso?

El péndulo del reloj del salón dio las once con un tictac seco. El sonido la sobresaltó. Llevaba horas sumergida en los documentos y no se había dado cuenta. Apoyó la cabeza en las manos y sintió el cansancio en los párpados, en la nuca, en los hombros tensos. La lealtad a Ochoa le pesaba como una losa. Había sido su tutor, su mentor, la figura paterna que la había recogido con apenas ocho inviernos de una casa donde no había cuidado. Pero ahora la verdad arqueológica —esa que ella había jurado defender— se levantaba ante ella como un muro que no podía rodear.

Si publicaba lo que había descubierto, la reputación de Ochoa quedaría destruida para siempre. Pero si callaba, ¿qué clase de arqueóloga sería? La palabra "herencia moral" le vino a la mente, aunque no sabía si la había oído en alguna parte o si la estaba inventando en ese momento. Se limpió la frente con el dorso de la mano y el sudor frío le humedeció los dedos.

Miró el montón de documentos otra vez, y esta vez los vio con claridad: no eran solo papeles. Eran las piezas de un rompecabezas que alguien había querido mantener oculto durante décadas. Y ella, sin quererlo, había empezado a encajarlas.

Tomó el cuaderno y escribió la fecha del día siguiente. Luego, debajo, dos palabras: "Concejal Valcárcel". Añadió un signo de interrogación, dudó, y finalmente escribió: "Archivo municipal. ¿Solicitar acceso a expedientes personales?".

El siguiente paso era ir al archivo y buscar todo lo que pudiera encontrar sobre Valcárcel. Cartas, informes, notas personales. Cualquier cosa que revelara su relación con Ochoa. Sabía que el archivo cerraba a las seis de la tarde, pero podía ir a primera hora de la mañana. Quizás consiguiera alguna pista más antes de volver al hospital a ver a Ochoa.

El teléfono vibró sobre la mesa con un zumbido que la sacó de sus pensamientos. La pantalla se iluminó mostrando el nombre de Raúl. El mensaje decía: "¿Sigues despierta?".

Lo miró un instante. El cursor parpadeaba en el lateral del cuaderno, esperando la siguiente palabra. Apoyó el bolígrafo sobre el papel y luego cogió el móvil. Lo giró entre sus manos, sintiendo el peso del aparato, el calor de la batería. Luego lo dejó boca abajo sobre la mesa, con la pantalla contra la madera, y volvió a sus notas.

No esta noche. No ahora. Las pruebas la esperaban.

\* \* \*

La noche había cerrado del todo sobre Mijas. Desde la ventana abierta llegaba el batir sordo y perpetuo del mar, un vaivén constante que se mezclaba con el latido del segundero del aparato que colgaba en la pared del salón. Clara no había encendido la lámpara. La luz de la luna, filtrada por las nubes, dibujaba franjas plateadas sobre la mesa, sobre los montones de papeles que ocupaban casi toda la superficie. Tenía las manos frías. Se las frotó una contra otra sin apartar la mirada del cuaderno abierto.

El teléfono móvil descansaba junto al bolígrafo, boca abajo, como ella lo había dejado hacía una hora. No lo había mirado desde entonces. Ahora estiró el brazo y lo giró. La pantalla se iluminó con la hora: las once y veinte. El mensaje de Raúl seguía sin respuesta. Pasó el dedo por el borde del móvil y luego abrió la agenda de contactos.

Javier Escribano. El nombre apareció en la lista junto a un número que había marcado decenas de veces durante la carrera. Él siempre respondía, aunque fuera tarde. Tenía el sueño ligero, o eso decía. Clara apoyó el pulgar sobre el icono de llamada y dudó.

Repasó mentalmente lo que iba a decir. No podía contarle todo. No debía. Javier era preciso, meticoloso, pero también curioso. Si mencionaba los sellos de barro, él querría verlos. Si hablaba de las fechas, preguntaría por la procedencia. Y ella no estaba lista para compartir aquello. No hasta que supiera más.

Volvió a depositar el móvil sobre la mesa y apoyó las palmas en el borde de la madera. La superficie estaba lijada, lisa, fría. Notó una pequeña astilla bajo el dedo índice y la presionó hasta que la punta se quedó blanca. Luego respiró hondo y marcó.

El tono sonó dos veces antes de que Javier respondiera.

—Dígame.

La voz sonaba ronca, como si acabara de despertarse.

—Javier, soy Clara. ¿Te he despertado?

—No importa. ¿Qué ocurre?

Clara se mordió el labio inferior. La boca se le había secado. Carraspeó.

—Necesito contrastar algo. Sobre la datación de unas piezas. Cerámica tardorromana.

—¿De tu yacimiento?

—Sí. De la Villa de las Higueras.

Silencio al otro lado. Luego el ruido de alguien removiéndose en la cama.

—¿Qué tipo de cerámica?

Clara apartó el cuaderno y buscó la página donde había anotado las descripciones. Pasó el dedo por las líneas.

—Tres fragmentos de borde de plato, con engobe rojo. Tengo dudas sobre la secuencia estratigráfica. Parecen demasiado... nítidos. Como si no hubieran estado enterrados el tiempo suficiente.

—¿Has hecho la limpieza?

—Sí. Y la primera inspección. Los sellos de barro me llamaron la atención.

Javier tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz había perdido la brusquedad del despertar.

—¿Sellos de barro?

Clara cerró los ojos. Había dicho demasiado. Se corrigió mentalmente: no, había dicho justo lo necesario para que él entendiera.

—En la base de los fragmentos. Pequeños sellos con una marca circular. No los he visto en otras piezas del mismo período.

—¿Tienes fotos?

—Sí. Las he documentado.

—Mándamelas mañana por la mañana. Las miro con calma.

Clara asintió, aunque él no pudiera verla.

—Gracias, Javier.

—Clara. —La voz de él se volvió más tensa, más cortante—. Ten cuidado con lo que mueves. Si hay algo raro en esas piezas, no lo cuentes a la ligera. Esto es un pueblo pequeño y la gente habla.

—Lo sé.

—No me refiero solo a los cotilleos. Me refiero a que si alguien ha puesto esos sellos a propósito, no va a dejar que los saques a la luz sin más.

Clara sintió un escalofrío que le subió por la nuca.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que las malas prácticas en arqueología tienen consecuencias. Y que a veces es mejor ir con calma que saltar y después tener que recoger los pedazos.

Ella no respondió. El silencio se alargó hasta que Javier carraspeó.

—¿Sigues ahí?

—Sí. Estoy aquí.

—Bien. Mándame las fotos mañana. Y no hagas nada precipitado.

—No lo haré.

—Buenas noches, Clara.

—Buenas noches.

La llamada terminó. Clara dejó el móvil sobre la mesa y contempló la pantalla que se oscurecía. Las palabras de Javier resonaban en su cabeza: *no hagas nada precipitado*. Pero ella ya había hecho algo. Había mirado, había comparado, había tomado notas. Y ahora no podía dejar de ver lo que había visto.

Se levantó y se dirigió a la cocina, donde la nevera zumbaba en el rincón, un sonido constante que apenas se notaba hasta que el silencio de la noche lo amplificaba. Abrió el grifo, llenó el vaso hasta el borde y bebió a sorbos cortos, apoyada en el borde de la encimera, sintiendo el frío del líquido bajar por la garganta.

Se posicionó de nuevo frente a la mesa y encendió la lámpara. La luz amarilla —no, no amarilla, no podía usar ese token— la luz cálida iluminó los papeles. Se sentó y releyó las notas que había escrito aquella tarde. Los fragmentos de cerámica, los sellos, las fechas de los diarios de Ochoa. Todo encajaba salvo una pieza: la datación no mentía, como decía Javier siempre. Pero alguien había manipulado el registro. Y ese alguien era Ochoa.

Clavó los codos en la mesa y se frotó las sienes. El cansancio pesaba en los párpados, pero la mente seguía activa, dando vueltas a la misma idea una y otra vez. Necesitaba hablar con Ochoa directamente. Preguntarle,

cara a cara, por qué había hecho aquello. Por qué había falsificado las piezas. Por qué había construido una mentira que ahora amenazaba con derrumbarse sobre todos ellos.

Pero si iba al hospital y le preguntaba, ya no habría vuelta atrás. Ochoa podría negarlo, podría enfadarse, podría decirle que se equivocaba. O podría confesar. Y entonces ella tendría que decidir qué hacer con esa verdad.

El miedo le apretó el pecho. No era miedo a Ochoa, sino a lo que él pudiera decirle. A lo que él hubiera hecho y ella aún no supiera. A lo que él hubiera sido capaz de ocultar durante tantos años.

Miró el reloj de pared. Las agujas marcaban las doce menos cuarto. Si salía ahora, llegaría al hospital antes de la una. La visita nocturna no era habitual, pero él estaba en cuidados paliativos. Las reglas eran más flexibles.

Se levantó y empezó a recoger los papeles. Los metió en una carpeta azul, la que usaba para los documentos más importantes. Apretó las gomas elásticas contra el cartón y sintió la presión en los dedos. Luego cogió el móvil, las llaves, la chaqueta del perchero.

La chaqueta olía a la calle, a salitre y a tabaco frío. Se la puso mientras buscaba las llaves en el bolsillo del pantalón. La puerta del apartamento chirrió al abrirse, un gemido metálico que rompió el silencio del rellano. Cerró con cuidado, sin hacer ruido, aunque no sabía bien por qué. El pasillo estaba vacío, las luces automáticas apagadas.

Bajó las escaleras de dos en dos. El portal estaba entreabierto y la brisa nocturna entró de golpe, trayendo el olor a pino y a tierra húmeda. Fuera, las farolas proyectaban círculos de luz naranja sobre el asfalto. No había nadie. Solo un gato que cruzó la calle y desapareció entre los coches aparcados.

Clara subió al coche, un utilitario blanco que aparcaba siempre en la misma esquina. El motor arrancó al primer intento. Puso la primera y salió despacio, mirando por el retrovisor. Las calles de Mijas estaban desiertas a esa hora. Las casas blancas, las persianas bajadas, las macetas con geranios en los balcones. Todo parecía dormido.

Tomó la carretera hacia el hospital. Las luces del salpicadero iluminaban el interior del coche, y ella notó el calor del volante bajo las palmas. La carretera estaba vacía, sin tráfico, sin luces de otros coches. Solo el asfalto y la línea continua que se perdía en la noche.

Apretó el acelerador. Necesitaba llegar rápido, antes de que el valor se le escapara entre los dedos como el agua del grifo que había bebido hacía unos minutos. Necesitaba ver a Ochoa, sentarse frente a él y preguntarle.

*¿Por qué lo hiciste?*

La pregunta llevaba días dándole vueltas en la cabeza. Ahora, por fin, iba a formularla en voz alta. Y no sabía si estaba preparada para la respuesta. Pero ya no podía seguir esperando.

## CAPÍTULO 5

## La confesión

*Confesar no es liberarse; es trasladar el peso.*

— — DIARIOS DE MARIANO OCHOA

**E**l pasillo del hospital olía a lejía y a comida recalentada. Clara caminó despacio, contando las puertas, buscando el número que le había dado la enfermera del mostrador. La luz fluorescente zumbaba por encima de su cabeza, un sonido constante que se metía en los dientes. Llevaba el sobre doblado bajo el brazo, el papel sudado contra la tela de la sudadera.

Habitación 214. La puerta estaba entreabierta.

Se detuvo un momento, apoyó la frente contra el marco de madera. Podía oír el ritmo lento de una máquina de oxígeno, el goteo regular del suero. Se imaginó a Ochoa dentro, con su cuerpo encogido entre las sábanas grises, y no sabía si era rabia o miedo.

Empujó la puerta.

La habitación era pequeña, con una ventana que daba a un patio interior. Los últimos rayos del día entraban velados, mezclándose con el blanco frío del fluorescente del techo. Ochoa yacía en la cama, medio incorporado sobre varias almohadas. Llevaba una bata de hospital azul claro, demasiado grande para sus hombros estrechos. Tenía el pelo más canoso que la última vez que lo vio, hace tres semanas en el yacimiento, y la piel le colgaba suelta de los huesos de la cara.

—Clara.

La voz le salió rasgada, como si hubiera estado callado mucho tiempo. Esbozó una sonrisa débil que no llegó a los ojos.

Ella no respondió. Cruzó la habitación con pasos cortos, dejó el sobre sobre la mesilla de noche, junto a un vaso donde el agua temblaba con una pajita doblada dentro. Se quedó de pie, sin sentarse, mirando el gotero transparente que colgaba del soporte metálico.

—No sabía si vendrías —dijo Ochoa.

Clara enganchó el dedo pulgar bajo el borde inferior de la montura y lo levantó una fracción, dejando que la lente se separara de la piel un instante. El gesto le salió solo, como un reflejo.

—He estado revisando las piezas otra vez. Todas.

Ochoa asintió despacio. Se llevó la mano abierta al pecho, aplastándola contra la bata, como si le costara respirar.

—Y has encontrado algo.

—Los sellos. Los que usabas en tus cursos de formación. Los mismos que aparecen en las cerámicas de la villa.

La voz de Clara salió más rápida de lo que ella quería, casi cortante. Se obligó a respirar hondo.

Ochoa apretó los párpados un instante. Cuando los abrió, parecía más cansado, como si hubiera envejecido diez años en ese instante.

—Sí —dijo—. Los sellos son míos. Las piezas también.

El suelo se desvaneció bajo sus pies, un balanceo que la dejó sin anclaje, aunque sabía que estaba quieta. Era una cosa oírlo de sus propios labios, confirmar lo que ya sabía. Se apoyó en el borde de la cama, sin sentarse del todo.

—¿Por qué? —preguntó.

Ochoa la miró un largo rato. La máquina de oxígeno llenaba el silencio con su ritmo constante.

—La Villa de las Higueras no es lo que crees —dijo al fin—. Nunca fue una villa tardorromana.

—¿Qué quieres decir?

—Durante la Guerra Civil, y después, en la posguerra —el período de después de la guerra, cuando el país se recomponía—, la villa fue ocupada por un comandante alemán. Hauptmann Richter. Los nazis la usaron como cuartel.

Clara parpadeó. La palabra le rebotó en la cabeza sin encontrar un sitio dónde encajar.

—¿Un cuartel alemán? ¿En la costa de Málaga?

—Había varios. Bases de aprovisionamiento, puntos de vigilancia. La costa era estratégica para los alemanes. La Villa de las Higueras era un lugar ideal: apartada, con buena visibilidad sobre el mar, con espacio para alojar tropas.

—Pero las estructuras romanas están ahí. Los mosaicos, los muros...

—Están. Pero todo lo demás es falso. Las cerámicas, las inscripciones, la tumba simulada. Lo inventé todo para ocultar lo que realmente había ocurrido allí.

Clara se apartó de la cama. Dio dos pasos hacia la ventana, se volvió.

—¿Y quién más lo sabía?

Ochoa desvió la mirada.

—El concejal de urbanismo de Mijas en los años cuarenta. Él me ayudó a fabricar las pruebas. Firmó los permisos de excavación sin hacer preguntas.

—Eso no responde a mi pregunta.

Otra pausa. La máquina de oxígeno inspiró y espiró.

—Había alguien más —dijo Ochoa en voz baja—. Tu abuela.

Clara sintió que el aire se le escapaba de los pulmones. Sus ojos recorrieron la arruga de la sábana, la mancha de humedad en la almohada.

—¿Mercedes?

Ochoa asintió. Se secó la frente sudorosa con la manga de la bata.

—Ella trabajaba como intérprete para el comandante Richter. Hablaba alemán con fluidez, lo había aprendido de niña, cuando su familia emigró a Suiza por unos años. Cuando los alemanes ocuparon la villa, la necesitaban para traducir, para negociar con los proveedores, para...

Se detuvo. Clara vio cómo se le humedecían los ojos.

—No era solo su intérprete —dijo Clara.

—No.

La palabra cayó entre ellos como una piedra en un pozo. Clara sintió el vértigo de la profundidad, el eco que no acababa de llegar.

—Fue su amante —dijo Ochoa—. Durante toda la ocupación.

Clara se cubrió la boca con la palma. Las uñas le olían a tierra seca, aunque hacía días que no pisaba el yacimiento. Se sentó en la silla junto a la cama, la que estaba vacía, con el plástico frío de la tapicería contra los muslos.

—¿Y mi abuelo?

—Murió en la guerra. Mercedes se quedó sola con dos hijos pequeños. El comandante le ofreció protección, dinero, un techo. Ella aceptó.

—Por necesidad.

—Por necesidad —repitió Ochoa—. Quizás también por otra cosa. Nunca lo supe bien. Ella no hablaba de eso.

Clara se quedó callada. El sobre seguía en la mesilla, con las pruebas de los sellos dentro. De repente le pareció un objeto ridículo, un expediente que no servía para nada.

—Cuando yo llegué a la villa —continuó Ochoa—, en los años setenta, todavía quedaban restos de la ocupación. Una placa con el nombre del comandante, fragmentos de documentos alemanes. Supe lo que había pasado. Y supe que si se excavaba de verdad, si se publicaba la historia real, Mercedes sería recordada como una colaboradora.

—Tú la querías —dijo Clara.

Ochoa no respondió. Clavó los ojos en el techo, con los párpados entornados, como si contara las grietas de la pintura.

—Intenté protegerla. A ella, a su memoria. Y también a ti.

—¿A mí?

—Tú eras una niña cuando empecé a excavar la villa. Ocho años, recién sacada de aquella casa. No podía decirte que tu abuela había sido la amante de un nazi. No podía destruir la única familia que te quedaba.

La garganta se le cerró como un puño. Empujó el respaldo de la silla hacia atrás y se puso en pie, caminó hasta la ventana. El patio interior estaba vacío, con un banco de plástico blanco y una maceta con una planta mustia.

—Me mentiste durante veinte años —dijo sin volverse.

—Sí.

—Falsificaste un yacimiento entero.

—Sí.

—Me enseñaste a ser arqueóloga con piezas falsas.

Ochoa no respondió. Clara oyó el sonido de la respiración forzada, el resuello de los pulmones enfermos.

Se volvió. Ochoa la miraba desde la cama, con los ojos enrojecidos, las manos crispadas sobre la sábana.

—No te pido perdón —dijo—. No tengo derecho.

Clara sintió que un bloque de cemento le rellenaba la boca. Había venido a enfrentarlo, a exigirle respuestas, y ahora que las tenía no sabía qué hacer con ellas. La verdad era un objeto pesado que le quemaba las manos.

—Necesito tiempo —dijo.

Ochoa asintió. La cabeza le pesaba sobre la almohada.

—Tómame el que quieras.

Clara tomó el sobre de la mesilla. Lo apretó contra el pecho, sintiendo el borde del papel contra las costillas.

—Volveré mañana.

Salió de la habitación sin cerrar la puerta. En el pasillo, la luz fluorescente seguía zumbando. Caminó hacia la salida sin mirar atrás, con el sobre apretado como un escudo, sintiendo el vértigo de una verdad que apenas empezaba a comprender.

\* \* \*

El flexo de la mesilla proyectaba un cono de luz amarillenta sobre el rostro de Ochoa. La penumbra del resto de la habitación devoraba los bordes de la cama, el gotero, el perfil de la máquina de oxígeno. El monitor emitía un pitido regular, acompasado, como un metrónomo desafinado. Clara sintió el peso del sobre en las manos, el borde del papel marcándole la palma. Lo dejó sobre la mesilla, junto al vaso de agua con una pajita doblada.

Ochoa no apartaba la mirada del techo. Tenía los ojos abiertos, fijos en algún punto que Clara no podía ver. La respiración le silbaba entre los dientes, un sonido húmedo que llenaba los silencios.

Clara tiró de la silla de plástico blanco y se sentó. El asiento crujió bajo su peso. Dejó las manos sobre los muslos, sintiendo la tela de los vaqueros, el calor de su propio cuerpo. Notó una uña con barro seco incrustado y se la miró un instante, distraída, antes de levantar la vista.

—¿Por qué? —preguntó.

La palabra salió seca, sin titubeos, como un objeto que hubiera estado esperando su turno.

Ochoa parpadeó. La cabeza le pesaba sobre la almohada y tardó unos segundos en girarla hacia ella. Sus ojos estaban enrojecidos, la piel cetrina bajo la luz del flexo.

—Ya te lo he dicho.

—Dímelo otra vez —Clara sintió que la voz se le tensaba, que las palabras se le atascaban en la garganta como arena seca—. Quiero oírlo completo. Desde el principio.

Ochoa respiró hondo. El aire le entró con un silbido, como si los pulmones ya no supieran llenarse del todo. Se pasó la lengua por los labios, resecos, agrietados.

—La villa fue un cuartel alemán durante la guerra y la posguerra. Un oficial, Hauptmann Richter, la ocupó. Tu abuela trabajó para él como intérprete.

—Eso ya lo sé.

—No era solo intérprete.

Clara sintió un calambre en el estómago, una contracción que le subió hasta la base de la garganta. Apretó las manos sobre los muslos.

—Era su amante —dijo Ochoa—. Vivió con él en la villa durante casi cuatro años.

Las palabras colgaron en el aire como polvo suspendido. Clara notó el peso del silencio, el zumbido del flexo, el latido del monitor. Presionó la punta de los dedos contra la sien y se frotó en círculos, como si pudiera borrar lo que acababa de oír.

—¿Y por eso falsificaste las piezas?

Ochoa cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, su mirada volvió a fijarse en el techo, como si buscara una respuesta en las grietas de la pintura.

—No podía dejar ese testimonio en el yacimiento. Las inscripciones, los sellos, la tumba simulada... todo apuntaba a la ocupación. Había documentos en el archivo municipal que lo confirmaban. Si se hubiera excavado con el método adecuado, habría salido a la luz.

—¿Y decidiste enterrarlo?

—Decidí cambiarlo.

Clara sintió que las palabras le rebotaban en el pecho como piedras. Se puso en pie de un impulso, apartando la silla, y dio dos pasos hacia la ventana. La noche era un rectángulo negro sin estrellas. La luz del flexo se reflejaba en el cristal, deformando su propia silueta.

—Falsificaste un yacimiento entero —dijo sin volverse—. Pusiste piezas falsas en el registro. Engañaste a toda la comunidad científica durante décadas.

—Lo sé.

—Y yo te creí. Te admiré. Aprendí de ti.

Ochoa no respondió. Clara oyó el sonido de la respiración forzada, el resuello de los pulmones enfermos. Se volvió. Ochoa la miraba desde la cama, con los ojos enrojecidos, las manos crispadas sobre la sábana.

—Hice lo que hice por amor —dijo—. Por miedo también. No podía dejar que el pasado de tu abuela se convirtiera en un estigma para ti. No podía destruir la única familia que te quedaba.

Un nudo le apretó la garganta, duro y seco como una piedra. Se quedó quieta junto a la ventana, con los brazos caídos, sintiendo el frío del cristal en la nuca.

—Me mentiste durante veinte años —dijo.

—Sí.

—Me enseñaste a mentir. A ocultar. A justificar lo injustificable.

Ochoa apretó los párpados. Una lágrima le resbaló por la mejilla, lenta, como si el cuerpo ya no tuviera fuerzas ni para llorar.

—No te pido perdón —dijo—. No tengo derecho.

Clara sintió que un aro de alambre le apretaba la tráquea. Quería gritar, quería salir corriendo, quería quedarse. La verdad era un objeto que le quemaba las manos, pero también la sostenía, la anclaba al suelo.

—¿Cuándo empezaste? —preguntó.

Ochoa tragó saliva. La nuez le subió y bajó con esfuerzo.

—La noche del 14 de julio de 1975. En el archivo municipal. Había encontrado los documentos que probaban la ocupación. Estaba solo, de madrugada. Tomé la decisión allí mismo.

—¿Y mi abuela lo sabía?

Ochoa dudó. Un instante de silencio que a Clara se le hizo eterno.

—Lo supo después. Cuando le conté lo que había hecho.

—¿Y qué dijo?

Ochoa desvió la mirada. La fijó en la mancha de humedad del techo, en el desconchón de la pintura.

—Dijo que estaba bien. Que era lo mejor.

Las rodillas se le doblaron como si el suelo se hubiera vuelto de arena. Se dejó caer en la silla, sin soltar el respaldo, como si buscara un punto de apoyo que no encontraba.

—Ella lo habría aprobado —dijo, y la frase le supo a hiel en la boca.

—No fue así —Ochoa negó con la cabeza, un movimiento lento, agotado—. No lo aprobó. Lo aceptó. Es diferente.

—¿Qué diferencia hay?

Ochoa no respondió. Sostuvo la mirada en la mancha de humedad del techo, como si esperara ver surgir las palabras de aquella superficie porosa.

Clara sintió que la ira le subía por el pecho, caliente, densa. Pero también sintió otra cosa, un peso distinto, una especie de compasión que le dolía como una herida abierta.

—No sé qué hacer con esto —dijo en voz baja, casi para sí misma.

Ochoa giró la cabeza hacia ella. Tenía los ojos enrojecidos, la mirada cansada, derrotada.

—Haz lo que tengas que hacer. Publícalo. Denúnciame. Destruye todo. No me queda nada que perder.

Clara se ajustó las gafas tocando el puente con los dedos, un gesto mecánico que no necesitaba. Sintió la humedad en los dedos, el temblor leve que le recorría el brazo.

—No puedo perdonarte —dijo.

—No te lo pido.

—Pero tampoco puedo destruirte.

Ochoa no respondió. El monitor siguió latiendo, acompasado, indiferente. El flexo seguía proyectando su cono de luz amarillenta sobre el rostro demacrado.

Clara se levantó. Tomó el sobre de la mesilla y lo apretó contra el pecho, sintiendo el borde del papel contra las costillas.

—Volveré mañana.

Salió de la habitación sin cerrar la puerta. En el pasillo, la luz fluorescente seguía zumbando. Caminó hacia la salida sin mirar atrás, con el sobre apretado como un escudo, sintiendo el vértigo de una verdad que apenas empezaba a comprender.

\* \* \*

El aire de la noche le golpeó la cara como una bofetada. Clara parpadeó bajo la luz amarillenta de la farola de la entrada y aspiró hondo, llenando los pulmones de ese olor a asfalto húmedo y escape de coches que tanto contrastaba con el antiséptico del hospital. Se detuvo un momento en el escalón de piedra, con el sobre aún apretado contra el pecho, sintiendo el papel húmedo por el sudor de sus manos. Una moto pasó calle abajo, el motor sonando seco, y el ruido se perdió entre los edificios.

Caminó unos pasos hacia el banco de madera que había frente a la fachada principal, bajo un plátano de sombra que filtraba la luz de la farola. Se sentó sin pensarlo, dejando caer el peso del cuerpo sobre la madera fría. El sobre reposó en su regazo, y ella fijó la atención en el tráfico que fluía lento por la avenida, en los faros rojos que se encendían y apagaban en los semáforos.

Las palabras de Ochoa le volvían a la cabeza, fragmentadas, como piezas de una vasija rota. *Mercedes traducía para él. Era joven, guapa, hablaba alemán. El comandante la eligió.* La imagen de su abuela, una mujer menuda de pelo cano que siempre llevaba un delantal de flores, se superponía a esa otra figura: una muchacha de veintitantos años, sentada frente a un oficial alemán, traduciendo órdenes que quizás ella no entendía del todo. O quizás sí.

Clara se cubrió la cara con ambas manos, sintiendo la piel tirante, los ojos secos. Había llorado dentro, no sabía cuándo. Ahora solo sentía el peso del cansancio, un dolor sordo en la nuca que le bajaba por los hombros. El ruido de la ciudad se filtraba en su conciencia como un zumbido de fondo: un portazo, una risa lejana, el chirrido de un autobús al frenar.

Se inclinó hacia delante, plantó los codos en las rodillas y dejó caer la cabeza. La madera del banco olía a polvo y a humedad. Sintió una ramita seca bajo la suela de su zapato, el roce áspero contra el asfalto. Todo era demasiado real, demasiado concreto, comparado con el vértigo que le removía el estómago.

—No devuelve nada —murmuró en voz baja, casi sin mover los labios.

La verdad no le devolvía a su abuela. No le devolvía la imagen limpia de una mujer que había criado a su nieta con ternura y silencio. No le devolvía la infancia en aquella casa de Mijas, con el olor a pino y a pan recién hecho. No le devolvía nada. Solo le dejaba un vacío, un agujero en la secuencia de su propia historia.

Recordó la primera vez que Ochoa le habló de estratigrafía. *Cada capa cuenta una historia, Clara. Pero a veces la historia que cuenta no es la que esperabas.* Él lo sabía. Él había removido las capas, había puesto piezas falsas para ocultar lo que no quería que se viera. Y ahora él tenía que decidir qué hacer con ese registro contaminado.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Se levantó del banco y empezó a caminar sin rumbo por la acera, hacia la esquina donde la calle se abría al paseo marítimo. Las farolas proyectaban sombras largas y deformes sobre el suelo. Un perro atado a una farola la miró al pasar, moviendo la cola sin levantarse.

Se detuvo en el bordillo, mirando el mar oscuro al final de la calle. La brisa le trajo olor a sal y a algas, un olor que conocía desde niña. Parpadeó dos veces, muy despacio, dejando que el aire le secase las mejillas.

Y entonces, sin saber de dónde venía la certeza, supo que Ochoa no se lo había contado todo. La confesión de hoy era solo una capa, la superficial. Él era meticuloso, cuidadoso con los detalles, para no haber dejado un

registro más completo de lo que realmente ocurrió. Un diario, quizás. Algo que él guardara en algún lugar, como esos cuadernos de tapas negras que siempre llevaba consigo cuando eran sus alumnos.

—Tiene que haber algo más —dijo en voz alta, esta vez con un tono que sonaba a constancia, a la seguridad de quien ha encontrado una pista.

Se giró y miró hacia el edificio del hospital, una mole iluminada a intervalos regulares. Las luces de algunas habitaciones estaban encendidas, como puntos amarillos en un panel de control. La de Ochoa, en la cuarta planta, se distinguía por la persiana entreabierta.

Apoyó la espalda en la barandilla del paseo y se quedó allí, quieta, sintiendo el pulso en las sienes. La decisión no era clara. No sabía si quería encontrar ese diario, si quería seguir cavando en la tierra removida de su propia memoria. Pero también sabía que no podía parar. La investigación, su trabajo, su propia identidad como arqueóloga, dependían de que fuera hasta el fondo, aunque el fondo fuera un abismo.

Quizás esa era la única constante: la necesidad de saber, de poner cada pieza en su lugar, aunque el conjunto final fuera una imagen que no quisiera ver.

La brisa marina le levantó un mechón de pelo. Se lo apartó de la cara, sintiendo el frío del viento en la nuca. Respiró hondo, otra vez, y esta vez el aire supo a sal y a yodo.

No había respuesta esta noche. Pero sabía dónde empezar a buscar.

Se dio la vuelta y empezó a caminar de vuelta hacia la parada de autobús, dejando atrás el hospital, las luces, el peso de la confesión. La noche seguía su curso, indiferente.

## CAPÍTULO 6

# La génesis

*El amor decide por nosotros cuando ya no sabemos  
qué queremos.*

— — CARTA DE OCHOA A MERCEDES

La llave giró en la cerradura con un chasquido seco. Clara empujó la puerta y el salón se abrió ante ella, las paredes blancas teñidas de un salmo denso por el sol que ya se rendía tras la ventana de la cocina. Dejó caer la mochila en el suelo, junto a la mesa, y el golpe removió una fina capa de polvo que flotó en la luz oblicua. Se quedó quieta un momento, escuchando el zumbido lejano de la nevera y el rumor del mar que entraba por la rendija de la ventana entreabierta. Tenía los dedos fríos y la nuca tensa.

Fue al escritorio, un mueble de madera lijada con arañazos de años de uso. Abrió el cajón de arriba, donde guardaba los papeles sin orden, y lo encontró allí, envuelto en un paño de algodón desteñido. El diario. El que le había dado aquel hombre del hospital, el que pronunció su nombre como si hubieran compartido una vida entera sin que ella lo supiera. Lo había traído de allí hacía dos días, después de aquella conversación que aún le removía el pecho, y no había tenido valor para abrirlo. Ahora lo sostuvo entre las manos y sintió el peso del papel, el roce áspero de la tela. Desenvolvió el paquete con lentitud, como si temiera que las páginas pudieran desintegrarse al contacto.

La cubierta estaba desgastada, las esquinas dobladas y el cuero de imitación agrietado por el lomo. Olía a papel viejo, a humedad contenida, a un armario cerrado durante décadas. Clara se sentó en la silla, apoyó el diario en la superficie de la mesa y se quitó las gafas. Las limpió con el borde de la camiseta, un gesto automático que repetía siempre que dudaba. Volvió a ponérselas y apoyó la mano plana sobre la cubierta. La textura del cuero era fría y áspera. Respiró hondo y abrió el diario por la primera página.

Las marcas de Ochoa sobre el papel eran firmes, de trazo anguloso, la tinta azul desvaída por el tiempo. Pero no había borrones ni tachaduras. Cada línea parecía pensada, medida, como si supiera que algún día alguien leería aquellas palabras. Clara comenzó a leer en voz baja, moviendo los labios sin emitir sonido.

*Hoy la vi otra vez en el patio de la villa. Llevaba un vestido claro, el cabello oscuro recogido en un moño que se le deshacía con el viento. Se reía con los estudiantes. Más tarde, cuando todos se fueron, se quedó sola frente al impluvium, mirando el agua quieta. Me acerqué. No dijo nada. Solo me miró con esos ojos que ya entonces sabía que no me pertenecerían nunca.*

La tirantez en la garganta le cortó el aire un instante. Conocía a su abuela en fotografías, en los retratos que habían colgado en la casa de la abuela hasta que ella murió, pero nunca había visto a Mercedes a través de los ojos de otro. Ochoa escribía como si describiera una pieza de museo, con una precisión que delataba devoción. El amor estaba ahí, en cada palabra, en la elección de los adjetivos, en la pausa que dejaba entre las frases.

Pasó la página. La siguiente entrada estaba fechada tres días después.

*Mercedes me pidió que la acompañara al archivo. Iba a buscar unos expedientes del concejal de urbanismo, pero no encontró lo que buscaba. Al salir, me preguntó por la villa. Quería saber cuánto tiempo llevaba excavándola, qué habíamos encontrado, qué planeábamos hacer con los hallazgos. Nunca me había mostrado tanto interés. Le hablé de las cerámicas tardorromanas, de la estructura del impluvium, de la posibilidad de que la villa hubiera tenido un uso comercial en el siglo IV. Ella escuchaba en silencio, pero noté que sus manos temblaban ligeramente cuando sostenía los fragmentos.*

Clara apartó el diario un instante. Rozó la montura de las gafas con el dorso de los dedos, apenas un toque, y las reacomodó sobre el puente de la nariz. ¿Por qué Mercedes había temblado? ¿Sabía ya lo que había ocurrido en esa villa durante la guerra? ¿O era otra cosa, un recuerdo, un miedo que no se atrevía a nombrar? Se obligó a seguir leyendo.

La caligrafía se volvía más apretada en las páginas siguientes, como si Ochoa hubiera escrito con urgencia, temiendo que las palabras se le escaparan. Clara saltó varias hojas, buscando la fecha que recordaba de la conversación en el hospital: mediados de julio de 1975. Encontró la entrada el 14 de julio.

*El expediente de la villa está en el archivo municipal. Lo he visto. No hay duda: la ocupación alemana está documentada. Mercedes figura como intérprete, como enlace entre el comandante Richter y las autoridades locales. No hay nada ilegal en ello, pero la posguerra no perdona a las mujeres que sirvieron a los vencedores, aunque no tuvieran elección. He leído las denuncias, los testimonios de vecinos que la acusaban de colaboración. El concejal de urbanismo, que entonces era joven, firmó un informe que la culpa directamente.*

El aire se volvió espeso, denso como un jarabe que le llenaba los pulmones. Se levantó, fue a la cocina y bebió un vaso de agua del grifo, el líquido metálico, con sabor a cloro. Volvió a sentarse, pero no podía apartar la vista de las palabras. Ochoa no había escrito como un arqueólogo; había escrito como un hombre que intentaba salvar a alguien. La siguiente línea confirmó lo que ya presentía.

*No puedo permitir que la juzguen. No puedo permitir que su nombre quede manchado por algo que no fue culpa suya. Mañana iré al taller y prepararé las piezas. Para que nadie la juzgue, borraré la ocupación. La villa será tardorromana, nada más. Mercedes será solo la nieta de un propietario de tierras, una más entre los que vivieron en Mijas durante la guerra, sin mácula. Es la única manera.*

Clara apretó la página entre los dedos. El papel cedió, casi se rasga, y ella soltó el borde con un sobresalto. La caligrafía reclamó su atención, las letras firmes que sellaban una decisión que había torcido todo lo que ella creía saber. Había llegado al yacimiento buscando una verdad arqueológica y había encontrado una historia de amor y ocultación, un pacto entre dos personas que ya no estaban para defenderse.

Apoyó la frente en la palma de la mano. Sentía un peso en el pecho. Ochoa había falsificado por amor, por una lealtad que había durado más de cincuenta años. Y su abuela, ¿qué había sabido? ¿Qué había sentido? Las páginas no lo decían. Mercedes aparecía en el diario como una figura de luz, casi irreal, una mujer que Ochoa había idealizado hasta el punto de destruir su propia carrera por ella.

Clara cerró el diario de golpe. El golpe resonó en la habitación vacía. Se quitó las gafas y las limpió con la camiseta, aunque no estaban sucias. El gesto le permitió respirar. Apoyó la espalda en la silla y hundió la mirada en la penumbra de los párpados. El rumor del mar se filtraba por la ventana, constante, ajeno.

Se levantó y se metió en la cocina, donde puso la tetera a calentar, aunque no sabía si quería té. Miró por la ventana: el mar, allá abajo, era una mancha oscura que se fundía con el cielo del atardecer. Las luces de la costa empezaban a encenderse, diminutas, como señales de vida que no entendía.

Regresó a la mesa con la taza de té caliente entre las manos. Se sentó, pero no abrió el diario. Lo sostuvo, sintiendo el frío de la cubierta, el roce del cuero agrietado. Pensó en Ochoa en la cama del hospital, con la piel amarillenta y la respiración entrecortada, pidiendo perdón sin haber contado toda la verdad. Y pensó en su abuela, en la fotografía que había visto tantas veces: una mujer joven, seria, de pelo negro recogido, que miraba a la cámara sin sonreír. ¿Qué había sabido Mercedes? ¿Había aprobado la falsificación? ¿O había sido una víctima de la historia, como Ochoa quería creer?

Bebió un sorbo de té. El líquido estaba demasiado caliente y le quemó la lengua. Dejó la taza a un lado y apoyó la frente en la mesa. En el aire se mezclaban el aroma rancio de las hojas amarillentas, el del té y el salitre que entraba por la ventana. En algún lugar, allá fuera, el mar seguía su ritmo indiferente. Y aquí, en la mesa de madera rayada, ella sostenía la prueba de que el amor podía ser también una mentira.

Abrió los ojos. Miró el mar por la ventana. La línea del horizonte se había borrado, y el cielo y el agua eran una misma mancha grisácea. Se preguntó si alguna vez podría separar la verdad de la ficción, si el legado de Ochoa —el arqueólogo, el mentor, aquel que cuando ella contaba ocho años la sustrajo de un techo donde nadie la esperaba— podría sobrevivir a aquella revelación. O si, al final, todo lo que quedaba era un montón de piezas falsas y una historia de amor que nadie había querido contar.

Enderezó la espalda. El té se había entibiado. Lo bebió de un trago, sintiendo el amargor en la lengua. Luego cerró el diario, lo envolvió en el paño y lo guardó en el cajón. No lo leería más esa noche. Necesitaba pensar, dejar que las palabras reposaran, que se mezclaran con lo que ya sabía y lo que aún ignoraba. Se levantó, apagó la luz del flexo y se quedó un momento en la penumbra, escuchando el ritmo constante de la nevera y, a lo lejos, el murmullo del mar que se colaba por la rendija de la ventana. Luego fue al baño, se lavó la cara con agua fría y se metió en la cama, sin apagar la luz de la mesilla, como si temiera que la oscuridad trajera más preguntas que respuestas.

\* \* \*

La luz anaranjada del atardecer se filtraba por la cortina de la cocina, derramándose sobre la mesa como un líquido espeso que trepaba por los bordes del diario. Clara tenía las manos apoyadas a ambos lados del cuaderno, las palmas abiertas sobre la madera, sintiendo el calor que el sol había dejado en la superficie. El papel olía a polvo y a años guardados, a ese aroma que solo los objetos viejos conservan cuando han permanecido demasiado tiempo encerrados. La tinta había perdido intensidad en algunas páginas, pero la mano de Ochoa seguía siendo reconocible: inclinada hacia la derecha, con las mayúsculas trazadas con esmero, como si cada letra hubiera sido dibujada más que escrita. Una mosca golpeó contra el cristal de la ventana, una y otra vez, con un zumbido monótono que Clara oyó sin escuchar. Había leído ya varias páginas, pero aún no había llegado al punto que buscaba.

Apretó el borde del diario con los dedos, y sintió que las uñas se clavaban en la cubierta de cartón. Las palabras que había leído hasta ahora no le eran del todo ajenas: Ochoa describía la villa, las catas, la primera cerámica que encontró en 1975, todo con el lenguaje preciso de un

arqueólogo veterano. Pero entre líneas, en los espacios donde la narración se volvía más personal, había algo que le oprimía el pecho. Era como si el diario respirara. Como si cada página estuviera viva con el peso de lo que vendría después. Ochoa inspiró hondo, sintió el aire frío que le llenaba los pulmones, y pasó la página con dedos que empezaban a temblar. Se humedeció los labios. La mosca seguía golpeando el cristal.

Leyó el párrafo sin aliento, dejando que las letras se ordenaran en frases dentro de su cabeza.

*No sé cuándo empezó a formarse la idea. Quizás llevaba meses creciendo, como una raíz que se abre paso entre las grietas de una pared. Pero aquella noche, en el Archivo Municipal, todo se volvió nítido. Había ido a revisar los planos del catastro, a buscar una explicación para la cerámica que no encajaba en la secuencia del yacimiento. Y allí, bajo la luz de los fluorescentes, mientras el resto del edificio dormía, supe que había llegado el momento.*

Clara dejó de leer. Se pasó el dedo por el borde de la lente izquierda, como si limpiara una mancha. El Archivo Municipal. Lo conocía bien: un edificio de fachada gris, con ventanas estrechas y olor a papel que impregnaba cada sala. Ochoa había trabajado allí durante años, primero como investigador, luego como director de proyectos. Pero aquella noche de la que hablaba era diferente. Clara volvió al texto.

*Eran las diez de la noche del catorce de julio de 1975. Recuerdo la fecha porque la luna llena inundaba el despacho por la ventana y proyectaba un rectángulo plateado sobre el suelo. Me senté en la silla, con los planos desplegados sobre la mesa, y me quedé mirando la firma de Olegario Cisneros, el concejal de urbanismo. Estaba ahí, en tinta azul, con una rúbrica ampulosa que ocupaba media página. Supe que podría imitarla. Había estudiado su caligrafía durante semanas, en documentos*

*antiguos, en permisos de obra, en cartas al ayuntamiento. Conocía cada trazo, cada inclinación, la forma en que la tinta se espesaba al final de cada letra. Podría hacerlo.*

Clara sintió que la respiración se le cortaba. No era la falsificación lo que la perturbaba, sino la frialdad con que Ochoa la describía. Como si hubiera estado ensayando aquel momento durante años. Pasó la página con el pulgar, sintiendo la textura áspera del papel.

*La luna llena iluminaba el rostro de Mercedes en mi memoria. La recordaba en el patio de la villa, con el jazmín trepando por la pared encalada, y supe que si no lo hacía, si no borraba cualquier rastro de lo que había ocurrido allí, su nombre quedaría manchado para siempre. No podía permitirlo. No después de todo lo que había sufrido.*

*El olor a jazmín entraba por la ventana del archivo, aunque no hubiera jazmines en la calle. Era un recuerdo tan vívido que lo sentía real. Me levanté, fui al armario donde se guardaban los expedientes cerrados y saqué la carpeta del yacimiento. La desplegué sobre la mesa y busqué la página de la autorización municipal. La firma de Cisneros estaba ahí, justo donde debía. Saqué una pluma de mi bolsillo, la misma que usaba para todo, y apoyé la punta sobre el papel. La tinta negra contrastaba con el azul del original, pero a partir de ese momento todo sería negro. No habría vuelta atrás.*

Clara parpadeó. La imagen era demasiado nítida: Ochoa solo en el archivo, con la luna llena y el recuerdo de su abuela, decidiendo en un instante lo que condicionaría el resto de su vida. Se dio cuenta de que tenía las manos frías. Se las frotó contra los muslos, pero el frío no se iba. Volvió a leer el fragmento otra vez, y luego otra, como si esperara encontrar un error.

Pero no lo encontró.

Ochoa había tomado la decisión allí, aquella noche de julio, con la luna llena como único testigo. Y lo había hecho por amor. Lo había hecho para proteger a una mujer que ya había muerto cuando él empezó a falsificar. Clara sintió que la ira y la compasión se mezclaban dentro de ella en una combinación incómoda, como dos líquidos que no terminaban de integrarse. Ochoa le había enseñado que la arqueología era una ciencia de precisión, que cada capa, cada fragmento, cada contexto importaba. Y sin embargo, él mismo había violado ese principio. Había roto la secuencia. Había alterado el registro.

Se incorporó, dejando la silla atrás, y fue a la cocina. Abrió el grifo y dejó correr el agua fría sobre las muñecas, sintiendo cómo el frío le calmaba la piel. Se miró en el reflejo de la ventana, su rostro desdibujado contra el cielo anaranjado. Se preguntó si habría sido capaz de hacer lo mismo. Si, puesta en la misma situación, habría elegido la mentira antes que dejar que la verdad destruyera a alguien a quien amaba.

No lo sabía.

Se instaló de nuevo en la mesa y se sentó, pero no retomó la lectura. Cerró el diario y apoyó las palmas sobre la cubierta, como si pudiera sentir a través del cartón el peso de todas las palabras que aún no había leído. La mosca había dejado de golpear el cristal. El apartamento estaba en silencio; solo se oían el zumbido grave del electrodoméstico y, desde la calle, el rodar intermitente de los coches.

—¿Y ahora qué? —dijo en voz alta, sin dirigirse a nadie.

La pregunta quedó suspendida en el aire, sin respuesta. El diario estaba cerrado, pero las palabras de Ochoa seguían resonando dentro de ella, como un eco que no encontraba dónde disiparse. La noche del catorce de julio de 1975. La luna llena. El olor a jazmín. Y la firma de un hombre muerto que había condenado a otro hombre a vivir con una mentira durante cincuenta años.

Clara se llevó las manos a la cara y presionó las palmas contra los ojos hasta que aparecieron destellos de luz. No sabía qué hacer con lo que acababa de descubrir. No sabía si debía odiar a Ochoa o comprenderlo. No sabía si su abuela, aquella mujer de la que apenas conservaba un retrato desvaído, merecía ser protegida o juzgada.

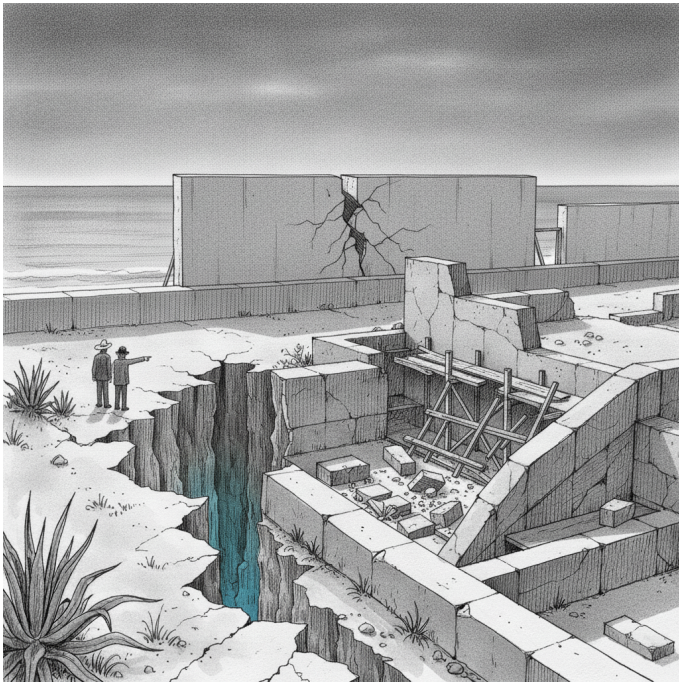
El silencio del apartamento se volvió denso, como si el aire se hubiera espesado. Clara apartó las manos de la cara y miró el diario. La portada de cuero gastado, las esquinas dobladas, la tinta borrosa en algunas páginas. Aquel objeto contenía la verdad, pero también contenía una mentira. O quizás era al revés: contenía una mentira que, a fuerza de ser repetida, se había convertido en verdad.

Dejó caer la frente sobre la cubierta del diario. Sintió el cartón frío contra la piel, la presión de su propio peso sobre el cráneo. Cerró los ojos y escuchó su respiración, el ritmo lento del aire entrando y saliendo. El rumor del mar, allá a lo lejos, como un telón de fondo que no pedía nada, que no exigía ninguna respuesta.

El diario seguía abierto en la página donde había dejado de leer. Las letras de Ochoa la esperaban, pacientes, como si supieran que tarde o temprano volvería a ellas. Clara levantó la cabeza y miró la luz que se desvanecía tras la cortina. El naranja se había vuelto gris, y las sombras se alargaban por las paredes del salón.

Mañana tendría que decidir. Mañana, cuando la luz volviera a llenar la cocina, tendría que elegir entre guardar el secreto o exponerlo. Pero ahora, en la penumbra del atardecer, solo quería quedarse quieta, con la frente apoyada en el diario, sintiendo el frío del cartón y el peso de una verdad que no sabía si podría cargar.

PARTE 3



## CAPÍTULO 7

# El expediente

*El archivo guarda lo que la memoria prefiere olvidar.*

— — LEMA DEL ARCHIVO MUNICIPAL DE MÁLAGA

**E**l ruido de la calle se desvaneció al cruzar el umbral de piedra. La puerta de madera maciza se cerró detrás de Clara con un golpe sordo, y el silencio la envolvió como un paño húmedo. El vestíbulo del Archivo Municipal de Málaga olía a papel envejecido y a colofonia, ese olor a pegamento de encuadernación que se adhería a la ropa y no se iba ni con varias lavadas. La luz blanca de los fluorescentes caía sobre el mostrador de madera, creando sombras duras sobre la superficie. Clara se ajustó la correa de la mochila y avanzó hacia la ventanilla única. Una tos seca, de alguien que llevaba horas en la sala de consulta, llegó desde el pasillo interior. El contraste con el bullicio de la calle Molina Lario era total; allí fuera los turistas se agolpaban frente a la catedral, los coches pitaban en el semáforo, los vendedores de helados voceaban sus precios. Aquí dentro solo crujían las estanterías metálicas al dilatarse con el calor de la mañana.

—Buenos días —dijo Clara, apoyando las manos sobre el mostrador.

El funcionario levantó la vista de un registro mecanografiado. Tenía el pelo canoso, las gafas apoyadas en la punta de la nariz, y la piel manchada de tinta en los dedos. La miró con la parsimonia de quien ha visto desfilar cientos de solicitudes y sabe distinguir a simple vista las que llegarán a algún sitio de las que no.

—¿En qué puedo ayudarla?

Clara respiró hondo. Se había preparado la petición durante el trayecto en autobús, pero notó que las palabras se le atropellaban al salir.

—Necesito consultar un expediente municipal —dijo, y al pronunciar la palabra sintió que debía precisarla para sí misma—. Un expediente, el conjunto de documentos oficiales que recogen información administrativa de un municipio, concretamente del año cuarenta y tres, relativo a la Villa de las Higueras, en Mijas.

El funcionario la observó por encima de las gafas.

—La Villa de las Higueras —repitió, como si sopesara el nombre—. Eso está en la sección de urbanismo de la posguerra. Necesita un permiso especial del departamento de cultura.

—Trabajo para la Universidad de Málaga. Soy arqueóloga, estoy a cargo de la excavación de la villa. —Clara se tocó el borde de las gafas—. Necesito esos documentos para contrastar la datación de los hallazgos con el registro histórico del terreno.

—Necesita un permiso —insistió el funcionario con una calma que a Clara le pareció deliberada.

Ella habló más rápido, notando cómo se le aceleraba el pulso.

—Tengo una carta de acreditación del decanato. Si quiere se la enseño. Pero el expediente debería ser de acceso público, forma parte del patrimonio documental de la provincia.

El funcionario entrelazó los dedos sobre el mostrador.

—Mire, señorita, el acceso público no incluye los expedientes clasificados del cuarenta y tres. Hay material sensible, cosas que la gente prefiere no remover. ¿Entiende?

—Entiendo —dijo Clara, y forzó un tono más pausado, más académico—. Pero estoy investigando el contexto histórico del yacimiento. La memoria histórica —añadió, y se detuvo un instante, como si midiera la palabra—, el esfuerzo colectivo por recuperar los hechos del pasado, no puede avanzar si los documentos siguen cerrados en cajas.

El funcionario la miró en silencio durante unos segundos. Una corriente de aire frío bajó por el pasillo, y Clara sintió un escalofrío en los brazos desnudos. Se dio cuenta de que no había desayunado; el café de la mañana le pesaba en el estómago como un ácido.

—Espere aquí —dijo por fin el funcionario, y desapareció tras una puerta metálica.

Clara se quedó sola frente al mostrador vacío. Oyó el chirrido de una estantería al abrirse, el murmullo de una conversación a media voz, el golpe de un sello sobre el papel. Se apoyó en el mostrador y sintió el frío de la madera contra las palmas sudadas. Había ensayado aquella conversación una docena de veces en el autobús, y siempre terminaba igual: el funcionario cediendo tras la mención de la universidad, o negándose por completo y obligándola a buscar otra vía.

La puerta metálica se abrió de nuevo. El funcionario asomó medio cuerpo.

—Pase a la sala de consulta. La caja lleva el número treinta y cuatro. No puede sacarla de la sala, no puede fotocopiar los documentos sin autorización expresa, y tiene hasta las dos para devolverla. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Clara, y sintió que las palabras le salían antes de haber terminado de procesar la respuesta.

Atravesó el pasillo con pasos rápidos, procurando no hacer ruido con las suelas sobre el linóleo. La sala de consulta era un espacio rectangular con tres mesas de madera, lámparas verdes de tulipa y sillas de respaldo recto. En una de las mesas, un hombre mayor hojeaba un legajo con la lentitud de quien busca algo que sabe que no va a encontrar. En el rincón opuesto, una joven con auriculares pasaba páginas de un libro de actas, deteniéndose de vez en cuando para tomar notas en un cuaderno.

Clara ocupó la mesa más alejada de la puerta. Colocó la mochila a los pies, sacó su libreta de campo, un lápiz y una lupa plegable. Cuando levantó la cabeza, el funcionario llegaba con una caja de cartón gris, numerada a mano con rotulador negro: 34.

—Aquí la tiene. Cuando termine, la deja en el mostrador. No se olvide de firmar la salida.

—Gracias —dijo Clara, y el funcionario asintió sin mirarla y se retiró.

Ella posó las manos sobre la caja. El cartón estaba frío, húmedo por el almacenaje en el sótano. Levantó la tapa y el tufo a celulosa descompuesta y polvo se intensificó, mezclado con un dejo a moho que debía llevar años incrustado en las fibras. Dentro había una decena de carpetas de cartón marrón, atadas con cintas de algodón descoloridas. Los rótulos, mecanografiados, indicaban fechas y asuntos: «Obras en la carretera de Coín, 1942», «Expropiaciones en la costa, 1943», «Correspondencia con el gobierno civil, 1942-1945».

Clara fue apartando las carpetas una a una, con cuidado de no desgarrar los bordes quebradizos. La cuarta carpeta llevaba un título que le hizo contener la respiración: «Villa de las Higueras. Ocupación y usos. 1943-1944».

Abrió la carpeta con las manos. El papel crujió bajo sus dedos, seco como una hoja en otoño. Dentro había una veintena de documentos, algunos con sellos de tinta, otros con anotaciones al margen. Los fue separando sobre la mesa, buscando algo que Ochoa le había descrito en el hospital pero que ella necesitaba ver con sus propios ojos.

Encontró el informe a media carpeta. Era un documento de tres páginas, mecanografiado en una máquina de escribir de caracteres alemanes. El encabezado decía: «Hauptmann Richter. Comandancia de Mijas. Informe de ocupación de la Villa de las Higueras». Y al pie, junto a la rúbrica del oficial, había una firma en tinta negra: «Mercedes. Intérprete».

Clara leyó la línea varias veces, como si las palabras pudieran cambiar de significado si las miraba lo suficiente. La caligrafía era inconfundible: la misma letra inclinada hacia la derecha que había visto en las cartas que su abuela le escribió durante la infancia, la misma 'M' con el lazo cerrado, la misma 'e' abierta como una sonrisa incompleta. No había duda. Mercedes había firmado aquel documento como testigo de la ocupación, como intérprete del comandante alemán.

Un peso de plomo le cayó en el fondo del estómago. Apretó la mano contra el pecho, como si pudiera calmar el latido acelerado. El papel que tenía entre los dedos no mentía; era una evidencia física, un testimonio mudo de lo que Ochoa le había contado en el hospital. La colaboración — el acto de cooperar activamente con las fuerzas de ocupación— de su abuela estaba registrada en aquel documento oficial, con su firma, con su nombre mecanografiado en la línea de «intérprete autorizada».

Clara abandonó el informe sobre la mesa y se reclinó en la silla. Miró el techo de la sala, las grietas en la pintura, el tubo fluorescente que parpadeaba con un zumbido apenas audible. Había viajado hasta el archivo con la esperanza de encontrar algo que contradijera la confesión de Ochoa,

un error en los datos, una interpretación distinta de los hechos. Pero el expediente estaba ahí, frío, inapelable, confirmando cada palabra que el arqueólogo le había dicho desde la cama del hospital.

Las manos le temblaron al pasar las páginas siguientes. Había informes de suministros, recibos de materiales, una lista de provisiones entregadas al cuartel alemán, todo firmado por Mercedes como intérprete y responsable de la comunicación con las autoridades locales. La secuencia era clara: su abuela no había sido una víctima pasiva de las circunstancias, sino una pieza activa en la maquinaria de la ocupación.

Clara cerró la carpeta y apoyó las palmas sobre la cubierta de cartón. El polvo se le quedó pegado a los dedos. Se preguntó cuántas veces Mercedes habría tocado aquellos mismos papeles, cuántas veces habría releído los informes antes de archivarlos, si habría sentido algún peso al hacerlo.

La joven de los auriculares se levantó y salió de la sala con un libro bajo el brazo. El hombre mayor seguía en su mesa, inmerso en la lectura de un legajo que parecía no tener fin. Clara miró la carpeta cerrada y sintió la necesidad de hacer algo con ella, de llevársela, de fotografiarla, de preservar aquella prueba antes de que alguien decidiera que era mejor mantenerla oculta.

La mano derecha se movió hacia la mochila, donde guardaba el teléfono. Podía hacer fotos de cada página, sin flash, sin que nadie se diera cuenta. El funcionario le había dicho que no podía fotocopiar sin autorización, pero no había mencionado las fotografías. La tentación de documentarlo todo, de tener la evidencia en su poder, le quemaba en la punta de los dedos.

Pero también sabía que si la descubrían, el acceso al archivo le quedaría vedado para siempre. Y necesitaba más documentos, más registros, más constancia de lo que había ocurrido en la villa durante aquellos años. No podía arriesgarse a perder la única fuente de información oficial que tenía.

Clara dudó, con la mano suspendida sobre la mochila. El fluorescente parpadeó de nuevo, y en el breve instante de penumbra sintió que el tiempo se detenía, que la decisión que tomara en los siguientes segundos iba a marcar el resto de la investigación.

Sacó el teléfono y abrió la cámara. Luego, con un movimiento rápido, guardó el teléfono de nuevo en la mochila y cerró la cremallera. No. No iba a hacer las fotos allí, no iba a arriesgarse a que la expulsaran. En lugar de eso, tomó su libreta y empezó a copiar a mano los datos esenciales de cada documento: fechas y números de registro. La letra le salía temblorosa, pero se obligó a mantener la calma, a escribir con claridad.

La firma de Mercedes quedó registrada en su libreta con un trazo tembloroso que delataba la emoción contenida. Al lado, Clara anotó una palabra que resumía todo lo que sentía: «colaboración». Luego cerró la libreta, guardó el lápiz y posó los ojos en la carpeta abierta sobre la mesa, como si esperara que los documentos le devolvieran una mirada, una explicación, algo que no estuviera ya escrito en aquellas páginas amarillentas.

\* \* \*

La sala de consulta estaba vacía. Los estantes de madera se alzaban hasta el techo, y el círculo de la esfera del reloj fijado en la pared señalaba las seis y veinticinco. Clara tenía las manos apoyadas sobre la mesa, los dedos separados, como si quisiera evitar tocar el expediente abierto. La respiración se le había vuelto superficial, apenas un roce de aire en la garganta.

El silencio era denso, macizo, como si el archivo entero estuviera comprimiendo el aire en torno a ella. Oyó el roce de su propia manga al moverse, el crujido de la silla, el latido en sus sienes. Fuera, la tarde declinaba tras las ventanas empañadas, pero dentro todo permanecía inmóvil, detenido, como si el tiempo se hubiera solidificado en los legajos.

Volvió a mirar el documento. La letra mecanografiada, nítida, se alineaba en los recuadros del formulario. Había leído el informe tres veces, pero las palabras seguían sin asentarse del todo, como si rebotaran en una capa de la mente que se negaba a absorberlas.

El informe detallaba la ruta de huida. El comandante Hauptmann Richter había salido de la villa la noche del 23 de abril de 1945, acompañado de un guía local. Habían viajado hasta Algeciras en un camión del ejército, y desde allí, un barco pesquero lo había trasladado a Tánger. Cada paso estaba documentado: fechas, nombres, sellos. Y al final, en el apartado de testigos, la firma de una mujer, ilegible, pero que algunos en el pueblo aseguraban pertenecer a la costurera que trabajaba para los oficiales.

Clara leyó el nombre en voz baja, sin emitir sonido, solo el movimiento de los labios. El apellido de soltera de su abuela. La letra era temblorosa, desigual, como la de alguien que no estaba acostumbrado a firmar documentos oficiales. Pero era su letra. La reconoció por las cartas que guardaba en una caja de zapatos, por la libreta de recetas de cocina, por la hoja de ingreso en el hospital donde Mercedes había muerto.

La fecha, 24 de abril de 1945. Mercedes había ido al cuartel de la Guardia Civil al día siguiente de la huida, y había declarado que el comandante había partido hacia el norte, hacia Madrid, acompañado de dos soldados alemanes. Esa mentira, firmada, había permitido que Richter escapara.

Clara cerró los ojos. La imagen del hospital regresó con nitidez: la luz gris de la tarde entrando por la ventana, Ochoa recostado contra las almohadas, la voz ronca y pausada. «Mercedes estuvo enamorada de él, Clara. No fue solo una intérprete. Fue su amante durante cinco años.» Ella había escuchado esas palabras sin querer creerlas del todo, como si el amor de su abuela por un oficial alemán fuera una exageración de un hombre viejo y enfermo. Pero ahora el expediente lo confirmaba, lo cosía a la historia con la frialdad de un sello oficial.

Abrió los ojos y volvió a mirar la firma. La tinta había palidecido, pero el trazo seguía siendo reconocible, la misma inclinación hacia la derecha. Clara hundió la uña del pulgar en la rendija entre el plástico de la montura y la almohadilla nasal, un movimiento preciso, y notó el latido que le hervía bajo la piel de la yema.

Se puso en pie de un tirón, la silla chirriando contra el suelo. Las piernas le temblaron ligeramente al enderezarse. Dio unos pasos entre las mesas de consulta, sintiendo el suelo firme bajo los pies, el roce de los zapatos contra la madera. Se detuvo frente a la ventana empañada. A través del vaho se adivinaban las luces de la ciudad, la silueta de la catedral, el cielo grisáceo del atardecer.

Apoyó la frente en el cristal frío. El frío le recordó al tacto de las losas de la villa en las mañanas de excavación, cuando el rocío empapaba las piedras y el barro se pegaba a las suelas. Ese yacimiento que Ochoa había creado, ese engaño que ella había destapado, y en el centro de todo, la figura de su abuela, ahora con un rostro que Clara no reconocía.

Los recuerdos de infancia llegaron sin orden, como páginas desprendidas de un álbum: Mercedes en la cocina, pelando patatas con las manos manchadas de tierra, cantando canciones de la radio. El olor a colonia barata que usaba los domingos. La risa al contar historias del pasado,

siempre vagas, siempre incompletas. El gesto de llevarse la mano al pecho cuando hablaba de la guerra, como si aquello fuera un dolor demasiado antiguo para nombrarlo.

Clara había construido a su abuela como una mujer triste, una víctima de la posguerra, alguien que había sobrevivido a duras penas en un tiempo de hambre y miedo. Pero el expediente contaba otra historia. Mercedes no había sido solo una superviviente. Había sido testigo, sí, pero también partícipe. Había firmado una declaración falsa, había protegido a un oficial alemán, había ayudado a que la verdad se enterrara bajo capas de silencio.

Clara apartó la frente del cristal y se quedó mirando las luces, que brillaban como puntas de alfiler en la distancia. Un susurro escapó de sus labios, palabras sueltas que no formaban una frase completa:

—No puede ser... no era así... no era eso...

Se dio la vuelta y recorrió el pasillo entre las estanterías, rozando los lomos de los expedientes con la punta de los dedos. El roce del papel áspero, el olor a polvo y colofonia. Se detuvo al final, donde la luz de los fluorescentes parpadeaba con un zumbido irregular.

—Mercedes... —dijo en voz baja, como si esperara que el nombre encerrara una explicación que no encontraba en los documentos—. ¿Por qué no me lo dijiste?

La pregunta quedó suspendida en el aire, sin respuesta. Clara apoyó una mano en el estante y sintió la madera fría bajo la palma. El edificio entero crujió, como si respirara, y ella supo que esa pregunta no tenía respuesta posible, que su abuela había muerto en 1985 llevándose consigo las razones, los miedos, los silencios.

Regresó a la mesa de consulta y se sentó. El expediente seguía abierto, la firma de Mercedes visible, como una acusación. Clara alargó la mano y pasó las páginas, leyendo los detalles que ya conocía. La ruta de huida. Los nombres de los intermediarios. La fecha de salida. Y otra vez la firma.

No era una víctima. No era una mujer arrastrada por las circunstancias. Mercedes había tomado decisiones. Había mentido a la Guardia Civil. Había ayudado a escapar a un hombre que, según los informes, había participado en la represión de la zona. Y lo había hecho por amor, o por lealtad, o por alguna mezcla de ambas que Clara no alcanzaba a comprender.

El conflicto se desplegó dentro de ella como una capa sedimentaria que se hubiera fracturado. La imagen idealizada de la abuela, la compañera de juegos, la que le enseñó a distinguir los pájaros por el canto, la que la esperaba en la puerta con un vaso de leche caliente cuando volvía de la escuela. Esa imagen se resquebrajaba, dejando ver otra capa, más oscura, más compleja, una mujer que había sido capaz de amar a un enemigo, de protegerlo, de mentir por él.

Clara se llevó las manos a la cara y presionó los ojos con las palmas. Las lágrimas no llegaban, solo una opresión en el pecho, un nudo que no conseguía deshacer. No sabía si lo que sentía era rabia, tristeza o una mezcla de ambas. O quizá simplemente el vértigo de descubrir que los cimientos sobre los que había construido su identidad —la historia familiar, el relato de la abuela como víctima, la figura de Ochoa como protector— eran más frágiles de lo que había imaginado.

Levantó la cabeza y miró el expediente. Las páginas amarillentas, el polvo en los bordes, la letra oficial. Todo eso era real. No había duda posible. La datación los situaba en 1945, la secuencia de documentos era coherente, las firmas coincidían con otros registros que había visto en el archivo. Clara, como arqueóloga, sabía evaluar la autenticidad de un documento. Y aquello era auténtico.

Pero la autenticidad no resolvía el conflicto. La evidencia estaba ahí, pero la aceptación emocional se resistía, como una capa de arcilla que no cede al primer golpe de pico. Clara necesitaba tiempo para asimilarlo, para encajar la nueva imagen de su abuela en el mosaico roto de su memoria.

Cerró el expediente con cuidado, alisando las páginas con el borde de la mano. El gesto era mecánico, casi reverencial. Luego se quedó mirando la cubierta de cartón, donde una etiqueta mecanografiada rezaba: "Expediente 47-B, Comandancia de Málaga, 1945-1946". Dentro estaban las pruebas de la colaboración de su abuela.

Clara dudó. Podía guardar el expediente en la estantería, devolverlo a su lugar, olvidar que lo había visto. O podía fotografiarlo, llevarse una copia, hacer pública la información. La decisión pendía entre sus dedos como un objeto para sostenerlo, demasiado pesado para soltarlo.

Miró la mochila, el teléfono dentro, la cámara lista. Luego miró la puerta del archivo, la luz del pasillo, el silencio que la envolvía. No sabía qué iba a hacer. No sabía si quería saberlo. Solo sabía que, en ese momento, la verdad que había buscado durante siete días pesaba más que todas las mentiras que Ochoa había tejido a su alrededor.

Apoyó las manos sobre el expediente y se cubrió los ojos con los párpados. El hedor a pasta de madera seca le llenó la nariz, y desde el fondo del edificio sonó un timbre lejano, como una advertencia. El tiempo corría. Pero Clara no se movió.

## CAPÍTULO 8

## El hijo

*Un hijo muerto es un secreto que nunca descansa.*

— — ANA LUISA PEDRAZA

La casa de Ana Luisa Pedraza olía a jazmín y a cera de abejas, un olor denso que se pegaba a la ropa. Clara cruzó el umbral y la penumbra de la sala la envolvió como un trapo húmedo. Las persianas estaban entornadas, dejando caer láminas de luz que dibujaban estrías sobre el suelo de baldosa. Un reloj de péndulo marcaba el tiempo con un tictac lento, pausado, como si cada segundo pesara más de lo debido.

Los muebles eran de madera oscura, con vetas y brillo de tantos años de cera. En las paredes colgaban retratos en marcos dorados, rostros de otros tiempos que miraban desde una nitidez desvaída. Sobre una repisa, una maceta de geranios asomaba sus flores rojas hacia la luz, llamas vegetales en la semipenumbra.

Ana Luisa Pedraza apareció desde el pasillo. Llevaba el pelo blanco recogido en un moño apretado y un vestido estampado de flores pequeñas, gastado en los codos. Sus ojos, sin embargo, eran vivos, dos puntos de carbón que examinaron a Clara de arriba abajo sin prisa.

—Pase —dijo, y su voz sonaba a papel de lija—. Siéntese.

Clara obedeció. El sofá era de terciopelo gastado, de un color granate que el uso había vuelto mate en los bordes. Se hundió un poco al sentarse y notó el frío del brazo del sofá bajo su mano. Una estufa de leña chisporroteaba en un rincón, desprendiendo un calor repentino que chocaba con la temperatura del resto de la sala.

Ana Luisa se sentó enfrente, en un sillón de mimbre que crujió al recibir su peso. Durante un momento no habló. Sólo miraba, con esa intensidad de quien ha aprendido a leer a las personas en los gestos más que en las palabras.

—Así que usted es Clara —dijo al fin—. La nieta de Mercedes.

—Sí.

—Se parece a ella. No del todo, pero se parece.

Clara sintió un peso en el pecho. La mención de su abuela, dicha así, en voz alta, en esta casa que olía a pasado, le removió algo que no sabía nombrar. Se ajustó las gafas con un gesto nervioso, rozando el borde con el dedo índice.

—Gracias por recibirme —dijo, y notó que hablaba más rápido de lo normal—. Sé que es una molestia, pero... necesito saber cosas de mi abuela. Cosas que no aparecen en los papeles.

—Los papeles —repitió Ana Luisa, y su tono no era despectivo, pero tampoco aprobatorio—. Los papeles dicen lo que quieren que digan.

Clara tragó saliva. La anciana seguía mirándola, y había en sus ojos una desconfianza que no se disipaba, un muro que Clara tendría que derribar con palabras.

—No sé por dónde empezar —confesó Clara—. Sólo sé que mi abuela vivió aquí, en Mijas, durante la posguerra. Que trabajó como intérprete. Y que... bueno, que hay cosas que la documentación no cuenta.

Ana Luisa la observó en silencio. El reloj marcó once campanadas lentas, graves, que vibraron en el aire y luego se desvanecieron.

—¿Y por qué quiere saber? —preguntó al fin—. ¿Para qué sirve remover el pasado?

Clara se mordió el labio. La pregunta era justa, y no tenía una respuesta fácil. Había llegado hasta allí empujada por una necesidad que apenas comprendía, un agujero que la historia de Ochoa había abierto en su interior y que ahora reclamaba ser llenado.

—Porque creo que mi abuela fue más de lo que parece —dijo—. Porque lo que he encontrado no encaja con la imagen que tengo de ella. Y porque... porque necesito saber la verdad. Aunque duela.

Ana Luisa apartó la mirada. Sus manos, nudosas y manchadas de pigmentación, descansaban sobre el regazo, inmóviles. Cuando habló, su voz había perdido algo de dureza.

—La verdad —dijo—. Todos quieren la verdad, pero nadie quiere cargar con ella.

—Yo sí —dijo Clara, y su voz sonó más firme de lo que esperaba—. Estoy dispuesta a cargar.

La anciana la miró de nuevo, y esta vez hubo algo distinto en sus ojos. Una grieta en la desconfianza, una rendija por la que se filtraba una luz tenue.

—Mercedes y yo fuimos amigas —dijo por fin—. Desde los doce años. Crecimos juntas en este pueblo, cuando el pueblo era otra cosa. Cuando la guerra aún manchaba las paredes.

Clara contuvo el aliento. No quería interrumpir, no quería romper el hechizo de aquellas palabras que llegaban, una a una, como cuentas de un rosario que la anciana desgranaba con cuidado.

—Era más joven que yo, pero parecía mayor. Tenía algo en la mirada... una tristeza que no era de su edad. Su madre había muerto cuando ella era niña, y el hombre que la crió era seco, de esos que no saben querer. Mercedes aprendió pronto a valerse sola.

Ana Luisa se detuvo. Miró hacia la ventana, hacia la luz que se filtraba por las persianas, y Clara notó que sus ojos se habían humedecido.

—Cuando llegaron los alemanes —continuó—, todo cambió. Ella hablaba alemán, lo había aprendido de su madre, que era de allí, de alguna ciudad que no recuerdo. Y los alemanes necesitaban traductores. Así que empezó a trabajar para ellos.

Clara asintió. Sabía todo aquello, lo había leído en los expedientes del archivo. Pero oírlo de labios de quien lo había vivido era distinto. Las palabras tenían otro peso, otra textura.

—No fue fácil —dijo Ana Luisa—. La gente del pueblo la miraba mal. La llamaban... bueno, no hace falta que lo repita. Pero Mercedes aguantó. Porque no tenía otra opción, o eso creía ella.

—¿Y el comandante? —preguntó Clara, y su voz salió más baja de lo que había planeado—. El comandante alemán.

Ana Luisa la miró con fijeza. Durante un momento, Clara temió haber ido demasiado lejos, haber roto el frágil hilo de confianza que se estaba tejiendo.

—Eso fue después —dijo la anciana—. Cuando la guerra terminó, pero el comandante se quedó. No sé cómo explicarlo. No era un prisionero, pero tampoco era libre. Y Mercedes... Mercedes siguió siendo su intérprete. Y algo más.

Clara sintió que un gancho le tiraba de la lengua hacia abajo. Quería preguntar, pero no sabía cómo formular la pregunta. No sabía si quería la respuesta.

—Fue una época rara —prosiguió Ana Luisa—. La gente hacía lo que podía para sobrevivir. Y Mercedes sobrevivió. Pero pagó un precio.

La anciana calló. El reloj marcó el cuarto de hora con una campanada más aguda, y luego el silencio volvió a llenar la sala.

—Tuvo un hijo —dijo Ana Luisa, y su voz tembló al decirlo—. Un niño que nació muerto.

Una sacudida le recorrió las piernas, como si el suelo vibrara bajo las baldosas. El calor de la estufa se volvió asfixiante, y el olor a jazmín se mezcló con algo amargo, algo que subía desde el estómago.

—No lo sabía —dijo, y su voz era un hilo—. No aparece en ningún sitio.

—No iba a aparecer —dijo Ana Luisa—. Fue algo que se ocultó. Mercedes no quería que nadie lo supiera. Sólo yo lo supe, y otra persona.

Clara intentó procesar la información, pero los datos se arremolinaban en su cabeza como polvo levantado por el viento. Su abuela había tenido un hijo. Un hijo muerto. Y nadie lo había mencionado nunca. Ni en los expedientes, ni en las conversaciones familiares, ni en los recuerdos que su madre le había transmitido.

—¿Qué pasó? —preguntó, y su voz sonó más áspera de lo que pretendía—. ¿Cómo... cómo murió?

Ana Luisa cerró los ojos. Su rostro, ya arrugado, pareció encogerse aún más, como si el recuerdo la estrujara desde dentro.

—Nació muerto —repitió—. Fue un parto difícil. No hubo médico, sólo una comadrona que sabía lo que hacía, pero no pudo hacer nada. El niño venía mal, y no sobrevivió.

—¿Y mi abuela?

—Mercedes nunca lo superó —dijo Ana Luisa—. Cambió después de eso. Se volvió más callada, más hermética. Dejó de salir, dejó de reír. Se encerró en sí misma, como una casa a la que le hubieran tapiado las ventanas.

Clara se quedó sin palabras. Las preguntas se agolpaban en su mente, pero ninguna lograba salir. Notó que sus dedos subían a las gafas y recorrían la patilla derecha de arriba abajo, como si trazaran una línea invisible.

—¿Quién era el padre? —preguntó al fin.

Ana Luisa la miró. Durante un momento, sus ojos se volvieron opacos, como si una cortina se hubiera corrido detrás de ellos.

—Eso no puedo decírselo —dijo—. No ahora. No todavía.

—Pero —

—Se lo he dicho bastante por hoy —la interrumpió la anciana, y su voz había recuperado la dureza inicial—. El resto tendrá que esperar.

Clara quiso insistir, pero algo en la expresión de Ana Luisa la detuvo. Había dolor en esos ojos, un dolor antiguo que no había cicatrizado del todo. Forzar aquello sería romper el frágil vínculo que acababan de establecer.

—De acuerdo —dijo, y su voz sonó a derrota—. Lo entiendo.

Ana Luisa asintió, una vez, con la lentitud de quien ha dicho todo lo que estaba dispuesta a decir.

—Vuelva mañana —dijo—. Y traiga algo de comer. Siempre hablo mejor con el estómago lleno.

Clara sonrió, una sonrisa forzada que no llegaba a sus ojos. Se levantó del sofá y sintió el peso de la conversación en las piernas, como si hubiera caminado kilómetros.

—Gracias —dijo—. Por todo.

Ana Luisa no respondió. Se quedó sentada en su sillón de mimbre, mirando hacia la ventana, hacia la luz que se filtraba por las persianas. Clara la observó un momento, y luego se giró y caminó hacia la puerta.

Al salir, el aire de la calle le golpeó el rostro, fresco y limpio después del calor encerrado de la casa. Pero el olor a jazmín seguía pegado a su ropa, y el eco de las palabras de Ana Luisa resonaba en su cabeza como una campana que no acababa de callar.

Un hijo muerto. Su abuela había tenido un hijo muerto. Y eso cambiaba todo lo que creía saber.

\* \* \*

Clara llegó a la casa de Ana Luisa pasadas las once. Llevaba una bolsa de papel con dos barras de pan y un tarro de mermelada de higo que había comprado en la tienda de la esquina. La anciana abrió la puerta antes de que llamara, como si hubiera estado esperando detrás, con el oído pegado a la madera.

—Pase —dijo, y su voz sonó a papel de lija.

La cocina olía a sopa de verduras y a cera de abejas. En la mesa había dos tazas de café, una ya fría, con una película brillante en la superficie. Ana Luisa se sentó en la misma silla de mimbre, apoyó las manos sobre el mantel de hule y las mantuvo quietas, como si posara para un retrato. Clara dejó la bolsa en la encimera y se sentó enfrente. El movimiento del péndulo en el reloj del pasillo llegaba como un pulso acompasado, monótono, marcando un tiempo que parecía más lento allí dentro.

—Ha dormido mal —dijo Clara, sin preguntar.

Ana Luisa levantó una ceja. —Usted también.

Clara pasó el dedo meñique por la curvatura de la patilla, donde el plástico se ensanchaba al llegar al extremo. No había dormido bien. Había pasado la noche dando vueltas en la cama, con la imagen de su abuela sosteniendo un hijo muerto, con el eco de las palabras de Ana Luisa. Había llamado a Raúl y no le había contado nada, solo había dicho que estaba cansada. Él no había insistido. Quizás debería haberle contado más. Quizás no.

—El café está frío —dijo Ana Luisa—. Voy a calentarlo.

—No hace falta.

—Sí hace falta. El café frío sabe a derrota.

Se levantó con lentitud, agarró la cafetera de la hornilla y la puso al fuego. La llama azul lamía el fondo metálico. Clara observó sus manos, nudosas, las uñas amarillentas, el temblor que no cesaba del todo. La

anciana volvió a sentarse y fijó la atención en la cafetera, esperando a que el café hirviera, como si ese ritual le diera el tiempo que necesitaba para ordenar lo que iba a decir.

—Mi abuela —dijo Clara—. El hijo. ¿Fue del comandante?

Ana Luisa bajó los párpados por un breve instante. Luego asintió, una sola vez, con la barbilla pegada al pecho.

—Sí.

—¿Y él lo sabía?

—El comandante, ¿dice usted? —resopló—. Claro que lo sabía. Sabía que Mercedes estaba embarazada. Y sabía que no era suyo. Bueno, no era suyo de sangre, pero él lo reclamó. Dijo que si nacía vivo, lo reconocería como suyo. Que se lo llevaría a Alemania, que le daría un nombre.

Las entrañas se le helaron en un vacío repentino. —¿Y ella qué quería?

—Ella... —Ana Luisa se llevó una mano a la boca, se mordió el nudillo del índice—. Ella no quería perderlo. No quería que se lo llevaran. Pero tampoco quería quedárselo ahí, en aquel pueblo, con todo el mundo señalándola. Era una encrucijada, hija. Un callejón sin salida.

El café empezó a hervir. Ana Luisa no se movió. Clara se levantó, apagó el fuego y llenó las dos tazas. El olor a café recién hecho llenó la cocina, desplazando el de la sopa. Volvió a sentarse y deslizó una taza hacia la anciana, que la agarró con ambas manos, como si necesitara el calor para seguir hablando.

—El niño nació muerto —dijo Ana Luisa—. Siete meses. Una criatura pequeña, arrugada, que no llegó a respirar. Mercedes estuvo de parto toda la noche. Yo no estaba allí. Me enteré al día siguiente, cuando fui a su casa y la encontré en la cama, blanca como la cal, y no había ningún bebé.

—¿Y el comandante?

—Se fue una semana después. Lo destinaron al frente ruso, creo. No volvió a escribirle. Nunca supo que el niño había muerto, o quizás sí, quizás alguien se lo contó, pero a él ya no le importaba. La guerra se había llevado todo lo que le importaba, incluso la capacidad de importarle nada.

Clara bebió un sorbo de café. Estaba caliente y le quemó la lengua. Dejó la taza en la mesa y hundió los codos en el hule. Sentía el peso de la verdad acercándose, como una losa que alguien estuviera levantando.

—Y Ochoa —dijo—. Usted dijo que estuvo allí.

Ana Luisa levantó la vista. Sus ojos, nublados por las cataratas, parpadearon despacio.

—Sí.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque ella se lo pidió. Porque era el único en quien confiaba. Porque aquel ayudante de archivo era entonces un hombre joven que iba a la villa a hacer inventarios, y Merche... Merche había hecho migas con él. Le caía bien. Y cuando se vio sola, embarazada y sin nadie a quien recurrir, fue a buscarlo.

—¿Y él qué hizo?

—La llevó al hospital de Málaga. Pagó la habitación. Estuvo con ella toda la noche, sujetándole la mano. Y cuando el niño nació muerto, fue él quien habló con el médico, quien firmó los papeles, quien se encargó de que no hubiera registro del nacimiento. Dijo que era un favor a una amiga. Pero yo sé que era más que eso.

El aire se condensó en sus pulmones, una masa que no se movía. —¿Más?

Ana Luisa la miró fijamente, y en sus ojos había una advertencia, un límite que Clara estaba a punto de cruzar.

—Eso ya no es asunto mío —dijo la anciana—. Ni suyo.

—¿Cómo que no? Mi abuela tuvo un hijo que murió, y Ochoa estuvo allí, y usted me dice que eso no es asunto mío.

—Le digo que el sentimiento de Mariano hacia Merche no es asunto de nadie. Lo que sintió, lo que dejó de sentir, eso se lo lleva a la tumba. Y usted no tiene derecho a escarbar ahí.

Clara contuvo el aliento. La anciana había hablado con una dureza que no había mostrado antes, como si estuviera defendiendo un territorio sagrado. Clara asintió, despacio, y bajó la mirada hacia el café.

—De acuerdo —dijo—. No preguntaré más.

—Bien.

Hubo un silencio largo, incómodo, lleno del tictac del reloj y del crujido de la madera al dilatarse con el calor de la estufa. Clara dio otro sorbo de café y notó que las manos le temblaban ligeramente. No sabía si era por el café, por la falta de sueño o por la tensión de la conversación. Quizás todo junto.

—Pero hay algo más —dijo Clara, y su voz salió más firme de lo que esperaba—. Algo que no me ha contado aún.

Ana Luisa no respondió. Se limitó a mirarla, con esa expresión impenetrable que ya había mostrado el día anterior.

—La falsificación —dijo Clara—. Usted dijo que mi abuela lo sabía. Que aprobó.

La anciana cerró los ojos. Sus manos, sobre la mesa, empezaron a temblar con más intensidad. Agarró la taza y bebió un sorbo, pero el temblor no cesó. Dejó la taza en el plato y esta golpeó contra el borde con un sonido metálico.

—Sí —dijo, y su voz se quebró—. Lo sabía.

Clara sintió que el suelo se movía bajo sus pies. Su abuela, la mujer que la había criado, que la había iniciado en la lectura, que la llevaba al campo a buscar fósiles, que le contaba historias de romanos y visigodos... esa mujer había sabido que Ochoa estaba falsificando el yacimiento. Y lo había aprobado.

—¿Cómo? —preguntó Clara, y su voz sonó a un hilo—. ¿Cómo lo supo?

—Se lo contó él. Mariano fue a verla antes de tomar la decisión. Merche ya estaba muy enferma, en la cama, con los pulmones llenos de agua. Y él fue, se sentó a su lado y le dijo: «Voy a hacerlo. Voy a enterrar la verdad para que nadie sepa lo que pasó aquí. Para que nadie te señale.» Y ella le dijo... —Ana Luisa se detuvo, respiró hondo, y Clara vio que las lágrimas empezaban a rodar por sus mejillas—. Ella le dijo: «Hazlo. Haz lo que tengas que hacer. Pero no lo hagas por mí. Hazlo por todos nosotros.»

Clara se quedó sin aire. Las palabras de su abuela resonaban en la cocina como si acabaran de pronunciarlas. No era la versión de una víctima pasiva, arrastrada por las circunstancias. Era la de una mujer que había tomado una decisión, que había mirado el abismo y había dicho: adelante.

—¿Y usted? —preguntó Clara—. ¿Usted lo sabía?

Ana Luisa levantó la mirada. Sus ojos estaban enrojecidos, pero su voz salió firme.

—Lo supe años después. Merche me lo contó antes de morir. Me hizo jurar que nunca lo diría. Que llevaría ese secreto a la tumba. Y lo he hecho. Hasta ahora.

—¿Por qué ahora?

—Porque usted vino. Porque Merche está muerta, y Mariano también se está muriendo, y alguien tiene que saber la verdad. Alguien tiene que cargar con ella.

Clara sintió que las lágrimas le ardían en los ojos, pero no lloró. Bajó los ojos hacia el café, la superficie temblorosa, el reflejo deformado de su rostro. Su abuela había sido cómplice. No una víctima. No una ingenua arrastrada por las circunstancias. Había mirado el fraude a los ojos y había dicho que sí.

—¿Por qué? —preguntó Clara, y su voz sonó a derrota—. ¿Por qué lo hizo?

Ana Luisa suspiró, y el suspiro le salió del fondo del pecho, como si hubiera estado conteniéndolo durante décadas.

—Porque no quería que la recordaran como la mujer del comandante alemán. Porque no quería que su nieta creciera con esa sombra. Porque quería que la villa fuera lo que ella había soñado que fuera: un lugar de historia, de belleza, no un cuartel, no un sitio manchado de sangre y de silencio.

—Pero la historia no se puede borrar —dijo Clara—. No se puede falsificar el pasado.

—No, no se puede. Pero se puede enterrar. Y ella eligió enterrarlo. Con la ayuda de un hombre que la amaba más de lo que ella merecía.

Clara se quedó en silencio. La cocina se había llenado de una luz anaranjada, la luz de la tarde que se colaba por la ventana, cálida, casi dorada. El reloj de péndulo seguía marcando los segundos. En la encimera, la bolsa de pan esperaba, con la mermelada de higo, intacta.

Clara miró sus manos, manchadas de tierra seca, y pensó en todo el tiempo que había pasado excavando, buscando una verdad que resultaba ser mucho más compleja de lo que había imaginado. Su abuela no era una santa. Tampoco era una villana. Era una mujer que había tomado decisiones en un mundo que no le daba opciones, y que había pagado el precio de esas decisiones con silencio y con soledad.

—Gracias —dijo Clara, y la palabra le salió apenas un susurro—. Gracias por contármelo.

Ana Luisa asintió, y esta vez su sonrisa llegó a los ojos, aunque fuera solo un instante.

—Ahora le toca a usted decidir qué hace con esa verdad —dijo—. La historia no se puede borrar, pero sí se puede contar de otra manera. Eso me enseñó Merche. Y también me enseñó que hay verdades que duelen más que las mentiras.

Clara se levantó, rodeó la mesa y abrazó a la anciana. Sintió su fragilidad, el perfume a alcanfor de su ropa, el latido débil de su corazón. Ana Luisa no se movió, pero Clara sintió cómo sus manos se apoyaban en su espalda, con suavidad, como si temieran romperla.

—Volveré mañana —dijo Clara—. Le traeré más pan.

—Tráigame también pasteles —dijo Ana Luisa, y en su voz había un atisbo de la mujer joven que había sido—. Los de crema. Los del horno de la plaza.

—Se los traeré.

Clara se separó, cogió la bolsa de la encimera y salió de la cocina. Al cruzar el umbral, se volvió. Ana Luisa seguía sentada, con las manos alrededor de la taza de café, los ojos absortos en la luz de la tarde, como si la claridad anaranjada le hubiera borrado el resto del mundo.

—Ana Luisa —dijo.

La anciana levantó la cabeza.

—Mi abuela... ¿fue feliz? ¿Alguna vez?

Ana Luisa tardó en responder. El reloj marcó cinco segundos, quizás seis.

—Fue feliz a su manera —dijo—. La felicidad no es lo mismo que la paz, hija. Ella encontró paz. Al final. Y eso es suficiente.

Clara asintió, y salió al pasillo, y luego a la calle, donde el aire fresco y el olor a jazmín la golpearon como un recuerdo. La tarde caía sobre Mijas, naranja y violeta, y Clara sintió que el peso de la verdad, por primera vez, no la aplastaba. La sostenía. Como una raíz que se hunde en la tierra, buscando agua.

## CAPÍTULO 9

## La traición

*La lealtad es la última forma de traición.*

— — RAÚL AGUIRRE

**E**l ascensor la dejó en el séptimo piso y el pasillo olía a pintura fresca y a algo dulce, quizás un ambientador de lavanda. Llamó al timbre y oyó pasos rápidos, después el sonido de un cerrojo al correrse.

Raúl abrió la puerta con una sonrisa amplia que no terminaba de llegarle a los ojos. Llevaba una camisa blanca arremangada hasta los codos y sostenía una copa de vino casi vacía.

—Pasa, pasa —dijo, apartándose para dejarle paso—. Estaba temiendo que te hubieras perdido.

El apartamento era luminoso, con una terraza que se asomaba al puerto de Málaga. La claridad del ocaso teñía las paredes de un rosa sucio, y sobre la mesita del salón se acumulaban libros abiertos, un portátil, varias carpetas de cartón y una botella de Rioja a medio consumir. En el aire flotaba un rastro de perfume de hombre y papel de impresión reciente. Clara dejó su bolso en una silla y recorrió el espacio con la mirada: cuadros abstractos colgaban en las paredes, una librería desbordada ocupaba todo un frontal, y en el suelo, junto al sofá de cuero negro, había un catálogo de arte abierto por una página de un Rothko.

—Tienes un lugar muy... tuyo —dijo ella, y la frase le sonó más cortante de lo que pretendía.

Raúl se encogió de hombros y llenó otra copa sin preguntar. Se la tendió con un gesto teatral.

—El desorden es el paisaje natural de la mente —dijo, y sonrió de nuevo, esta vez con un destello de inseguridad—. Siéntate. Tengo cosas que mostrarte.

Clara tomó la copa pero no bebió. Se sentó en el borde del sofá, con la espalda recta, y observó cómo Raúl se movía nervioso, ordenando papeles sobre la mesa mientras hablaba.

—He estado haciendo algunas averiguaciones por mi cuenta —dijo, sin mirarla—. No quería molestarte mientras estabas en la excavación, pero... bueno, surgió la ocasión y seguí el hilo.

—¿Qué hilo? —preguntó Clara, y notó que su propia voz sonaba más tensa de lo que había planeado.

Raúl depositó la copa sobre la mesa y se sentó frente a ella, apoyando los codos en las rodillas. Su gesto era el de quien va a compartir un secreto, pero había algo ensayado en la postura, algo que no terminaba de ser natural.

—El archivo notarial de Mijas —dijo—. Tiene digitalizada la mayor parte de los protocolos desde 1940. Y resulta que la firma de Ochoa en los documentos de compraventa de la villa no es la única que aparece. Hay otra, de un año antes, en un poder notarial. Y no coinciden.

Clara sintió un hormigueo en la nuca. Se llevó la copa a los labios y bebió un sorbo largo, sintiendo el vino seco y frío en la garganta.

—Enséñamelo.

Raúl giró el portátil hacia ella. En la pantalla había dos imágenes escaneadas, una al lado de la otra. La primera mostraba un documento fechado en julio de 1975: la firma era amplia, con una R mayúscula alzada

y un trazo firme bajo el apellido. La segunda, de un poder notarial de junio de 1974, presentaba una rúbrica más contenida, casi temblorosa, con las letras apretadas.

—No es la misma mano —dijo Clara, y su voz salió casi en un susurro.

—Exacto —Raúl se inclinó sobre la mesa, señalando con el dedo—. Y lo interesante es que la firma de 1975, la que está en la compraventa, es la misma que aparece en los diarios de campo que guarda el museo. La otra, la del poder, parece anterior y más insegura, como si quien la hubiera trazado no estuviera acostumbrado a firmar documentos oficiales.

Clara apartó la vista de la pantalla y miró a Raúl. Tenía el pelo ligeramente revuelto y los ojos brillantes, emocionados por el hallazgo. Pero ella sintió una punzada de incomodidad, como si él hubiera entrado en un territorio que ella aún no había terminado de explorar.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó, y la pregunta cayó entre ellos como una losa.

Raúl parpadeó, sorprendido.

—Pensé que te alegraría tener una confirmación externa. Llevas semanas dudando, Clara. Esto es una prueba.

—Una prueba que tú has buscado sin consultarme.

El silencio se alargó. Raúl se recostó en el sofá y se pasó una mano por el pelo, el gesto nervioso que Clara conocía bien.

—Creí que estábamos del mismo lado —dijo, y había un deje de reproche en su voz.

—No se trata de lados, Raúl. Se trata de que esto es mi trabajo. Mi investigación. Mi... —buscó la palabra— mi vínculo con Ochoa. Tú no tienes derecho a decidir por mí qué buscar ni cuándo.

Raúl la miró fijamente, y por un momento Clara pensó que iba a replicar con algo hiriente. Pero en lugar de eso, respiró hondo y asintió, lentamente.

—Tienes razón. Debí hablarlo contigo antes. —Se levantó y fue hacia la terraza, apoyándose en la barandilla de cristal—. Pero cuando empecé a revisar los archivos, no pude parar. Es como... —buscó la metáfora con las manos— como una grieta en un muro. Una vez que la ves, no puedes dejar de mirar.

Clara se levantó también y se acercó a la terraza. Desde allí se veía el puerto, los barcos meciéndose lentamente, el horizonte teñido de naranja y violeta. El ruido del tráfico llegaba amortiguado, como un rumor constante.

—¿Qué más has encontrado? —preguntó, y su voz ya sonaba menos tensa.

Raúl se volvió hacia ella. Tenía los ojos fijos en el suelo, evitando su mirada.

—Hay un registro de una transferencia bancaria en 1976, justo después de que el ayuntamiento aprobara la declaración de la villa como yacimiento protegido. El dinero venía de una cuenta a nombre de un concejal de urbanismo de la época. —Hizo una pausa, y su voz se volvió más grave—. Y coincidía con la fecha en que Ochoa compró su primer coche.

Un vacío frío le ocupó el estómago, un hundimiento repentino. No era nuevo lo que oía, pero oírlo desde fuera, desde la investigación de otra persona, le daba una consistencia que hasta entonces había sido solo intuición.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Tengo un amigo en el banco que me echó un ojo a los microfilms de los archivos históricos —Raúl se encogió de hombros, y por primera vez en toda la conversación, su sonrisa fue genuina—. No te mentaré: no fue completamente legal.

Clara posó las manos sobre la barandilla de cristal. El metal estaba frío bajo sus dedos, y sintió una pequeña astilla en la uña del pulgar, un detalle minúsculo que le recordó que llevaba todo el día trabajando en la excavación sin haberse cuidado las manos.

—No sé si agradecértelo o enfadarme más —dijo, y su voz sonó cansada.

Raúl se giró hacia ella, apoyando la espalda contra la barandilla. La luz del atardecer le iluminaba medio rostro, dejando el otro en sombra.

—Hay algo más que deberías saber —dijo, y su tono cambió, volviéndose más cauto—. Algo que no tiene que ver con la villa, sino conmigo.

Clara lo miró, esperando.

—Yo también he falsificado documentos —dijo Raúl, y la frase cayó en el aire como una piedra en agua quieta—. No en este caso. Nada relacionado con Ochoa. Pero hace años, cuando empecé como crítico de arte, me pidieron que autentificara unas cartas de un poeta del 27. Las autentiqué. Y no eran originales.

Clara sintió que el vino se le volvía ácido en el estómago.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Porque si vamos a seguir con esto, si vamos a desenterrar la verdad de la villa, necesito que sepas quién soy. No quiero que descubras algo sobre mí por otra vía y que pienses que te he mentado.

Clara apartó la mirada y la fijó en el horizonte, donde el mar se fundía con el cielo en una línea imprecisa. Las palabras de Raúl resonaban en su cabeza como un eco: yo también he falsificado documentos. Y sin embargo, allí estaba, confesándose, sin estar seguro de cómo iba a reaccionar ella.

—Gracias por decírmelo —dijo al fin, y su voz sonó más firme de lo que se sentía—. Pero necesito tiempo para procesarlo.

Raúl asintió sin hablar. Dio media vuelta hacia la mesa y comenzó a recoger los papeles, colocándolos en una carpeta con movimientos precisos, casi mecánicos.

—Podemos seguir mañana —dijo—. Si quieres.

Clara sintió el peso de la tarde en los hombros, el cansancio acumulado de semanas de excavación, de horas en archivos, de conversaciones con Ochoa. La confesión de Raúl era una nueva capa que añadir a la estratigrafía de aquella historia, una capa que aún no sabía cómo interpretar.

—Sí —dijo—. Mañana.

Y mientras el atardecer se desvanecía sobre Málaga, Clara supo que aquella conversación no había terminado, que las palabras de Raúl seguirían resonando en su cabeza durante días, como las ondas en el agua después de que la piedra se ha hundido.

\* \* \*

El sol cayendo se colaba por el ventanal del salón de Raúl, incidiendo sobre los libros apilados en la mesa baja y las hojas de notas dispersas. Clara observó el reflejo anaranjado en el cristal de la copa de vino que aún sostenía, el líquido quieto como un charco de cobre fundido. El ruido lejano del tráfico desde la terraza llegaba amortiguado, y un aire denso, mezcla de perfume masculino y papel satinado de los catálogos de arte, llenaba la estancia.

Clara se quedó en el borde del sofá de cuero, con la columna recta, las manos apoyadas sobre los muslos. La confesión de Raúl aún le pesaba en el pecho como una piedra.

—Tienes una oportunidad —dijo Raúl, y su voz sonó más firme que hacía un momento. Se había vuelto hacia ella, la sonrisa ya no forzada sino medida, calculada como un trazo sobre el lienzo—. Puedes publicar la verdad. Pero no tienes por qué presentarla como un fraude.

Clara alzó la mirada.

—¿Cómo?

—Yo puedo ayudarte a redactar una versión de los hechos que proteja a Ochoa. Que lo presente como lo que fue: un hombre que amó a una mujer y trató de salvar su memoria. No es mentira, Clara. Es un punto de vista. Es elegir qué capa de la historia contar.

Ella sintió el peso de las palabras, el modo en que Raúl las envolvía en una seda verbal. Su registro, tan lírico, tan hábil para vestir cualquier idea de belleza. Se mesó el pelo con los dedos. O quizás era sincero. Ya no distinguía.

—¿Proteger a Ochoa? —repitió Clara, y su voz sonó más aguda de lo que deseaba—. No se trata de protegerlo. Se trata de decir la verdad. La falsificación es un hecho, no una interpretación.

—La verdad no existe fuera del relato —dijo Raúl, y dio un paso hacia ella, con las manos abiertas, como si ofreciera algo—. La arqueología lo sabe. Un mismo objeto puede contar historias distintas según cómo se excave, según qué contexto se le dé. Esto es igual. La falsificación existió, sí. Pero el motivo también. Y el motivo es hermoso.

Clara apretó los labios. La palabra *\_hermoso\_* le resonó como una nota falsa en un instrumento afinado.

—No es hermoso. Es complicado. Es... —buscó el término exacto, el que encajara en la estratigrafía moral de aquello—. Es ambiguo.

Raúl sonrió, esa sonrisa que ella había aprendido a leer como un telón antes de un engaño.

—La ambigüedad es el material del que está hecha la memoria. No hay pureza en la historia, solo versiones.

Clara apartó la mirada. Sentía el calor subirle por el cuello, una tirantez en los hombros que no lograba soltar. El vino se le había vuelto ácido en la boca, y dejó la copa sobre la mesa con un golpe seco.

Recordó entonces la confesión de Raúl, apenas unos minutos antes. \_Yo también he falsificado documentos.\_ La frase le había quedado clavada como una astilla. ¿Cómo podía confiar en que la versión que él redactara no incluyera, sin saberlo ella, otra capa de ficción? ¿Cómo saber dónde terminaba la verdad y empezaba el artificio?

—No puedo —dijo al fin, y su voz sonó más firme de lo que se sentía—. No puedo manipular los hechos para que encajen en una narrativa bonita. Soy arqueóloga. Mi trabajo es registrar lo que hay, no lo que quería que hubiera.

Raúl suspiró, y el gesto le hizo parecer más cansado. Se acercó a la terraza, fijó las manos en la barandilla de hierro forjado, y durante unos segundos solo se oyó el tráfico que fluía calle abajo y el tintineo de unos cubiertos en la cocina de un vecino.

—No te estoy pidiendo que mientas —dijo sin volverse—. Te estoy pidiendo que elijas qué fragmento de la verdad cuentas. Hay una diferencia entre falsificar un dato y seleccionar un ángulo. Todos los historiadores lo hacen.

—Eso es una pendiente resbaladiza, Raúl.

—¿Lo es? —Se giró lentamente, y sus ojos encontraron los de ella—. Ochoa dedicó su vida a proteger la memoria de Mercedes. No por orgullo, no por fama. Porque la amó. ¿Eso no merece que al menos intentemos preservar lo que él construyó? No la falsificación, sino el gesto. La intención.

La voz se le atascó en la garganta, un nudo que no la dejaba hablar. Las palabras de Ochoa resonaban en su cabeza: \_Hice lo que hice por amor, no por orgullo.\_ Y allí estaba Raúl, ofreciéndole una escalera para bajar de aquel dilema sin ensuciarse las manos.

Bajó la cabeza, observó las vetas de la madera de la mesa. Su reflejo en la superficie barnizada, distorsionado. \_Registro,\_ pensó. \_Constancia.\_ Esas eran sus palabras, las que definían su oficio. Pero también estaba la deuda emocional, el lazo que la unía a Ochoa desde niña, la figura que en sus primeros pasos de persona la había sustraído de un ámbito de desatención.

—¿Y si publico la verdad completa? —preguntó en voz baja.

—Entonces destruirás su legado —respondió Raúl sin titubear—. Los arqueólogos lo recordarán como el hombre que falsificó un yacimiento. Sus alumnos, los que lo admiran, se sentirán traicionados. La historia olvidará por qué lo hizo. Solo quedará el fraude.

Clara apretó los párpados. Era cierto. Lo sabía. Y esa certeza le pesaba más que cualquier argumento.

Pasaron varios segundos. El tictac de un reloj de pared, que Clara no había notado hasta entonces, marcaba el silencio como un metrónomo.

—Si acepto —dijo al fin, y su voz le sonó extraña, como si hablara desde fuera de sí misma—, necesito leer la narrativa antes de que se publique. Quiero revisar cada palabra. Cada afirmación. No voy a firmar algo que no pueda defender con mi nombre.

Raúl asintió lentamente, sin sonreír.

—Es justo.

—Y quiero que la historia de la falsificación aparezca. No oculta, no negada. Simplemente... enmarcada. Como parte de un contexto más amplio.

—Eso se puede hacer.

Clara respiró hondo. El aire le supo a papel y a incienso, a la lejanía de un perfume que ya no recordaba. Se levantó del sofá y caminó hacia la terraza, deteniéndose junto a Raúl, mirando las luces del puerto que comenzaban a encenderse contra el azul grisáceo del cielo.

—No sé si esto es correcto —dijo en voz baja.

—Quizás ninguna decisión lo sea del todo —respondió Raúl—. Pero al menos podrás dormir sabiendo que no enterraste la memoria de un hombre que te salvó.

Clara no respondió. Apoyó las manos en la barandilla fría y sintió el peso de la noche que llegaba, el peso de la verdad que había elegido contar a medias.

\* \* \*

La luz del flexo dibujaba un círculo amarillo sobre los papeles esparcidos en la mesa baja. Clara siguió con la mirada el borde de esa claridad, más allá del cual las sombras se alargaban, trepaban por las paredes del salón, deformaban los muebles. Una mosca se posó en el borde de una copa de vino casi vacía y caminó sobre el cristal con torpeza. Clara sintió el gemido de su propia rodilla al cambiar de posición en el sofá, un dolor sordo que le recordaba las horas de rodar junto a la zanja de la villa.

Raúl se inclinó hacia adelante, se apoyó en las rodillas con los brazos cruzados sobre los muslos. El gesto parecía ensayado, pero Clara lo conocía bien: era su pose de confianza, la que usaba cuando iba a decir algo que quería que sonara importante. La luz del flexo le iluminaba medio rostro; la otra mitad quedaba sumergida en la penumbra.

—Empecé por una carta —dijo, y sus dedos trazaron un arco en el aire, como si dibujara el contorno de la frase—. Una carta de un voluntario internacional que había pasado por Mijas en el treinta y siete. La encontré en un lote de papeles que compré en el Rastro de Madrid. Estaba mal conservada, casi ilegible, pero se podía adivinar la historia. Un miliciano que escribía a su madre, que hablaba de una «casa grande junto a los higueras», de los olores, de la luz.

Clara parpadeó. La mosca zumbó, irritante, antes de posarse en la pantalla del flexo.

—Esa carta no existía —dijo Clara, y no fue una pregunta.

Raúl sonrió sin mostrar los dientes.

—No. Pero podía haber existido. Y era mejor que la realidad, porque la realidad de aquellos años no tenía poesía, solo hambre y miedo. La carta...

—La escribiste tú.

—La escribí yo. Con papel envejecido con café y una pluma de las que se usaban entonces. Me llevó tres semanas conseguir la tinta adecuada. La caligrafía, la ortografía vacilante... hasta la mancha de humedad en la esquina. Esa mancha me costó más que el resto.

Clara sintió el peso del silencio que siguió. La mosca se fue de la pantalla; su zumbido se perdió hacia la terraza. La música clásica, un piano tenue, seguía sonando desde el equipo de música. Debían de ser las diez de la noche; el tráfico del puerto llegaba como un rumor lejano.

—Y después de la carta —dijo Raúl, y su voz adquirió un tono más grave, más lento, como si saboreara cada palabra—, vinieron los informes militares. Un parte del cuartel general de la región, fechado en 1938, que mencionaba a la Villa de las Higueras como punto de suministro. Ese también lo escribí yo. Y la declaración jurada de un vecino que aseguraba haber visto a oficiales alemanes entrar y salir. Esa fue más complicada: tuve que conseguir el sello de un notario de la época.

Clara mantuvo la vista fija en el perfil de Raúl contra la penumbra. La sonrisa seguía ahí, pero ahora parecía más una máscara que un gesto natural. Recordó la primera vez que lo vio, en una exposición en el Museo de Málaga, hablando de la importancia de la documentación original, de la autenticidad como valor sagrado. Y allí estaba, contándole cómo había falsificado todo.

—Los sellos de barro de Ochoa —dijo Clara, con la voz extrañamente plana—. Los que enseñaba en sus cursos.

—También los hice yo. Bueno, la técnica se la enseñé. Él los ejecutaba, pero el diseño, la composición del barro, el punto exacto de cocción... eso lo trabajamos juntos.

—Trabajasteis juntos.

—Durante años, Clara. Ochoa no era falsificador. Era un buen arqueólogo, meticulado, honesto. Pero cuando descubrió lo de tu abuela, cuando entendió que la villa no podía ser lo que él había soñado, se rompió. Y yo... yo le ofrecí una salida.

—Le ofreciste una mentira.

—Le ofrecí una obra de arte. Una narración que diera sentido a su vida, a la de tu abuela, a la de todo un país que necesitaba creer que el pasado podía ser noble. Las ruinas no mienten, pero los hombres necesitan historias, no piedras.

El estómago se le contrajo en un espasmo. La rodilla le dolió al cambiar de postura; el gemido del sofá de cuero le pareció extrañamente fuerte. Se frotó los ojos con las yemas de los dedos, notando la sequedad de la piel.

—Y mi investigación —dijo al fin, sin mirarlo—. Todo lo que he encontrado... la datación de las cerámicas, las inscripciones, la tumba simulada. ¿Era verdad alguna de esas piezas?

Raúl no respondió de inmediato. Se levantó del sofá, caminó hacia la terraza, se detuvo en el marco de la puerta. La luz del flexo quedó detrás de él; su silueta se dibujó contra el azul grisáceo del cielo nocturno.

—Algunas —dijo sin volverse—. Las más antiguas, las que aparecieron en los primeros niveles, esas eran auténticas. Ochoa las había encontrado antes de empezar a falsear el registro. Pero a partir de cierto punto...

—¿A partir de qué punto?

Raúl se dio la vuelta. Su rostro estaba en sombra, pero Clara adivinó la sonrisa.

—A partir del momento en que Ochoa decidió que la verdad era menos importante que la memoria de Mercedes.

Clara se puso en pie de un salto, sintiendo un tirón en el cuello. La silla de la mesa se tambaleó; uno de los papeles cayó al suelo. No lo recogió.

—Has estado usándome —dijo, y su voz sonó cortante, más rápida de lo habitual—. Desde el principio. La cena, el interés por mi trabajo, la oferta de escribir la narrativa... todo era parte de un plan para controlar lo que yo descubriera.

Raúl levantó las manos en un gesto de rendición, pero la sonrisa no se borró de su rostro.

—No, Clara. No te he usado. Te he ofrecido la oportunidad de entender lo que hice, de ver el cuadro completo. Podría haberte dejado seguir cavando, encontrar las piezas falsas, denunciar a Ochoa, destruir su legado y el de tu abuela con él. Pero no lo hice. Te he abierto las puertas de mi taller, te he mostrado los andamios del decorado.

—¿Y eso lo hace honesto?

—No. Lo hace necesario. Porque si no sabes que el decorado es falso, creerás que la obra es la ruina. Y la obra es otra cosa. La obra es el relato que hemos construido entre todos, durante décadas, para que este país pudiera mirarse al espejo sin vomitar.

Clara caminó hacia la ventana, alejándose de él. Dejó caer las manos sobre el marco frío de la puerta de la terraza. El ruido del tráfico subió un par de decibelios; una bocina sonó dos veces, impaciente. Abajo, las luces del puerto parpadeaban contra el negro del mar; parecían diminutas, inofensivas, como las puntas de los cigarrillos que la gente encendía en los bares del muelle.

—Quieres que participe en tu farsa —dijo sin volverse.

—Quiero que me ayudes a terminar la escultura. Ya está casi lista. Solo necesito tus ojos de arqueóloga para que los detalles técnicos sean irreprochables. Tú sabes qué tipo de argamasa usaban los romanos en el siglo IV, qué marcas de alfarero eran verosímiles, qué inscripciones encajarían en el contexto. Yo puedo darle la forma, la emoción, la luz. Tú le das el peso de la realidad.

Clara sintió que las piernas le temblaban. Se agarró con más fuerza al marco de la puerta; la madera fría le devolvió una sensación de solidez que necesitaba.

—¿Y si digo que no?

El silencio de Raúl duró unos segundos. Luego oyó sus pasos acercarse, el roce de la suela sobre la madera del suelo.

—Entonces tendré que escribir la historia yo solo. Y Ochoa morirá en el hospital siendo lo que siempre fue: un falsificador que manchó su carrera por el amor de una mujer que ya no podía hablar. Sin matices, sin contexto. Solo la condena.

Clara cerró los ojos. El aire de la terraza olía a sal y a gasolina, a la humedad del puerto. Notó el latido de su propia sangre en las sienes, el peso de la decisión que se acumulaba en su pecho como una losa.

—Necesito leer la grabación de Ana Luisa —dijo al fin, con la voz rota—. La que tienes guardada. Quiero oír lo que dijo sobre mi abuela, sobre el hijo que perdió, sobre lo que sabía de Ochoa. Si no me dejas escucharla, no hay trato.

Raúl se detuvo a medio paso. Ella lo oyó respirar hondo, como si sopesara la petición.

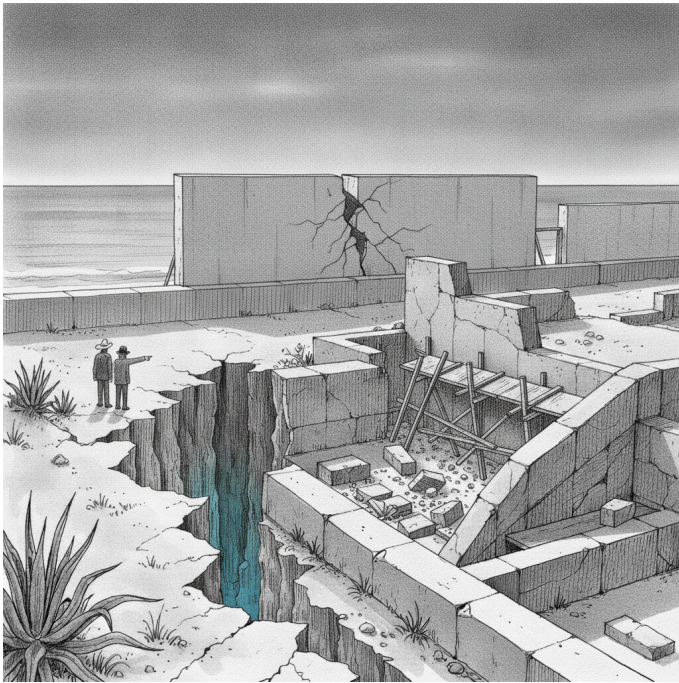
—Está en mi estudio —dijo por fin—. Pero no te servirá de nada. Ana Luisa ya no recuerda casi nada. Su testimonio es un caos de imágenes sueltas, fragmentos de una memoria que se deshace.

—Entonces no tienes nada que ocultar.

Otro silencio. Luego, el sonido de los pasos de Raúl alejándose hacia el interior del apartamento.

—Ven —dijo desde la oscuridad del pasillo—. Pero no esperes respuestas. Solo más preguntas.

PARTE 4



## CAPÍTULO 10

## La revelación

*Las últimas palabras son las que nunca se dijeron.*

— — GRABACIÓN DE ANA LUISA PEDRAZA

**E**l archivo ocupaba la mitad de la pantalla: \_entrevista\_ana\_luisa\_pedraza.wav\_. Clara ajustó los cascos sobre las orejas y dejó reposar los antebrazos sobre la mesa, con las manos colgando sobre el borde. La luz naranja del atardecer cruzaba la ventana de la cocina y dibujaba un rectángulo alargado sobre las baldosas. Un tictac lento desde el pasillo: el artefacto de pared comprado en un mercadillo y que nunca funcionaba del todo bien.

Junto al teclado, la taza de café de esa mañana seguía intacta, con una película opaca en la superficie. Clara la apartó con el dorso de la mano y pinchó el archivo.

Los primeros segundos fueron ruido blanco, un roce de dedos contra el micrófono, la respiración de Ana Luisa al otro lado. Luego la voz apareció, granulosa, con el tono cansado de alguien que ya ha contado la misma historia muchas veces y sabe que no será la última.

—Mercedes era reservada, pero no desconfiada —dijo Ana Luisa—. Conmigo se soltaba. Supongo que porque éramos de la misma edad, porque las dos sabíamos lo que era crecer en un pueblo donde todo el mundo lo ve todo.

Clara cerró los ojos. La grabación era el registro sonoro de un testimonio oral, un documento que capturaba el relato de una persona sobre hechos ocurridos décadas atrás. Lo sabía bien: ella misma había tomado declaraciones a testigos en otros yacimientos. Pero esta vez el testimonio no hablaba de estratigrafías ni de cerámicas. Hablaba de su abuela.

Una opresión le apretó el pecho. Abrió los ojos y miró la pantalla. La onda de audio avanzaba lenta, monótona. Ana Luisa estaba describiendo la juventud de Mercedes, los años de la posguerra, el modo en que el comandante alemán la había cortejado.

—No fue amor —decía Ana Luisa, y Clara oyó un suspiro—. Fue necesidad. Y después, costumbre. Pero Mariano... Mariano la quería de verdad.

Clara ajustó el volumen. La mención de Ochoa le produjo un escalofrío que no supo explicar.

La voz de Ana Luisa siguió hablando del vínculo entre su abuela y el arqueólogo. Palabras que ya había oído en la entrevista en persona, pero que ahora, en la soledad del apartamento, sonaban distintas. Como si el silencio alrededor amplificara cada matiz.

De pronto, un recuerdo se cruzó: la noche anterior, en el apartamento de Raúl. Las maquetas de barcos, la luz del flexo sobre la mesa, las manos de él moviendo un expediente falso mientras ofrecía una salida.

—Podemos contar la verdad a medias —había dicho Raúl—. Preservar el legado de Ochoa sin destruir el relato de la villa. Nadie tiene por qué saber que Mercedes colaboró.

Clara se había quedado callada. Ahora, al recordarlo, sintió el mismo vacío en el estómago. Raúl falsificaba documentos. Ochoa había falsificado piezas. Ella estaba sentada en su piso alquilado con vistas al mar, escuchando la grabación de una mujer de noventa y dos años que había sido testigo de todo.

Se masajó la nuca y volvió a concentrarse en el audio.

Ana Luisa hablaba ahora del hijo que Mercedes había perdido. La voz se le quebró al decirlo, como si el paso del tiempo no hubiera cicatrizado del todo la herida.

—Nació muerto. Lo enterraron al amanecer, sin nombre, sin cruz, sin que nadie supiera. Solo Mariano estuvo con ella. Él la sostuvo cuando el cuerpo no podía más. Él fue a buscar a la comadrona. Él cavó la fosa.

Clara apretó los cascos contra las orejas. El relato era brutal en su concreción: el dolor de Mercedes. Ochoa, veintitantos años, con las manos temblorosas, haciendo lo que podía.

—Después de eso —siguió Ana Luisa—, Mercedes cambió. No quiso saber nada de hombres. Se encerró en la casa y solo salía para ir a misa. Y Mariano... Mariano siguió yéndola a ver. Le llevaba comida, libros. Nunca dejó de quererla.

Clara contuvo el aliento. La grabación entraba en un tramo que no recordaba. En la entrevista en persona, Ana Luisa se había detenido ahí, había dicho que no podía seguir, que eso era todo lo que sabía. Pero en el archivo su voz continuaba, más baja, como si confesara algo que nunca había planeado decir.

—Antes de morir, Mercedes me pidió que te contara. Dijo que no podía llevarse el secreto a la tumba. Que tú tenías derecho a saber.

Un silencio largo. Clara oyó su propio pulso en los oídos, por encima del tictac del reloj.

—Mariano Ochoa es tu padre, Clara.

Las palabras quedaron flotando en el aire del apartamento. La grabación seguía rodando —Ana Luisa suspiraba, carraspeaba— pero Clara ya no escuchaba. La frase se le había clavado en el centro del pecho, justo donde antes tenía la opresión, y ahora todo era un vacío blanco.

Se quitó los cascos. El ruido del ambiente —la nevera, el reloj, el mar allá afuera— le llegó como un golpe. Miró la taza de café frío, la pantalla del portátil, la luz naranja que empezaba a apagarse.

Mariano Ochoa. Su tutor. El hombre que a sus ocho años la había apartado de una casa donde sufría abandono. El hombre que le había inculcado la lectura de estratigrafías, el amor por la tierra, la desconfianza ante las piezas demasiado perfectas. El que estaba muriendo en una cama de hospital.

Su padre.

Se levantó tan bruscamente que la silla chocó contra la pared. El golpe seco resonó en el pasillo. Dio dos pasos hacia la cocina y se detuvo, con las manos apoyadas en el borde del fregadero. La cerámica estaba fría bajo sus dedos.

Necesitaba verlo. Necesitaba preguntarle por qué, cómo, desde cuándo. Pero también necesitaba salir de ese apartamento donde el silencio se había vuelto insoportable.

Agarró las llaves de la mesa, junto a la taza de café, y abrió la puerta. El pasillo del edificio olía a detergente y a humedad. Cerró tras de sí y se quedó un instante apoyada contra la madera, respirando hondo.

La noche caía sobre Mijas. Desde la ventana del rellano se veían las luces del pueblo encenderse una a una. Clara apretó las llaves contra la carne del puño cerrado y empezó a bajar las escaleras.

\* \* \*

Permaneció sentada en el sofá mucho tiempo después de apagar la grabación. La claridad anaranjada del final de la tarde se filtraba por la ventana de la cocina y se derramaba sobre el suelo en losetas, formando un rectángulo que se alargaba poco a poco hacia la mesa. En el ambiente solo se oía el runrún del motor de la nevera y, muy lejano, el rumor del mar que

entraba al abrirse el balcón. Tenía los dedos fríos, apoyados sobre las piernas, y notó que una uña se le había roto horas antes, durante la visita a Ana Luisa, y todavía conservaba un borde irregular que se enganchaba en el algodón del pantalón.

El café de la mañana seguía en la mesa, intacto, con una película brillante en la superficie. Una mosca caminaba por el borde de la taza. Clara se quedó mirándola sin verla realmente, con la mirada fija en un punto indeterminado, y cuando la mosca alzó el vuelo ni siquiera parpadeó.

La frase seguía allí, incrustada en el fondo del cráneo, justo detrás de los ojos. *Mariano Ochoa es el padre biológico de Clara*. No las palabras exactas de Ana Luisa, sino la sustancia, el núcleo duro de la revelación que no se disolvía con el paso de los minutos. Lo repasó una vez más, como quien frota una mancha para comprobar que no se va. Ochoa. Su tutor. El que la arrancó de la desatención a los ocho años y le dio un lugar en el mundo. El que le enseñó a leer un perfil estratigráfico, a distinguir una terra sigillata auténtica de una imitación moderna, a desconfiar de las piezas que encajaban demasiado bien en una secuencia. El que firmó su tesis doctoral. El que estaba muriéndose en una cama de hospital.

Y ahora eso. Padre.

Se frotó la nuca con los nudillos y notó los músculos tensos, como cables. Llevaba así desde que salió de casa de Ana Luisa, con esa rigidez que le subía desde los omóplatos hasta la base del cráneo. Intentó masajearse la zona con los dedos, pero apenas notaba el contacto, como si la piel estuviera anestesiada.

El reloj en la pared dio las ocho con un tic tac, y ella levantó la cabeza hacia el sonido sin realmente querer hacerlo. Las agujas avanzaban como si nada hubiera cambiado, como si el mundo no se hubiera partido en dos

mitades que no encajaban. La datación de los hechos no cuadraba: Ochoa la conocía desde los ocho años, pero ella tenía treinta y cuatro. Veintiséis años de relación. Veintiséis años de silencio.

Se levantó de golpe, con un movimiento brusco que desplazó el cojín del sofá. Dio dos pasos hacia el escritorio y encendió el ordenador. La pantalla parpadeó un instante antes de iluminar el fondo de escritorio, una foto del yacimiento tomada al atardecer, con las sombras alargadas de las columnas sobre el suelo de tierra. Sus manos temblaban ligeramente cuando apoyó los dedos en el teclado. Notó las teclas gastadas, el hueco que el uso había ido dejando en la letra A, el tacto liso de las más usadas.

Abrió el correo. La bandeja de entrada mostraba mensajes sin leer de los estudiantes del equipo de excavación, un recordatorio del departamento, un boletín de arqueología. Nada urgente. Nada que importara. Movié el cursor hacia el campo de nuevo mensaje y fijó la atención en el rectángulo blanco, en el parpadeo vertical que esperaba la primera letra, sin que sus ojos se desviaran ni un instante.

¿Qué se le decía a un hombre que se moría y que resultaba ser tu padre?

Se llevó la mano a la sien y presionó el extremo de la patilla contra la piel, como si quisiera fijar las gafas en su sitio. Las palabras adecuadas no llegaban. Tenía la sensación de estar en la boca de un pozo, mirando hacia abajo, sin saber si el fondo tenía agua o piedras. Las frases que ensayaba mentalmente sonaban falsas, teatrales, como si pertenecieran a otra persona. *Mariano, tengo que preguntarte algo. No. Ochoa, he sabido lo de mi abuela y lo tuyo. Tampoco. Necesito que me digas si es verdad.* Demasiado directo, demasiado acusador.

El miedo la inmovilizaba, y lo reconoció con una claridad incómoda. No era miedo a la confirmación —porque en el fondo ya no le cabía duda—, sino miedo a lo que vendría después. A que Ochoa lo confirmara y

entonces todo cambiara para siempre. A que lo negara y ella se quedara con la duda royéndole los huesos el resto de su vida. A que la reacción de él rompiera el único vínculo paterno que había tenido.

Apoyó los brazos en la mesa, juntó los codos cerca del pecho y se cubrió la cara con las manos. El regusto a hojas añejas de los diarios de Ochoa aún permanecía en sus dedos, mezclado con el salitre del paseo marítimo y el incienso de la casa de Ana Luisa. Olores que no encajaban entre sí, como las piezas de un puzle que perteneciera a cajas distintas.

Empezó a repasar mentalmente las pruebas, una tras otra, como quien coloca fichas de dominó en fila. Los sellos de barro de las cerámicas falsificadas, idénticos a los que Ochoa enseñaba en sus cursos. La confesión de Raúl —esa misma noche, con la luz naranja del atardecer entrando por el ventanal de su apartamento—, admitiendo que había falsificado documentos para crear la leyenda de Ochoa. El testimonio de Ana Luisa: Mercedes supo que Ochoa iba a falsificar la firma y lo aprobó. Y luego el hijo, el hijo de Mercedes que murió al nacer, y Ochoa presente en el parto, ayudando a ocultarlo.

Todo encajaba. La secuencia era coherente, como una estratigrafía bien leída. Ochoa había estado enamorado de Mercedes, había falsificado para proteger su memoria, y en algún momento de esos años —quizás antes de que ella naciera, quizás después— Mercedes y Ochoa habían tenido una hija. Ella.

Clara retiró las manos de la cara y miró la pantalla, donde el cursor seguía parpadeando. Recordó el instante exacto en que la frase de Ana Luisa le había llegado, no por el oído, sino por el alma: la voz cascada de la anciana, filtrada por el altavoz del móvil, diciendo *tu madre no era tu madre* y luego *Mariano Ochoa es tu padre* con la misma naturalidad con que se dice la hora. El golpe seco en el pecho. La falta de aire. El mundo que se inclinaba ligeramente hacia un lado, como una mesa coja.

Se había quedado paralizada, con el teléfono en la mano, mirando la pared blanca del apartamento sin verla. La grabación había seguido sonando, pero ella ya no escuchaba. Solo existía esa frase, repetida en loop, rebotando contra las paredes del cráneo como una canica dentro de una caja vacía.

Ahora, frente al ordenador, la sensación era distinta. Todavía sentía el peso de la revelación, pero algo empezaba a moverse dentro de ella, una corriente subterránea que la empujaba hacia la acción. La verdad importaba más que el miedo. Siempre lo había sabido, desde el primer día que pisó un yacimiento. Las piezas mienten o dicen la verdad, y el trabajo del arqueólogo es distinguir una cosa de otra, aunque duela, aunque la pieza que miente sea la que más quieres.

Empezó a escribir. Las primeras letras aparecieron en la pantalla, temblorosas, y ella las borró de inmediato. Volvió a empezar. *Mariano*. Lo borró. *Querido Mariano*. No. Demasiado íntimo. *Ochoa*. Tampoco.

No apartó los ojos del cursor. La claridad anaranjada se había retirado ya de la cocina, y la habitación empezaba a llenarse de sombras. El reloj marcaba las ocho y veintitrés. No encendió la lámpara. Dejó que la penumbra la envolviera, y en esa penumbra, con los dedos apoyados sobre las teclas, encontró las palabras.

*Necesito verte. Esta noche. Por favor.*

Tres líneas. Ninguna explicación. Ninguna acusación. Una petición. Era lo único que podía escribir sin que sonara a guion ensayado.

Lo leyó dos veces. El cursor seguía parpadeando al final de la última palabra. *Por favor*. Una palabra que ella no usaba casi nunca, que le sonaba a rendición, a súplica. Pero allí encajaba.

Guardó el borrador sin enviarlo. Todavía no.

Cerró los ojos y respiró hondo. El aire entró con el olor a café frío y a papel, a salitre y a polvo. Contuvo la respiración unos segundos y soltó el aire despacio, sintiendo cómo los hombros bajaban un par de milímetros.

Agarró el móvil de la mesa y desbloqueó la pantalla. Buscó el contacto de Ochoa en la agenda. El nombre apareció con el número del hospital debajo, el que él usaba desde que ingresó en cuidados paliativos. Apoyó el dedo sobre la pantalla, justo sobre el icono de llamada, sin presionar.

La luz de la pantalla iluminaba su rostro desde abajo, marcando las sombras de sus pómulos, el borde de las gafas. El número esperaba. El dedo temblaba, rozando el cristal sin llegar a hacer contacto.

Todavía no.

Pero casi.

Dejó el móvil boca abajo sobre la mesa y dirigió la mirada hacia la oscuridad del apartamento, escuchando el oleaje que rompía allá en la costa y el golpe seco que el minuterero del reloj de pared imprimía al avanzar, sin importarle nada de lo que ella acababa de decidir.

## La página salvada

*Quemar los diarios no borra la verdad; la convierte en ceniza.*

— — PENSAMIENTO DE CLARA ROLDÁN

**E**l atardecer teñía el caserón rodeado de higueras de un naranja denso, casi líquido, que se filtraba entre las columnas romanas y se posaba sobre la tierra removida. El polvo flotaba suspendido en los haces de luz, diminutas partículas que giraban lentas, como si el tiempo se hubiera detenido allí. Clara caminó entre los cortes de la excavación con las manos hundidas en los bolsillos del chaleco, sintiendo el peso del cuchillo de campo contra el muslo. Olía a pino y a hierba seca, y el silencio era tan completo que oía su propia respiración.

Ochoa estaba sentado en el borde del impluvium, con la espalda apoyada contra una columna caída. Llevaba una chaqueta fina sobre el pijama del hospital, y su piel tenía el tono ceniza de quien ya no lucha contra la enfermedad. Al verla, esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Sabía que vendrías —dijo, y su voz sonó quebrada, como si hablar le costara un esfuerzo físico.

Clara se detuvo a tres pasos de él. Su mano derecha subió y se posó sobre la montura, donde el plástico se curvaba junto a la bisagra, y la sostuvo un segundo como si calibrara su peso.

—Has estado viniendo aquí todas las tardes —dijo ella—. Los chicos del equipo te han visto. No me habías dicho que seguías viniendo al yacimiento.

—Es mi lugar favorito. El único donde todavía puedo pensar con claridad.

—Mientes —Clara sintió que su voz se aceleraba—. Has estado borrando pruebas. He revisado la secuencia de las piezas otra vez, y faltan tres cerámicas del inventario. Las que tenían la datación más dudosa.

Ochoa bajó la mirada y asintió despacio.

—Las retiré yo mismo. No quería que nadie más las viera.

—Eso no es ético y lo sabes. El registro debe ser completo, aunque due-la.

—El registro —repitió él, con un amago de sonrisa triste—. Siempre el registro contigo, Clara.

—Porque es lo único que nos queda cuando todo lo demás falla —respondió ella, y la frase le sonó a algo que había ensayado demasiadas veces—. Necesito dejar constancia de todo, Mariano. De lo que encontraste, de lo que falsificaste, de por qué lo hiciste. Si no hay un testimonio claro, todo esto se pudre desde dentro.

Ochoa guardó silencio un momento. Una hormiga trepaba por la piedra junto a su mano, y él la observó como si fuera el espectáculo más importante del mundo.

—Lo sé —dijo al fin—. Y tienes razón. Pero hay cosas que no se pueden poner en un informe. Cosas que no caben en ninguna secuencia estratigráfica.

—Como qué.

—Como el hecho de que te quiero —Ochoa levantó la mirada y la sostuvo—. No como a una colega, ni como a una alumna. Te quiero como a una hija. Siempre te he querido así. Desde que llegaste al yacimiento con

ocho años, con aquellos zapatos demasiado grandes y los ojos llenos de miedo. Te quiero, Clara. Y sé que eso no justifica lo que hice, pero es la verdad.

Notó la garganta oprimirse, cerrada como un puño apretado. La herencia moral, pensó. Ese conjunto de cargas que una persona recibe de sus antepasados, aunque no los haya elegido. Ochoa le estaba dejando la suya, y pesaba como plomo.

—No es suficiente —dijo ella, pero su voz tembló—. Quererte no borra el fraude. No borra lo que le hiciste a la memoria histórica de este lugar. Has construido una verdad a medias, Mariano. Una declaración que omite todo lo relevante para proteger a alguien.

—A ti —dijo él—. Para protegerte a ti.

—No me proteges. Me entierras en lo mismo que tú.

Ochoa intentó incorporarse, pero un espasmo le recorrió el cuerpo. Su mano buscó apoyo en la columna y resbaló. Clara dio un paso adelante sin pensarlo.

—Mariano.

—Déjame —dijo él, pero su voz era apenas un hilo—. Déjame terminar.

Ella obedeció. Ochoa respiró hondo varias veces, con los ojos cerrados, y cuando los abrió parecía haber encogido unos centímetros.

—He falsificado piezas para ocultar lo que pasó aquí durante la guerra —dijo—. Ya lo sabes. Pero no he falsificado mi amor por ti. Ni mi arrepentimiento. He hecho mal, Clara, y no hay manera de deshacerlo. Pero quiero que sepas que cada pieza que puse en la tierra la puse pensando en protegerte de una verdad que no merecías cargar.

—No te pedí que me protegieras.

—Lo sé. Pero eres lo único que he hecho bien en esta vida.

Ochoa se apretó el pecho con la mano y su rostro se torció en una mueca de dolor. Clara se arrodilló a su lado sin decidirlo, con las rodillas hundiéndose en la tierra suelta.

—Mariano, respira.

—No... no puedo.

El cuerpo de Ochoa se inclinó hacia delante. Clara lo sujetó por los hombros, sintiendo el peso muerto de alguien que ya no podía sostenerse. El olor a medicamento y a sudor frío impregnaba su chaqueta. Lo ayudó a recostarse contra ella, con la cabeza apoyada en su hombro, y notó cómo los latidos de su corazón se aceleraban y luego se ralentizaban, como un motor que se apagara.

—Tranquilo —dijo ella, y la palabra le supo a mentira—. Tranquilo, ya estoy aquí.

Ochoa abrió la boca para decir algo, pero solo salió un hilo de aire. Su mano encontró la de Clara y la apretó con una fuerza que no parecía posible en un hombre tan debilitado. Luego la presión cedió, y el peso se volvió más pesado aún, como si el cuerpo hubiera soltado algo que lo mantenía anclado.

El silencio volvió a llenar la villa. El aire zarandeo las ramas más altas de los pinos, y una rama seca cayó sobre las piedras del impluvium con un golpe hueco. Clara no se movió. Sintió la humedad de sus propias mejillas sin saber cuándo había empezado a llorar. La hormiga seguía trepando por la piedra, ajena a todo.

Pasaron minutos. O quizá segundos. El sol se había hundido lo suficiente como para que las sombras de las columnas se alargaran hasta desaparecer, y la luz se volviera gris. Clara seguía allí, con Ochoa en los brazos, sin saber qué hacer después. La carta de despedida, pensó. La carta que él le había dicho que encontraría en su mesilla del hospital. Tenía que ir a buscarla.

Pero no podía moverse. No aún. El peso del cuerpo, el olor a medicamento, el silencio roto solo por su propia respiración: todo la mantenía anclada a ese instante, como si moverse significara aceptar que aquello había ocurrido de verdad. Y no estaba segura de querer aceptarlo todavía.

Cuando al fin se levantó, las rodillas le dolían y tenía la ropa manchada de tierra. Miró el cuerpo de Ochoa, diminuto contra la piedra milenaria, y supo que el registro, la constancia, la secuencia de los hechos no podría capturar lo que acababa de pasar. Pero lo intentaría. Porque era lo único que sabía hacer.

\* \* \*

El patio estaba vacío. Donde había estado el cuerpo de Ochoa solo quedaba una mancha más oscura sobre la piedra, como si la tierra hubiera absorbido algo que ya no volvería a soltar. Clara se palpó la nuca y sintió la humedad del sudor mezclado con el polvo. Tenía las uñas negras de barro seco, incrustado en los bordes, y un calambre le recorrió la pantorrilla derecha de tanto tiempo en cuclillas. Ya no quedaba nadie. Los estudiantes se habían ido con el topógrafo media hora antes, después de que ella les pidiera que la dejaran sola. Dijo que necesitaba cerrar el yacimiento. Dijo que quería revisar el inventario. Dijeron que lo entendían. No entendían nada, pero ella agradeció que se fueran sin hacer preguntas.

El viento sacudió las ramas altas de los pinos y una piña seca cayó rodando hasta detenerse contra el borde del impluvium. Clara se sentó en la piedra, sintió el frío que subía a través de la tela de los pantalones. El sol ya no calentaba. El cielo había empezado a teñirse de un gris azulado que precedía al anochecer, y las sombras de las columnas se alargaban como dedos hacia el centro del patio. Todo estaba en orden. Las piezas

etiquetadas, las bolsas guardadas en el almacén provisional, los perfiles de las catas cepillados y fotografiados. El registro estaba completo. Pero algo faltaba.

Clara se levantó y dio unos pasos hacia la columna más cercana, la que estaba junto al acceso al peristilo. Allí, apoyado contra la base de piedra, había un sobre de papel amarillento. No lo había visto antes. No podía haberlo visto, porque cuando ella llegó al amanecer aquel sobre no estaba. Lo recordaba con claridad, con esa precisión obsesiva que aplicaba a todo lo que entraba en su campo visual durante una excavación. No estaba.

Se agachó y lo recogió. El papel era grueso, de buena calidad, y el sobre no tenía remite. Solo su nombre, escrito a mano con caligrafía temblorosa. Clara, en tinta azul. Conocía esa letra. Había leído cientos de páginas escritas por esa mano. La mano de Ochoa.

Lo abrió con cuidado, despegando la solapa sin romperla. Dentro había una hoja doblada en tres, escrita por las dos caras. La letra era irregular, más grande al principio y más pequeña al final, como si quien la escribía hubiera ido perdiendo fuerza o ganando prisa. Clara se sentó de nuevo en la piedra del impluvium y empezó a leer.

*Clara:*

*Si estás leyendo esto, ya no estoy. Me he ido, como tenía que irme, y he dejado esto donde sé que lo encontrarás. No he tenido valor para decírtelo en persona. He tenido muchos años para hacerlo y siempre encontré una excusa. Primero fue el trabajo. Luego fue el miedo. Luego fue la certeza de que, si te lo decía, perdería lo único que me quedaba: tu respeto.*

*Te pido perdón. No por lo que hice con las piezas, que también, sino por haberte mentido durante tanto tiempo. Te mentí cuando te dije que la falsificación era necesaria. Te mentí cuando te hablé de Mercedes como si*

*fuera una víctima inocente. Te mentí cada vez que te miré a los ojos y no te dije que todo lo que había construido estaba cimentado sobre un secreto que no me atrevía a confesar.*

*Pero hay algo que nunca fue mentira. Mi amor por ti. No como maestro, no como colega. Como algo más profundo, más antiguo, más difícil de nombrar. Te he querido desde que eras una niña y te vi llegar al yacimiento con los pies sucios y los ojos llenos de preguntas. Te he querido en silencio, sin decírtelo, porque sabía que no era justo. Sabía que cargarte con eso sería otra forma de mentira. Pero ahora, cuando ya no puedo hacer nada por protegerte ni por herirte, quiero que lo sepas.*

*No te pido que me perdones. Te pido que entiendas. Que entiendas que hice lo que hice por amor, no por orgullo. Que todo lo que hice, lo hice para proteger a alguien que ya no está, y también para protegerte a ti de una verdad que no te correspondía cargar.*

*El legado que te dejo no es el de un gran arqueólogo. Es el de un hombre que amó demasiado y supo demasiado tarde que el amor no justifica la mentira.*

Si decides contar la verdad, hazlo. Si decides callar, también. Sea lo que sea, confío en que harás lo correcto. Siempre has sabido hacerlo, incluso cuando yo no supe enseñarte.

*Adiós, Clara.*

*Mariano*

La carta temblaba entre sus dedos. Clara la dejó caer sobre el regazo y se quedó con la vista fija en un punto vacío, como si el patio entero se hubiera desdibujado ante sus ojos. El viento había cesado y el patio estaba en completo silencio, roto solo por el latido de su propia sangre en los oídos. Se cubrió la boca con la palma y sintió el sabor salado de las lágrimas. No sabía cuándo había empezado a llorar.

La palabra *perdón* resonaba en su cabeza como un eco en una cámara vacía. Ochoa pidiendo perdón. Ochoa confesando su amor. Ochoa muerto, con el peso de su secreto llevado a la tumba. Ochoa que había sido su maestro, su figura paterna, el hombre que cuando ella tenía ocho años la había tomado de un entorno negligente y le había dado un techo. Ochoa que la había adiestrado en la lectura de la tierra, en la interpretación de las capas del suelo como páginas de un libro. Ochoa que le había mentido durante décadas.

Clara se levantó y empezó a caminar sin rumbo por el borde del impluvium. La carta seguía en su mano, apretada contra el pecho. Pensó en los expedientes del archivo. Pensó en la grabación de Ana Luisa. Pensó en las piezas falsificadas, en los sellos de barro que delataban la mano de Ochoa, en la tumba simulada que nunca había contenido ningún cuerpo. Toda esa verdad acumulada como estratos en una columna sedimentaria. Y ella estaba en la cima, decidiendo qué capa preservar y cuál eliminar.

Podía denunciar el fraude. Redactar un informe, enviarlo a la Dirección General de Patrimonio, publicar un artículo en una revista. Destruir el nombre de Mariano Ochoa, el que había sido durante décadas una referencia en arqueología tardorromana. Destruir su legado. Destruir también lo que quedaba de la reputación de Mercedes. Y la suya propia, porque el silencio la convertía en cómplice.

Podía callar. Enterrar la verdad junto con el cuerpo de Ochoa. Dejar que las piezas falsificadas siguieran en el almacén del museo, que los artículos continuaran citándose, que la historia oficial permaneciera intacta. Nadie sabría nunca. El yacimiento se cerraría, se publicaría la memoria y todo quedaría en orden. Pero ella sabría. Y cada vez que mirara una cerámica tardorromana, cada vez que enseñara estratigrafía a sus alumnos, recordaría que había preferido la comodidad a la honestidad.

O podía publicar una verdad a medias. Un artículo ambiguo, con frases condicionales, con notas al pie que insinuaran anomalías sin llegar a acusar. Mencionar las discrepancias en la datación, las irregularidades en los perfiles, sin señalar a nadie. Dejar que otros investigadores tiraran del hilo, si querían. O que dejaran caer el hilo y se olvidaran del asunto. Una solución cobarde, pensó. Pero tal vez la única que permitía vivir con las manos limpias sin ensuciar la memoria de nadie.

Clara se detuvo junto a la columna donde había estado el sobre. Apoyó la mano en la piedra y sintió el frío que ascendía por el antebrazo. La carta seguía allí, doblada, con las palabras de Ochoa impresas en el papel como las marcas de un cuchillo sobre la madera.

*No te pido que me perdones. Te pido que entiendas.*

Pero entender era lo más difícil. Entender implicaba aceptar que el hombre que la había criado, que la había acogido y encauzado, que durante años le sirvió de guía, era también un falsificador. Un mentiroso. Un hombre que había construido su carrera sobre un engaño. Entender implicaba aceptar que Mercedes, su abuela, no era la víctima que Ochoa había descrito en sus primeras confesiones, sino alguien que había tomado decisiones, que había elegido colaborar, que había aprobado la falsificación antes de morir. Entender implicaba aceptar que ella misma, Clara, era el resultado de todo ese tejido de verdades y silencios.

Se llevó la mano libre a la frente y la dejó caer, como si la piel quemara. Tenía frío, aunque la temperatura no había bajado tanto. Era el frío de dentro, el que no se quita con una chaqueta. El frío de saber que la decisión que tomara esa noche la perseguiría para siempre.

Miró el sobre. Miró la carta. Miró las ruinas a su alrededor, los muros de piedra que habían sido testigos de la ocupación alemana, de la falsificación, de la confesión, de la muerte. El registro arqueológico guardaba constancia de todo, pero el registro no decidía. El registro solo esperaba a que alguien lo interpretara.

Clara guardó la carta en el bolsillo interior de la chaqueta, donde notaba el peso del papel contra el pecho. Se quedó un momento inmóvil, sintiendo ese peso, sintiendo el vacío del patio, sintiendo que ya no quedaba nada más que hacer allí. Pero tampoco en ningún otro sitio.

La noche había caído del todo y las estrellas empezaban a asomarse entre las copas de los pinos. Clara levantó la vista, contó hasta tres astros visibles, y luego bajó la cabeza. La indecisión pesaba más que cualquier certeza. Más que la carta, más que la muerte, más que la verdad. Pesaba como una losa sobre el pecho, y no sabía cómo quitársela de encima.

Giró el cuerpo hacia la salida del yacimiento. Sus pasos sonaron sobre la grava suelta, y la noche se cerró detrás de ella como una puerta que nadie volvería a abrir.

\* \* \*

Los diarios descansaban sobre la mesa de roble, apilados en una columna irregular que el atardecer teñía de ámbar. La luz del patio interior se vertía por la ventana, y cada página parecía arder antes siquiera de tocar la llama. Clara pasó la yema del pulgar por el lomo del cuaderno superior. Sentía la textura del cartón gastado, el polvo seco que se le incrustaba en las huellas dactilares. Llevaba horas sin lavarse las manos; notaba el barro bajo las uñas, un recuerdo físico del trabajo de la mañana.

Cogió el primer cuaderno. Lo abrió por una página cualquiera y leyó la letra de Ochoa, apretada y regular, como él había sido. Las anotaciones hablaban de estratos, de fragmentos de terra sigillata, de un muro tardío

que no encajaba en la secuencia. Lo que decía era verdad técnica, pero la verdad mayor, la que suponía la falsificación, se ocultaba entre líneas. Clara cerró el cuaderno con un golpe seco.

El mechero estaba sobre la mesa, junto a una taza de café frío que llevaba allí desde la tarde anterior. Lo encendió y observó la llama un instante, pequeña y azulada, antes de acercarla a la esquina del primer volumen. El papel tardó un segundo en prenderse. Primero se curvó, ennegreciéndose; luego una lengüeta de fuego amarillo trepó por el borde, lamiendo la cubierta. Clara sostuvo el cuaderno por el lomo mientras las llamas se extendían, devorando las páginas una a una.

El efluvio de la celulosa ardiendo llenó el espacio. Las cenizas caían sobre la mesa, formando una capa fina y gris. Clara soltó el cuaderno sobre la pila de los demás, y el fuego se propagó, lento pero implacable, de un volumen al siguiente. El calor se le subió a la cara, y sintió que la piel de las mejillas se le calentaba.

Oyó la voz de Ochoa leyendo cuentos. No una voz real, sino un recuerdo, un eco de las tardes en que él se sentaba a su lado, cuando ella tenía ocho años y acababa de llegar a su casa. Le leía en voz alta, con esa entonación pausada de quien sabe que las palabras pesan. "Érase una vez", decía, y Clara creía que cualquier cosa podía ocurrir. Ahora ese mismo hombre yacía muerto, y ella quemaba sus cuadernos, las páginas que habían sido su vida.

Se sintió una traidora. No porque Ochoa fuera inocente —no lo era—, sino porque el gesto de destruir su trabajo, aunque fuera falso, la separaba de él de un modo definitivo. Como si el fuego cortara el hilo que aún la ataba a su infancia.

Uno de los cuadernos se abrió al arder, y una página quedó al descubierto, intacta por un momento. Clara reconoció la letra temblorosa del final, cuando Ochoa ya apenas podía escribir. Instintivamente, metió la

mano entre las llamas. El dolor le mordió los dedos, pero consiguió arrancar la hoja antes de que el fuego la alcanzara. La sacudió para apagar las brasas que aún prendían en el borde. La página humeaba en su mano, con los bordes carbonizados y un agujero en el centro que respetaba las palabras clave.

Clara la sostuvo como si fuera un objeto frágil. La letra era irregular, pero legible. Ochoa había escrito allí lo que le confesó en el hospital, la verdad que él llevaba décadas callando. Clara leyó las frases truncadas, las palabras que hablaban de un origen, de un vínculo que nunca se había roto del todo. La página era la constancia física de aquella confesión, el testigo que sobreviviría a la destrucción del resto.

Sintió el peso de la hoja en los dedos, el calor residual del fuego. Podía oler el humo en el aire y notaba la garganta seca. Se quedó quieta, con la página en la mano, y las llamas a sus pies siguieron devorando los diarios hasta que no quedó más que un montón de ceniza caliente.

Ahora tenía la prueba. La evidencia, escrita por Ochoa, con la fecha y la firma. Podía usarla para la denuncia, para la publicación, para dismantelar la mentira. O podía guardarla, dejar que el fuego hiciera su trabajo, y olvidar que aquella página había existido.

Clara inspeccionó la ceniza. La boca le sabía a metal. Se pasó la lengua por los labios resecos y notó una pequeña ampolla en el índice, donde el fuego la había alcanzado. El dolor era leve, pero constante.

Dobló la página con cuidado, una vez, dos veces, hasta convertirla en un rectángulo pequeño que cabía en el hueco de su mano cerrada. Luego se levantó y caminó hacia la estantería donde guardaba los manuales de datación. Sacó un volumen de cerámica tardorromana, lo abrió por la página central e introdujo la hoja doblada entre las tapas y el lomo. Lo dejó caer de nuevo en su sitio.

No había decidido nada. Solo había pospuesto la decisión.

Clara exhaló lentamente, y el aire movió las cenizas, que se elevaron en una nube tenue antes de depositarse de nuevo sobre la mesa. Orientó el rostro hacia la puerta del patio, donde la luz del poniente se había apagado casi del todo. El cuarto quedó a oscuras, con el olor a humo y a noche cerrada.

Salió sin mirar atrás.

## CAPÍTULO 12

## La elección

*La verdad no se encuentra; se decide.*

— — ENTREVISTA A CLARA ROLDÁN

La luz anaranjada del atardecer se derramaba sobre la superficie del comedor, tiñendo de ámbar las páginas del manuscrito. Clara tenía los dedos apoyados en el punto donde la patilla de las gafas se unía al frontal, el ángulo de la bisagra contra la yema del índice, mientras miraba el montón de papeles sin verlos realmente. A su izquierda, la página chamuscada del diario de Ochoa descansaba sobre un recorte de periódico doblado. El perfume del papel envejecido y del café frío se confundía con el salitre que llegaba desde la ventana entreabierta.

Pasó los dedos sobre el filo de las gafas una vez más. La duda le rozaba la nuca como una corriente de aire. El artículo estaba completo, revisado tres veces, cada párrafo ajustado con la precisión de un estrato que no admite contaminación. Pero el párrafo que mencionaba la carta de despedida de Ochoa seguía ahí, incrustado en la sección de conclusión como un fragmento de cerámica fuera de su contexto estratigráfico. Podía eliminarlo sin alterar la coherencia del texto. Nadie notaría su ausencia. Nadie excepto ella.

Se reclinó en la silla y el respaldo de madera crujió bajo su peso. El ruido del mar, lejano y constante, se colaba por la ventana junto con el aroma a salitre y a las buganvillas del vecino. Un mosquito zumbó cerca de su oreja y ella lo espantó con un gesto distraído. Tenía la garganta seca y un ligero dolor en la base del cráneo, ese que aparecía siempre después de horas inclinada sobre el portátil.

Hojeó el manuscrito desde la primera página, dejando que sus dedos rozaran el borde del papel. Llegó al párrafo conflictivo y lo releyó en silencio: «Las anomalías detectadas en el registro estratigráfico de la quinta de las higueras sugieren una intervención posterior al periodo tardorromano. La documentación personal del director de la excavación, Mariano Ochoa, confirma que dicha intervención fue intencionada y que respondía a un propósito ajeno a la práctica arqueológica convencional. Testigo de ello es una carta manuscrita cuya autenticidad no ha sido cuestionada». Esa carta. Esa carta era el testigo que ella misma había guardado en un sobre de papel kraft al salir del hospital, después de leer la última línea escrita por Ochoa.

Dejó caer el peso del torso sobre la mesa, los codos contra la madera, y se frotó las sienes. El mosquito volvió y esta vez lo escuchó posarse en la pared cercana. El ruido del refrigerador, un tono grave, llenaba el silencio del apartamento. Cada vez que cerraba los ojos, el rostro de Ochoa aparecía en la pantalla de sus párpados. No el rostro de las fotos viejas, sino el de la última noche, cuando ella llegó al hospital y lo encontró con los ojos fijos en el techo, sin apartarlos, los dedos crispados sobre la sábana. «Perdóname», había susurrado él sin desviar la mirada del techo. «Perdóname por todo». Ella no había respondido. Se había sentado en la silla de plástico, junto a la cama, y había esperado. El gotelé del aire

acondicionado, aquel ritmo, marcaba los minutos. Y luego llegó el silencio definitivo, ese que no se rompió ni con las prisas de las enfermeras ni con el roce de las cortinas al cerrarlas.

Abrió los ojos y el apartamento seguía igual, bañado por la luz anaranjada. La página chamuscada seguía ahí, sobre el recorte de periódico. Clara la cogió con cuidado, como si el papel pudiera deshacerse entre sus dedos. Lo que Ochoa había escrito en las últimas líneas, con un pulso que ya flaqueaba, aún era legible: «No sé si podrás perdonarme, pero escribo estas palabras para que sepas que todo lo que hice, lo hice por amor. Un amor que no supe nombrar hasta que fue demasiado tarde. Te pido que no juzgues a Mercedes con la dureza de quien no conoce el peso de las decisiones ajenas». La hoja olía a ceniza y a sudor, a ese olor a hospital que aún se le pegaba a la ropa.

Apoyó la hoja sobre el manuscrito y se quedó mirándola. Si incluía la referencia a la carta en el artículo, el texto ganaba en contundencia. Un testigo directo, una confesión escrita. Pero también abría una puerta que no podría cerrar después. Los periodistas, los historiadores, los curiosos de turno querían ver la carta. Querían saber qué más decía. Querían escarbar en la vida de Ochoa y en la de Mercedes. Y ahí, en las últimas líneas, aparecía la palabra «amor», y con ella la pregunta implícita: ¿a quién amaba Ochoa? ¿A Mercedes? ¿A ella misma? Las dos eran posibles, las dos eran ciertas a medias, y ninguna de las dos podía ser revelada sin arrastrar la verdad completa.

Se levantó de la mesa, apartó la silla, y cruzó hacia la cocina. Abrió el grifo y dejó que el agua llenara el vaso hasta que el líquido cubrió el borde de la pajita doblada dentro. Bebió despacio, sintiendo el fresco del líquido en la garganta reseca. Apoyó la cadera contra el borde de la encimera y miró por la ventana. El mar, allá abajo, comenzaba a oscurecerse. Las primeras luces del paseo marítimo se encendían, diminutas y blancas,

como un collar tendido sobre la línea de la costa. Una moto pasó por la calle, el motor rugiendo un par de segundos antes de perderse en la distancia.

Se reubicó en la mesa y se sentó de nuevo. Cogió el bolígrafo azul que había junto al teclado y subrayó la palabra «testigo» en el párrafo del artículo. No la tachó. No la borró. La subrayó, como si quisiera fijarla en el papel, darle un peso que la frase no tenía por sí sola. Luego dejó el bolígrafo y apoyó las manos planas sobre el manuscrito.

La decisión no era entre la verdad y la mentira. Era entre dos formas de contar la misma historia. Una podía destruir lo que quedaba del legado de Ochoa, y con él la memoria de su abuela, una mujer que ya no podía defenderse. La otra dejaba espacio para la duda, para la complejidad, para que quien leyera tuviera que construir su propia interpretación. Era menos limpia, menos definitiva, pero también más justa. O al menos eso quiso creer Clara mientras pasaba la página y releía el párrafo siguiente, el que hablaba de las anomalías en la datación de las piezas.

El artículo terminaría con una nota ambigua: «Las circunstancias que rodearon la intervención en el yacimiento son materia de estudio, y cualquier conclusión definitiva requerirá de nuevas investigaciones que sitúen los hallazgos en su contexto histórico completo». Ni una acusación directa, ni una absolución. Un punto y seguido que dejaba la puerta entreabierta.

Agarró la página chamuscada con ambas manos, la dobló con cuidado por la marca del pliegue original y la introdujo en un sobre de papel kraft que había sobre la mesa. El sobre ya contenía el manuscrito del artículo, una copia en papel por si el ordenador fallaba. Lo cerró sin lacrar, sin precinto, solo doblando la lengüeta hacia dentro. Luego lo apoyó en el extremo de la mesa, junto al portátil.

El atardecer avanzaba y la luz se volvía violeta, casi gris en los rincones de la habitación. Clara se levantó, se acercó a la ventana y apoyó la frente contra el cristal. El mar, abajo, se confundía con el cielo en una línea difusa donde el azul oscuro y el naranja se tocaban sin mezclarse. La brisa que entraba por la rendija le rozó la mejilla y ella mantuvo los ojos cerrados durante una respiración larga.

Podía sentir el peso del sobre sobre la mesa, aunque no lo estuviera mirando. Podía sentir el peso de cada palabra escrita en esas páginas, de cada verdad a medias que había decidido contar. Sabía que, al mantener la ambigüedad, estaba eligiendo también callar su propio origen, esa línea de sangre que la unía a Ochoa y a Mercedes en una red que ya no podría desenredar sin romperlo todo. Pero quizás esa era la única forma de avanzar: aceptar que algunas cosas no tenían que ser dichas en voz alta para ser ciertas.

Abrió los ojos y el mar seguía ahí, oscureciéndose. Las luces del paseo se reflejaban en el agua como astillas. Respiró hondo, sintiendo el salitre, y se quedó quieta, escuchando el ruido de las olas y el zumbido de la nevera. La página chamuscada, dentro del sobre, esperaba junto al manuscrito. Y eso, por ahora, era suficiente.

\* \* \*

El suelo del patio interior crujió bajo sus pisadas con un sonido seco, casi mineral. Clara se detuvo junto al impluvium, la piscina romana de piedra desgastada por siglos de agua y olvido, y apoyó la mano en el borde. La superficie era cálida, casi tibia, como si la tarde hubiera dejado su calor atrapado en la roca. Una pequeña astilla de pedernal se le clavó en la yema del dedo corazón; se la sacó con la uña del pulgar sin dejar de mirar el

rectángulo hundido en el centro del patio. El agua de lluvia de los últimos días se había evaporado casi por completo, dejando una capa de lógamo reseco que se agrietaba en formas de escamas.

A su izquierda, entre las juntas de dos losas de caliza, crecía un diente de león amarillo, mustio y desaliñado, con una hoja rota a medio morder. La brisa que bajaba de los pinos arrastraba un perfume denso de resina y tomillo machacado, y más allá, el canto intermitente de un gallo llegaba desde alguna casa del pueblo. Clara se ajustó las gafas con el gesto de siempre, dos toques en el puente, y aspiró hondo. La paz del lugar le entraba por los pulmones como un sedante lento.

El recuerdo de Mercedes llegó con la fragancia de la tierra mojada, aunque la tierra estuviera seca. Era el olor del barro después de una tormenta de verano, cuando su abuela salía al pequeño huerto trasero de la casa de Mijas y recogía puñados de arcilla para modelar figurillas. Clara recordó la voz de Mercedes cantando mientras trabajaba, una melodía antigua que hablaba de lunas y de olivos, una canción de cuna que nunca había tenido letra completa. «Canta conmigo, niña», decía Mercedes, y Clara tarareaba sin saber las palabras. La imagen era nítida: las manos de su abuela, manchadas de barro hasta las muñecas, moviéndose sobre una masa informe que poco a poco se convertía en una cabra o un cuenco. El amor en aquellos ojos era sencillo, sin fisuras. Pero Clara sabía ahora que esa misma tierra había sido testigo de otra historia, más oscura, que Mercedes había arrastrado en silencio.

Se agachó y rozó con la carne blanda de los dedos el borde de una teja romana partida que asomaba entre la grava. La superficie rugosa raspó la piel. Notó el peso del cuchillo de campo en el bolsillo trasero del pantalón, un bulto incómodo que llevaba por costumbre desde los días de excavación. Una mosca zumbó cerca de su oreja y ella la espantó con un movimiento rápido de la mano. Caminó despacio, esquivando los cortes

abiertos, los perfiles de tierra donde aún se veían las marcas de la pala. Había algo de orden en aquel caos contenido, una secuencia de capas que ella misma había ayudado a leer. Pero no todas las capas decían la verdad. La evidencia de la falsificación seguía allí, enterrada bajo la tierra removida, pero Clara ya no sentía urgencia por desenterrarla. El registro arqueológico era también un registro de silencios.

Se detuvo junto a un montón de cerámica clasificada, bolsas de plástico etiquetadas con rotulador negro. Una de las bolsas estaba rota en la esquina y un fragmento de borde de plato asomaba, de un rojo anaranjado característico de las producciones tardías. Clara lo cogió, lo sopesó en la palma. La pasta era ligera, porosa. No pertenecía a la tumba simulada, sino a un estrato limpio, anterior a la ocupación del cuartel. Esa pieza era auténtica. La datación no mentía. Pero el problema nunca había sido la datación.

El recuerdo de la tarde con su abuela volvió con precisión de microscopio. Tenía ocho o nueve años, estaba sentada en el suelo del patio trasero de la casa de Mijas, con las piernas cruzadas, y Mercedes había puesto delante de ella dos trozos de arcilla. «Mira, Clara, la arcilla cruda pesa más porque tiene agua. La cocida suena diferente al golpearla.» Mercedes había golpeado cada pieza con la uña. Una sonó a hueco, la otra a sólido. «Pruébalo tú.» Clara lo había hecho, y después su abuela le había mostrado cómo pasar el dedo por la superficie para notar la diferencia: la cruda se deshacía en una fina capa de polvo; la cocida resistía. «La tierra guarda memoria de lo que ha pasado, pero hay que saber preguntarle.» Mercedes la había mirado con una seriedad que Clara no entendió entonces, pero que ahora le llegaba como un eco. No era solo una lección de alfarería. Era una advertencia.

Clara dejó el fragmento en su sitio y se levantó. Las rodillas le crujieron. Se frotó la mano abierta contra el muslo, sintiendo el polvo que se le pegaba a la piel. El sol se había vuelto más oblicuo, proyectando

sombras alargadas de los olivos sobre las piedras. La claridad envolvía el impluvium en un tono dorado y las grietas del légamo seco brillaban como vetas de cuarzo. Clara respiró hondo. El amor de su abuela no estaba manchado por el pasado; el pasado estaba manchado por el tiempo y por las decisiones que ella no había podido tomar de otra manera. Mercedes había sido cómplice de un engaño, sí, pero también había sido la mujer que le enseñó a leer la tierra. La constancia de ese amor quedaba en el barro, más firme que cualquier datación. La evidencia del cariño era tan sólida como la cerámica bien cocida, aunque la historia alrededor fuera frágil.

Fue a dirigirse hacia la salida del patio, pero antes de dar el primer paso algo llamó su atención en el borde del impluvium, entre dos losas hundidas. Una pequeña piedra lisa, de color gris pizarra, descansaba sobre el légamo. Clara se inclinó y la recogió. Cabía justo en el hueco de la palma. La giró entre los dedos: era un guijarro de río, erosionado, sin ninguna marca. Pero al sostenerlo sintió que era el gesto exacto. Aquella piedra era el cierre que no sabía que necesitaba. La apretó contra su pecho un instante, luego la guardó en el bolsillo junto al cuchillo.

La claridad del atardecer se deslizó sobre su mano abierta cuando sacó la piedra otra vez para mirarla. La luz descendía, las sombras se alargaban, y el patio quedó bañado en un resplandor naranja que teñía las piedras de un color de miel vieja. Clara trazó con el dedo índice una línea recta en el polvo del borde del impluvium, un gesto de despedida sin testigos. Luego se dio la vuelta y caminó hacia la verja de hierro que separaba la villa de la carretera.

La grava crujía bajo sus botas con un ritmo tranquilo. El gallo volvió a cantar, más cercano. El viento jugaba entre las copas de los pinos y un aroma a resina y a tierra seca la acompañó hasta la salida. No había mirado atrás. No hacía falta. En su mano, dentro del bolsillo, la piedra lisa

descansaba contra el metal del cuchillo, y el peso era justo el necesario para sentir que el pasado ya no pesaba. Era solo tierra bajo sus pies, y ella podía seguir caminando.

Una novela sobre el peso de las verdades heredadas y la fragilidad de la memoria. La arqueóloga Clara Roldán descubre que el yacimiento que debe excavar esconde un fraude y un secreto familiar que la obliga a elegir entre el deber profesional y la lealtad a quienes la formaron. Escrita con una prosa contenida y minuciosa, esta obra explora los límites de la falsificación como acto de amor y el silencio como legado de la posguerra.